Mi trabajo todavía no está acabado

Tres cuentos de horror corporativo

THOMAS LIGOTTI

Lectulandia

Tres cuentos de horror corporativo.

Este volumen reúne dos relatos, «La red de pesadillas» y «Tengo un plan especial para este mundo», y una novela corta, la única en la obra de Ligotti, *Mi trabajo todavía no está acabado* (2002), tres narraciones de horror corporativo, historias ambientadas en un entorno laboral de pesadilla. Emparentadas con la sensibilidad, la paranoia e incluso el humor de la narrativa kafkiana, reproducen, en palabras de su autor, el horror que domina toda la existencia humana en el microcosmos burocrático de la empresa. «En torno a 1993», comenta Ligotti en el libro de entrevistas *Born to Fear*, «cuando la empresa para la que trabajaba estaba pasando por una remodelación, y no era la primera, sus estupideces palmarias y actitud deshumanizada me desquiciaron tanto que escribí "La red de pesadillas" […] Pero no fue hasta el año 2000, varias remodelaciones después, cuando empecé a perder la cabeza. Me obsesioné con fantasías violentas y estas se convirtieron en el impulso para escribir *Mi trabajo todavía no está acabado*». Frank Dominio lleva media vida trabajando en la misma empresa y ha logrado ascender a duras penas al puesto de supervisor de división con personal a su cargo. Un día decide presentar en una reunión de directivos un proyecto innovador en el que ha estado trabajando, pero su supervisor jefe propone aparcar la propuesta. Dominio se siente humillado y ve en esta maniobra un intento de minar su estatus. Herido en lo más profundo, tratará de ajustar las cuentas con los supuestos conspiradores, sus colegas Barry, Harry, Mary, Perry, Sherry y Kerrie.

Esta edición incluye *Crampton* (1998), un guion escrito por Ligotti junto a su amigo Brandon Trenz con la intención de proponerlo como episodio de la serie de TV *Expediente X*.

Thomas Ligotti

Mi trabajo todavía no está acabado

Tres cuentos de horror corporativo

Valdemar: Gótica - 129

ePub r1.0
Titivillus 21.01.2026

Título original: *My Work is Not Yet Done*: My Work is Not Yet Done (The Wages of Life), I Have a Special Plan for This World (The Second Coming of the Dead), The Nightmare Network (Going Out of Business) (2002, Thomas Ligotti); *Crampton: A Screenplay* (2003, Thomas Ligotti & Brandon Trenz)
Thomas Ligotti, 2023
Traducción: Marta Lila Murillo, 2023
Ilustración de cubierta: José Hernández, *Figurai*, 1998

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Mi trabajo todavía no está acabado
Mi trabajo todavía no está acabado. Tres cuentos de horror corporativo
- Mi trabajo todavía no está acabado. Los salarios de la vida
  - Parte I
  - Parte II
  - Parte III
- Tengo un plan especial para este mundo. El segundo advenimiento de los muertos
- La red de pesadillas. Cerrando el negocio

Anexo. Crampton. Un episodio de «Expediente X». Escrito por Thomas Ligotti & Brandon Trenz
Sobre el autor
Notas

MI TRABAJO

TODAVÍA

NO ESTÁ ACABADO

TRES CUENTOS

DE HORROR

CORPORATIVO

MI TRABAJO TODAVÍA NO ESTÁ ACABADO

Los salarios de la vida

PARTE I

1

Siempre he estado asustado. Sin embargo, por muy egoísta que pueda sonar, nunca pensé que esto pudiera ser motivo de vergüenza o pesar, aunque de este rasgo pudiera derivarse un sufrimiento intolerable. Me da la impresión de que hasta las mejores personas no pueden evitar delatar una buena porción de miedo e inseguridad, incluso pánico total. Por otra parte, uno debe tener una considerable dosis de cerdo en su naturaleza para poder pasar aunque sea un solo día sin inmutarse por ansiedades de uno u otro tipo, por no mencionar aquellos que se salen del camino para flirtear con peligrosos encuentros, atrayendo la atención a su persona, agitando metafóricamente los brazos y declarando a cualquiera en su radio de acción: «Eh, miradme. Estoy aquí arriba. Mirad lo que sé hacer. Soy al que tenéis que derribar. Soy yo».

Por supuesto, hay la suficiente cantidad de sangre animal en cualquiera que aspira a mantener un lugar en el mundo, cualquiera que carece de esa muestra definitiva de decencia que es el separarse de la manada, bien mediante la violencia contra uno mismo o la rendición total a su temor. Es una simple cuestión de grados.

En la empresa en la que estuve mucho tiempo empleado, la raza más pura de cerdo estaba representada por las siete personas con las que me reunía una vez a la semana en una sala de conferencias. Yo había logrado ascender, un tanto a regañadientes pero con un indudable toque de cerdosidad, al puesto de supervisor de mi división de una empresa en la que había infinidad de divisiones. Esto me obligaba a asistir a estas reuniones junto con otros seis de mi especie y un séptimo que era nuestro superior en virtud de superarnos al resto en nivel de cerdosidad.

Durante una reunión de mi propia plantilla, alguien cuya mente no estaba obsesionada, como sí estaba la mía, con la analogía de los cerdos, se refirió a estas personas con las que me reunía una vez a la semana como los Siete Enanitos.

—¿Y eso en qué me convierte a mí, Dave…? ¿En Blancanieves?

—No, Frank —interrumpió Lisa—, eso te convertiría en el Príncipe, uh, como-se-llame.

—Encantador —dijo Lois.

—¿Disculpa? —respondió Lisa.

—Príncipe Encantador. ¿Es que ni siquiera has visto la película?

Este comentario provocó que un gesto de dolor cruzara el rostro de Lisa. Le salió bien, muy realista.

—Eh, solo era una broma —dijo Lois, que no se tragaba con facilidad gestos falsos o exagerados.

Lisa retomó el hilo de la conversación y continuó:

—Es cierto, Príncipe Encantador.

—Bueno, gracias por decir eso, Lisa —dije. Pero no fui lo bastante rápido para interrumpir a Christine.

—En general hablamos bien de Frank a sus espaldas. Pero no pasa nada, solo llevas aquí una semana.

—Lo siento si pareció que estaba intentando ganar puntos o algo parecido —dijo Lisa, aunque de hecho sonaba bastante poco sincera en esta ocasión—. El departamento donde solía trabajar…

—Ya no estás allí —dije—. Estás aquí. Y todo el mundo aquí antes trabajaba en otro lugar en esta empresa.

—Excepto tú, Frank —dijo Elías—. Tú llevas en este departamento desde siempre.

—Cierto —respondí.

Tras la reunión con mi plantilla me dirigí de inmediato a la otra reunión, donde tenía intención de ejercer de cerdo de una manera que no había probado antes. Tenía una nueva idea que presentar a mis colegas, la cual por supuesto precisaba de una considerable cantidad de aspavientos y llamadas de atención del resto. Ya hacía un tiempo que no había sido refrendado por mis iguales y estaba empezando a sufrir la desapacible sensación de que mi estatus con estas personas estaba siendo cuestionado.

Esta es la paradoja de tener siempre miedo: mientras que las punzadas de temor y timidez te permitían imaginarte hecho de un material superior al de los demás, cierto nivel de dicha agonía necesariamente te empuja a arrastrarte para escuchar las palabras tranquilizadoras y la aprobación de los cerdos, o enanos si lo preferís, que funcionan como conductores del miedo que ellos mismos no parecen sufrir. Y qué bien saben controlar este miedo, dirigiéndolo en tu contra cuando lo desean y provocando que su terrible corriente fluya el tiempo suficiente para hacer que salgas corriendo hacia ellos y que te permitan defender tu propia cerdosidad y probar que tú eres aún más cerdo que ellos, o un enano más pequeño que ellos. Eso es lo único que puede producir algún tipo de alivio de esa perniciosa forma de tener miedo… la ansiedad provocada por otras personas y por lo que estas pudieran hacerte, ya sea colectivamente o como agentes individuales.

Trágicamente, ese miedo que te permite creer que eres un espécimen de la especie humana superior a aquellos que te rodean solo puede ser tolerado durante cierto periodo de tiempo. Si uno rebasa aunque sea mínimamente ese punto, cualquier exceso de ansiedad, entonces empieza a imaginarse encerrado y demasiado sedado en una pequeña habitación en algún lugar, o a sopesar la idea de llevar a cabo una masacre contra sí mismo (o, tal vez, contra otros). Así pues, me debatía esperanzado con mi nueva idea, mi plan especial para incrementar la prosperidad de la empresa… esa manifestación institucional de los cerdos. Deseaba que mi idea recibiera el gruñido aprobatorio de mis compañeros de regodeo en el barro, el permiso murmurado (o eso esperaba) de los *otros* siete enanos. No hace falta que diga que estaba aterrado.

2

Como era habitual, yo fui el primero en llegar a la sala de conferencias donde me reunía con los otros seis supervisores de la división, y con Richard, nuestro jefe. Esta sala estaba situada fuera del espacio modernizado de oficinas donde la mayor parte de la empresa llevaba a cabo sus actividades, y era un lugar que, a pesar de la redecoración, todavía exhibía el estilo del edificio previo a la Depresión en el que la

compañía ocupaba varias plantas. Nunca supe con seguridad qué funciones tenía la sala en origen, pero era desproporcionadamente grande y de techos altos para las charlas de negocios que retumbaban entre las paredes de su reino. Además, estaba pobremente iluminada por las hileras de apliques de candelabros ornamentados que sobresalían a intervalos del papel de pared desvaído, de diseño intrincado y pelado en algunas partes. Apenas se adivinaban las molduras apolilladas entre la parte superior de las paredes y el techo en las sombras.

La mesa en la que yo y los otros nos reuníamos parecía haber sido importada del salón de banquetes de algún siglo pasado, mientras las enormes sillas hechas de cuero cuarteado en las que nuestros cuerpos parecían empequeñecer crujían como un viejo suelo de tarima cuando nos removíamos en ellas. Había una hilera de ventanas altas a lo largo de una de las paredes, todas ellas con dosel pero sin cortinas. Me gustaba mirar por estas ventanas porque ofrecían vistas al río, así como a un bello horizonte de otros edificios antiguos de oficinas.

Sin embargo, esa mañana en concreto una densa bruma primaveral había permanecido el suficiente tiempo para ocultar cualquier vista del río y había transformado a los otros edificios del centro en espectros de sí mismos; solo la iluminación de los más cercanos llegaba a través de la niebla como la de extraños faros. Y estaba agradecido a los antiguos monumentos de la ciudad por proporcionarme, desde luego no por primera vez, ese tipo de perspectiva tranquilizadora que solo una visión de degeneración y deterioro puede producir.

Pero los otros llegaron pronto; tomaron asiento al tiempo y dejaron sobre la superficie rayada de la mesa sus enormes tazones de café o altos recipientes de agua embotellada. Siempre me preguntaba cómo eran capaces de consumir tal increíble cantidad de café, agua, zumo de frutas o cualquier cosa que se tome durante este tipo de reuniones, que invariablemente se alargaban al menos una hora. Yo mismo me había propuesto *no* ingerir cantidades inusuales de líquido antes de tales convocatorias semanales, para poder evitar así la necesidad de interrumpir los procedimientos teniendo que salir a toda prisa en busca del lavabo más cercano.

Pero nadie más parecía tener el menor problema en este sentido, por muy atentamente que los observara en busca de alguna señal que delatara nerviosismo. El que menos preocupado parecía por tales tensiones

corporales era Richard, que siempre aparecía no solo con el recipiente más grande de café, sino también un termo enorme del que se llenaba al menos dos veces el gran tazón tipo barril en el que estaba grabado el logo de la empresa. El mero hecho de estar observándolos trago tras trago de sus diferentes líquidos en ocasiones me hacía fantasear con una resplandeciente hilera de urinarios. Quizás todos ellos llevaban ropa interior especial, pensé en una ocasión, y se aliviaban libremente mientras hablaban sobre presupuestos y gastos, velocidad de compra y externalización.

Todo esto solo para decir que mis compañeros funcionarios dentro de la división, junto a Richard, eran un misterio total para mí a todos los niveles. Me parecían seres fantásticos que bien merecían la designación de los Siete Enanitos, aunque había una razón más mundana y obvia para llamarlos así. Esta razón, debo decir, no derivaba de ninguna cualidad compartida por Mudito, Gruñón, Dormilón y el resto de esta encantadora y trabajadora cuadrilla y las siete personas, sin incluirme a mí, que ahora estaban sentadas en esa mesa magníficamente decrépita.

Mis compañeros supervisores, además de Richard, no eran ni visiblemente encantadores (con una excepción) ni trabajadores. Pero sus nombres, y no es broma, eran Barry, Harry, Perry, Mary, Kerrie, Sherry y, por supuesto, Richard, a quien en alguna ocasión había oído que le llamaban el Doctor, aunque no relacionaba en absoluto el origen de tal apodo, que era una combinación tanto de anécdota creíble como de curiosas fantasías, con el enano médico del cuento.

Richard, finalmente, se aclaró la garganta con un carraspeo forzado, que era su forma de poner orden en la reunión. Todos dejaron de parlotear y se giraron hacia la cabecera de la mesa, donde se sentaba el único cuya silla no parecía demasiado grande para su cuerpo. Aunque claro está, la estatura de Richard era incluso mayor que la de los que se compran los trajes en tiendas de tallas grandes. Su complexión física, recta y sólida de la cabeza a los pies, era abrumadoramente atlética, la anatomía de algún tipo de exjugador de béisbol que había mantenido la forma física hasta la mediana edad. Con toda probabilidad, Richard había acumulado una buena cantidad de trofeos relucientes para más gloria de Uno mismo y su Escuela. No sería el primer miembro de la dirección de nivel medio-superior de la empresa con un pasado en el mundo del deporte, cargado de metáforas sacadas de ese ambiente, siendo la principal de todas

ellas ese vomitivo sinsentido de los equipos (la caracterización de alguien como un «jugador de equipo» estaba entre mis mejores expresiones eméticas de este tipo).

—Veamos, entonces, empecemos —ladró Richard al tiempo que bajaba la mirada a la página sobre la mesa en la que se listaban los elementos de la agenda para la reunión de esa semana—. Parece que tú eres el primero, Domino. Algo relacionado con Innovación.

Para que conste: mi apellido no es Domino, es Dominio, con dos «íes».

Para que conste: Yo había intentado corregir a Richard tanto en público como en privado sobre la forma correcta de mi apellido.

Para que conste: Nunca estuve del todo seguro de que fuera pura indiferencia y no cierto gusto por la burla traviesa lo que explicaba que insistiera en llamarme Domino, aunque esta maliciosa deformación de mi nombre siempre provocaba unas cuantas risillas reprimidas en los otros y no era posible que Richard no las hubiera advertido.

Como un crupier de póquer, pasé rápidamente a mis colegas la propuesta de dos páginas que había extraído de un documento mucho más largo. Este folleto estaba maquetado con amplios márgenes y un tamaño grande de letra para una rápida absorción por el organismo de los puestos directivos medios y muy ocupados. Intenté no pasear la mirada por la mesa mientras los demás hojeaban el informe y pasaban de la página uno a la página dos casi a la vez. Cuando Richard hubo acabado de leerlo, dejó el documento sobre la mesa frente a él y lo miró como si estuviera mirando un cuenco de cereales en el que hubiera detectado algo desagradable… o, quizá, el lecho de un río en el que había visto una reluciente pepita de oro bajo las aguas cristalinas poco profundas.

—Perdona, Frank —dijo Richard—, pero no estoy seguro de entender qué se supone que es esto.

Me incorporé estirándome todo lo que pude en mi silla gigantesca.

—En la última reunión dijiste que el departamento de Innovación había presentado uno de esos requerimientos poco habituales para recibir sugerencias sobre, bueno, ideas de nuevos productos. Esta es una propuesta de nuevo producto, tal vez toda una línea de productos nuevos.

—Hasta ahí soy capaz de comprenderlo, gracias, es solo que, hum, esto se aparta bastante de lo que todos tenían en mente, creo.

—Soy consciente de que podría parecer así. Por eso decidí mostrarlo al principio de esta reunión. Quería tener en cuenta cualquier sugerencia útil

que pudierais hacerme antes de enviar mi propuesta al completo.

—¿Hay más que esto? —preguntó Richard.

—Bastante más, sí —respondí.

—Hum. Increíble. Me pregunto de dónde sacas el tiempo, dado que el resto de nosotros hemos estado intentando frenéticamente salir a flote de uno u otro temblor de tierras que amenaza con enterrarnos a todos aquí.

—Lo he hecho casi todo durante mi tiempo libre, si es eso lo que te preocupa —dije.

—Mi única preocupación —respondió Richard mirando al resto de los supervisores—, mi preocupación principal, debo decir, es que la idea de Nuevo Producto que estás proponiendo no parece la clase de cosa que hacemos por aquí. Quiero decir, estoy a favor de arriesgarse y ser innovador y todo eso, pero esto… caramba, chico.

—Pero *podríamos* hacerlo —argumenté—. Tenemos al personal, el conocimiento, todos los procesos ya listos.

—Eso es cierto —admitió Richard—. Pero no sé. ¿Alguien tiene alguna opinión al respecto?

—Es *diferente* —dijo Perry.

—Sin duda alguna, diferente —dijo Harry.

—No estoy segura de que, en realidad, tengamos a la plantilla necesaria para embarcarnos en algo así —dijo Mary.

—Yo tengo cada vez menos gente para ocuparse de más proyectos —dijo Kerrie.

—*Sistemáticamente…* —comenzó a decir Barry, pero en seguida perdió la atención de sus oyentes. En algún momento de su soliloquio plagado de jerga de analista empresarial usó las palabras «vampirización de datos», lo cual creo que era un neologismo de su propia invención. Por supuesto, al final se puso de parte de Richard y concluyó que mi idea, que Barry explicó que se había convertido en al menos dos «facetas», o incluso en dos *y media*, no estaba «focalizada en la rentabilidad» ni «dirigida al cliente», según la opinión de Barry.

Sherry mostró su característica carencia de algo que aportar a la negativa letanía ya enumerada por el resto, aunque sí se le ocurrió decir «más rápido, mejor y más barato», lo cual en esta ocasión podría significar que mi propuesta no se ajustaba del todo a este ideal tricéfalo.

A estas alturas ya me estaba retorciendo en las crujientes profundidades de mi silla, sacudiendo la cabeza con un ligero tic

involuntario de horror y formando sintagmas en mi mente que se resistían a unirse en frases coherentes. Entonces, durante un breve lapso, las palabras se solidificaron.

—Sé que la empresa tradicionalmente ha producido solo aquello que se parece a lo ya producido con anterioridad… es decir, interpretaciones recicladas de lo que llevamos haciendo desde hace ya dos décadas.

—Se llama apalancamiento, Frank. Es lo que hacemos y todavía nos permite un buen margen de beneficios.

—Pero ¿durante cuánto tiempo?

—Mira —dijo Richard—, me gusta que exploremos nuevas ideas tanto como a cualquiera. Solo que, al traerme esto a mí, a todos nosotros, es como pedirnos nuestra aprobación de alguna manera. Y eso es pedir demasiado. ¿Qué tal si pospones este asunto de momento? Nos darás tiempo para pensarlo mejor y volver a revisarlo más adelante. ¿Qué te parece?

—Claro —dije, seguro de que este tema no volvería a abordarse.

—Estupendo —dijo Richard—. Bueno, pasemos al siguiente punto de la agenda.

Y durante el resto de la reunión intenté que no se notara que hervía por dentro. Además, no podía apartar de mi mente la obsesión de un terror nuevo: la sensación de haber sido la víctima de una emboscada… que ningún plan que pudiera haber presentado ante este grupo concreto habría tenido alguna posibilidad, que cualquier plan que hubiera llevado a la reunión y dejado sobre la mesa desvencijada habría muerto allí mismo.

Por la ventana de esa estancia anticuada, la niebla se desvanecía lentamente y revelaba de nuevo unas vistas del río y del horizonte de la ciudad en las que mi mente se movía entre escenas de plácida decadencia.

3

El miedo, cuando se mezcla con el fracaso, forma una combinación letal. Yo había estado tan obcecado en la genialidad de mi nueva idea, mi plan especial, que jamás consideré en serio las consecuencias de que fuera rechazada de forma displicente por las mismas personas que más deseaba

que la aceptaran. Había cometido un error de cálculo de enormes proporciones, no cabía duda alguna. Durante el resto de esa mañana, sentado en mi cubículo de supervisor, no pude hacer nada más que lanzarme reproches para mis adentros por ser una criatura con tan poco discernimiento… o ni tan siquiera eso: yo no era más que un organismo sin facultad alguna de poseer un criterio propio, un pegote de moho viscoso haciéndose pasar por un ser humano. «Estás haciendo una montaña de un grano de arena», decía uno de esos yoes secundarios implantados en el interior de cada uno de nosotros y que empiezan a llamar la atención en estas ocasiones, escupiendo como un maestro enloquecido clichés estúpidos sacados de un viejo libro de texto sobre sabiduría popular. «Desde una perspectiva amplia de las cosas», continuaba la voz antes de que la agarrara por el pescuezo con ambas manos y le apretara el cuello al tiempo que escupía mis palabras de desprecio a través de los dientes apretados:

A: No hay una perspectiva amplia de las cosas.

B: Si hay una perspectiva amplia de las cosas, el hecho (el *hecho*) de que no estemos dotados para percibirla, ya sea por medios naturales o sobrenaturales, es una obscenidad aterradora.

C: La propia idea de una perspectiva amplia de las cosas es una obscenidad aterradora.

Cuando Galileo presentó su hallazgo ante la junta directiva del Vaticano Sociedad Anónima, al menos iba armado con hechos que apoyaban de forma razonable su intento fallido de tratar con aquellos que apoyaban la idea obscena de una perspectiva amplia de las cosas. Podía *saber* que tenía razón, a pesar de ser un loco por compartir lo que sabía con la gente equivocada.

Yo no sabía nada sobre la valía de mi idea, mi plan; su valor residía sobre todo en la valoración de las personas que me rodeaban, especialmente de Richard. Daba igual (incluso a mí me daba igual) si esta idea resultaba ser una fuente de beneficios para la empresa, en el improbable caso de que los grandes poderes de esa entidad comercial se decidieran a implementar mis planes. La mayoría de las iniciativas no llegaban a nada. Lo importante era demostrar que mis patas de cuatro pezuñas hendidas se movían porcinamente en la misma dirección que las de los demás. La debacle que tuvo lugar en la reunión esa mañana

brumosa solo sirvió para hacer obvio lo que más deseaba esconder: que yo me movía en una dirección opuesta al resto de ellos.

Mi único recurso ahora era seguir el ejemplo de Galileo y renunciar a mi ridícula idea, a mi plan especial. El porqué de que mi mente hubiera producido tal plan había empezado a confundirme hasta a mí. Sabía lo que se suponía que debía decir y hacer en mi posición en la compañía, y esos deberes no incluían ningún tipo de innovación o genialidad. Desde ese momento juré que tales cosas no eran más que abominaciones y me prometí que jamás volvería a concebir una nueva idea, esquema o plan a menos que me lo pidieran, una tarea que sabía que jamás recaería en mí. Diría y haría solo lo que se supone que debía decir y hacer. Nada más. Eso y solo eso.

Pero mientras mi mente seguía en un torbellino de juramentos y negaciones, de promesas y maldiciones, la mole de Richard apareció en la entrada de mi cubículo.

—¿Tienes un minuto? —preguntó.

—Claro —dije cuando él ya entraba en mi espacio de trabajo y se acomodaba. En la mano llevaba una copia del documento de dos hojas en el que se resumía la propuesta que había presentado a primera hora de la mañana.

—De acuerdo, voy a explicarte las cosas. Número uno: no digo que vaya a convertirme en avalista de nada de esto, o que lo vaya a apoyar de alguna manera —dijo mientras agitaba ligeramente las hojas que sujetaba en mi dirección—. Número dos: no quiero que pienses que soy un villano y que mi función aquí es aplastar tu estado de ánimo en cuanto tengo oportunidad. Por lo tanto, he decidido pasar esta propuesta a Innovación… nada de entregas especiales, ni música de bandas o fanfarria, solo mételo en su bandeja de correo y a ver qué les parece. Resúmelo a una sola página, incluso media página sería mejor, y envíamelo a mí. Yo lo pasaré al departamento de Innovación junto a otras comunicaciones que tengo que enviarles. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece bien. Muchas gracias.

Hablé lo más calmado que pude, o eso creí, pero en ese momento no pude evitar una sensación de alivio sanador fluyendo por mi organismo. Estaba salvado. Y a pesar de todas las amargas renuncias que había

repetido una y otra vez tan solo unos segundos antes para mis oscuros adentros, ahora estaba henchido de gratitud. ¿Era así como Richard había adquirido el apodo que se le atribuía? ¡Gracias, Doc!

—Tal vez incluso podamos encajar tu idea de nuevo producto en la reunión de la próxima semana para seguir debatiéndola —continuó Richard—. ¿Qué tal suena?

—Suena bien.

—De acuerdo, entonces —dijo Richard al tiempo que se giraba para salir de mi cubículo. Pero se detuvo de golpe a medio camino y volvió a girarse—. Uh, Frank —dijo, y me pareció que bajó el tono de voz.

—¿Sí?

—Junto a la ficha para Innovación quizás podrías enviarme el resto del trabajo que has desarrollado sobre esto —dijo Richard, y volvió a agitar el dosier de dos hojas en el aire.

—Como dije en la reunión, he trabajado en ello casi siempre en mi casa. Y allí es donde está ahora mismo. Parte todavía está manuscrito. Lo repasaré todo y te lo enviaré en cuanto pueda, si te viene bien.

No había dudado ni un segundo en mi respuesta a la petición de Richard y, sin embargo, durante un imperceptible lapso de tiempo, lo vi quedarse petrificado ante mis ojos mientras clavaba su mirada granítica en la mía.

—Por supuesto —dijo.

Después de que Richard se marchara, esperé hasta que me pareció que ya era seguro y luego me derrumbé sobre el mostrador de mi cubículo. *Él lo sabía*, pensé. Sabía que le estaba mintiendo. Tenía toda la propuesta en un disquete y también impresa pulcramente en un fajo de unas cincuenta páginas en el cajón inferior de mi escritorio. Abrí el cajón para comprobar que el contenido seguía allí. Y allí estaba, aunque por alguna razón delirante pensé que podría no estar. Toqué el disquete y pasé las hojas varias veces. Seguían allí. Cerré el cajón del escritorio. Luego lo volví a abrir y repetí la inspección unas cuantas veces más antes de cerrar con llave el cajón y guardar la llave dentro de mi billetera.

Lo que todavía no lograba entender era la razón de mi engaño. Me había salido como un acto puramente instintivo, sin ninguna base racional. No podía ser que temiera que Richard fuera a robarme mi propuesta y

presentarla para llevarse él todo el mérito, pensé. Otros me habían hecho esto a lo largo de los años y nunca me molestó su traición. No pretendía ascender en la empresa más allá de mi actual posición, así que ¿por qué debería perder el tiempo con nadie que no fuera mi superior inmediato?

Quería quedarme donde estaba y quería mantener mi vida laboral asentada en su *statu quo*, y quería que me dejaran en paz. Este había sido el motivo de todas mis acciones en mi trabajo. Por eso los empleados que mostraban una actitud similar eran transferidos a mi departamento siempre que había una vacante. Éramos un grupo de parásitos conformistas, fracasados hechos a nosotros mismos y perdedores complacientes. La poca vida que teníamos transcurría totalmente fuera del perímetro psíquico de la empresa. Hacíamos nuestro trabajo y lo hacíamos tan bien o mejor que cualquier otro en esa organización. Y luego nos íbamos a casa y pasábamos el tiempo con nuestras familias o nos ocupábamos de las tareas del jardín o pintábamos cuadros o simplemente no hacíamos nada. Cualquier cosa que deseábamos lograr en este mundo precario y francamente miserable lo buscábamos *fuera de la empresa*.

Por supuesto, siempre tenía la opción de enviar mi propuesta completa al día siguiente y Richard podría entonces hacer con ella lo que quisiera. En ese sentido, no me había perjudicado en nada en especial. Pero él todavía sabría que le había engañado y no tenía ni idea de lo que eso podría conllevar.

4

Pasaron tres días. Y cada uno de ellos, justo después de despertarme de sueños absurdos o aterradores, me decía a mí mismo: «Hoy voy a enviar a Richard el documento de mi plan». Y al final de cada día, tras no haber enviado nada a Richard, me decía: «Mañana seguro que enviaré a Richard el documento de mi plan».

Así que ¿por qué estaba retrasando este asunto? ¿Por qué había optado por un camino que significaba mi propia destrucción, agravando mi ofensa real de haber mentido a Richard con este otro desdén tan flagrante ante sus instrucciones de enviarle el documento completo de mi plan? Se me

ocurrió una respuesta provisional a esta pregunta durante el transcurso de esos tres días. Y comenzó con esa reunión semanal en la que me sentí la víctima de una emboscada perpetrada por todos ellos, no solo por Richard. La suya tan solo era la cabeza más grande y asquerosa del monstruo: otras seis cabezas también emanaban del cuerpo de la bestia y giraban sobre largos cuellos serpenteantes alrededor de la cara retorcida y dilatada en el centro de todo aquello, con los ojos inyectados en sangre y un aliento letal (de hecho Richard en verdad padecía de una halitosis que podría hacer vomitar a una lombriz). Varios incidentes durante este periodo de tres días apoyaban, aunque fuera sutilmente, mi teoría de siete-contra-uno. Cada uno de estos incidentes parecía ser un hecho aislado. Habría podido admitir que algunos de estos incidentes no tenían ninguna intención o significado avieso. Los enumero aquí en orden cronológico, con títulos que informan de los actores involucrados en estas viñetas. Así que allá voy, y comenzamos con:

Perry

A última hora del lunes, el día de la reunión semanal, pasé por el área de recepción de la empresa. Era un espacio lujosamente enmoquetado, con luz tenue y decoración cara que servía tanto para impresionar como para intimidar a cualquiera que entrara, sobre todo a los que lo visitaban por primera vez, como demandantes de empleo que esperaban a ser entrevistados, empresarios que esperan ser recibidos por quienquiera que fuera su contacto dentro de la compañía o simplemente algún repartidor de pizzas.

Entre las piezas de mobiliario de esta zona había un piano de cola que nadie de la compañía tocaba nunca… excepto Perry. No era raro, sobre todo alrededor de la hora del almuerzo, verlo o bien acercándose o alejándose, revoloteando alrededor o tocando de hecho ese piano. Por suerte para todos los afectados, nunca tocaba durante mucho tiempo. Y lo que tocaba era siempre invariable. El repertorio de Perry, a juzgar por lo que pude oír, consistía básicamente en unas cuantas variaciones de acordes con cierto aire jazzístico que aporreaba con torpeza y que remataba con una floritura tintineante con la mano derecha en las escalas altas.

Esta actividad tan solo era uno de los elementos de la imagen jazzística que parecía tener de sí mismo y que evidentemente deseaba mostrar a

otros, aunque lo hiciera de una manera caótica o tal vez un tanto desganada. En general, Perry no era un individuo que llamara la atención. Y era lo bastante inteligente y reflexivo para darse cuenta de este hecho. Sin embargo, por algún motivo misterioso, Perry deseaba encasquetarse la versión de disfraz de Halloween de Mr. Jazz, el cual consistía en unos cuantos adornos, uno o dos gestos estereotipados y una máscara de plástico. Aparte de tocar el piano y algunos comentarios sobre el último CD de música de jazz que se había comprado, el elemento más llamativo de la caracterización jazzística de Perry eran sus gafas, que eran el tipo exacto de gafas de montura gruesa y con lentes bastante oscuras que llevaban los mejores artistas del jazz de los años 50 en las fotografías del reverso de las carátulas de varios álbumes famosos de aquel periodo. Bueno, yo mismo llevaba gafas (de diseño contemporáneo), y las lentes tenían un ligero tinte de color ámbar, aunque opté por estas lentes siguiendo el consejo de un optometrista (nunca conocí un oftalmólogo o un dentista que no tuviera alma de estafador. No hablemos ya de los médicos o —¡puf!— esos chupasangres de la mente con una placa de psiquiatra junto a su puerta). El optometrista me sugirió que tal tintado facilitaría que mi visión defectuosa tolerara mejor las luces fluorescentes de la oficina, así como el tipo de iluminación que irradian las pantallas de televisión y… caramba, cómo odio tan siquiera usar la palabra: de los ordenadores… ahí está, ya lo dije.

Como ya mencioné antes, simplemente estaba atravesando el área de recepción de la compañía. Me dirigía a otro lugar en esa planta, donde iba a asistir a una reunión relacionada con alguna tarea rutinaria de mi trabajo. El piano estaba colocado de manera que Perry ejecutaba sus torpes intentos de espaldas a mí mientras yo pasaba en silencio. Así que no tuve necesidad de gritar un saludo o molestar al genio del jazz de alguna otra manera.

Pero justo cuando estaba a punto de salir del rango de visión de Perry, vi que giraba la cabeza para mirarme por encima del hombro. Por supuesto, no podía detenerme de golpe en ese punto y reconocer así que le había visto lanzarme por encima del hombro una mirada que me pareció sospechosa y amenazante, con sus ojos oscurecidos por la tenue luz de la recepción reflejándose en sus gafas de lentes oscuras. En el mismo momento en el que giró la cabeza en mi dirección, Perry acabó su actuación musical, no sin antes teclear la tintineante floritura en las notas

altas del piano, pero con un acorde disonante de notas con la mano izquierda en las notas más bajas del teclado. El gruñido cacofónico de estas notas me persiguió al volver la esquina y comencé a recorrer un pasillo largo e intensamente fluorescente de camino a la reunión, en la cual también participaba:

Mary

Y allí estaba de pie, a cierta distancia en el pasillo, a tan solo unos pocos metros de la puerta abierta de la sala de juntas, congelada durante un segundo en una pose que ya le había visto adoptar otras veces. Concluí que era su «pose pre-entrada», una postura que duraba una fracción de segundo y en la que parecía tensarse incluso más de lo habitual, como si quisiera recomponerse y fortalecerse tanto mental como físicamente antes de entrar en un foro público. Mary estaba en su cincuentena y se pertrechaba (desde el cabello cardado hasta los tacones de punta) de todo el armamento cosmético y de sastrería con el que una mujer podía cargar. Cuando adoptaba esta pose de pre-entrada o, de hecho, en cualquier momento en el que no estuviera hablando o anotando algo en su agenda o moviéndose de una u otra manera, era fácil confundirla con un maniquí, incluso mirándola de cerca.

Sin volverse para mirarme (tampoco es que me hiciera falta viniendo de un maniquí), entró en la sala de reuniones… y yo la seguí de cerca.

A lo largo de la reunión, otro de esos encuentros regulares semanales (este en concreto estaba centrado en los tiempos de producción), Mary encontró el momento para comentar: «Por supuesto, el departamento de Frank no podrá cumplir con estos plazos», sin aportar junto a este comentario la razón por la que tan segura estaba de tal hecho.

—Estamos todavía en el proceso de prueba del software nuevo —expliqué para cualquiera de la reunión que tal vez desconociera por qué se había producido un declive temporal en la productividad de mi departamento. La palabra «software», como solía ocurrir, se me quedó ligeramente atravesada en la garganta y salió con un sonido un tanto roto.

—Por supuesto, lo entendemos —dijo Mary mientras apuntaba algo en su libreta de citas con anillas, y sin mirarme ni una sola vez, como si yo intentara inventarme una torpe excusa para cubrirme yo mismo y mi plantilla faltando a la verdad.

Así que el daño, aunque hubiera quedado restringido a la atmósfera más que a los hechos, ya estaba hecho. Y a conciencia.

No hubo más encuentros ese día con los Siete… llamémoslos así a partir de ahora y evitemos la parte de enanos. Por lo que a mí respecta, los cuentos y leyendas, las mitologías de todas las épocas y lugares, son solo vestigios putrefactos de un mundo que, para bien o para mal, está muerto, muerto, muerto. La vida humana no es una *hazaña* ni una *odisea* ni nada de esa bazofia romántica que nos hacen tragar desde nuestra más tierna infancia hasta el día de nuestra muerte. De acuerdo, entonces, como Richard y como tantos individuos del tipo intrépido de persona dirían.

El siguiente encuentro con uno de los Siete no tuvo lugar hasta la mañana siguiente, martes, cuando levanté la mirada y vi de pie en la entrada de mi cubículo a…

Kerrie

—¿Te sobran sellos? —preguntó—. Necesito enviar un pago de tarjeta de crédito rápido.

Yo estaba en mitad de una conversación con Lois sobre el software antes mencionado que mi plantilla estaba probando cuando Kerrie (anoréxica, con una nariz como el pico de un pájaro y corte de pelo a lo marine) nos interrumpió.

—Sí, creo que me quedan algunos —dije. Pero lo que pensé fue: «¿Por qué Kerrie me está pidiendo sellos a *mí*? Ella es la persona a quien todos los de la división acuden cuando se les acaban los sellos». La respuesta, que escuché por un oído mientras rebuscaba en algunos cajones del escritorio, salió a trompicones de la boca de la propia Kerrie.

—Alguien ha robado todos los míos. Se ha llevado un rollo entero de mi escritorio y ni siquiera estaba abierto. Voy a tener que empezar a esconder las cosas. Todo el mundo sabe dónde las guardo.

—Toma —dije mientras giraba la silla y le ofrecía un paquete arrugado con unos cuantos sellos dentro. En el mismo momento, vi que Kerrie recogía algo del mostrador de mi cubículo.

—Eh, ¿qué es esto? —preguntó o, para ser más exactos, me acusó.

Y qué era eso, en efecto, pensé, cuando vi que Kerrie sujetaba el paquete sin abrir de un rollo de sellos. Lois, que estaba sentada en una silla

entre Kerrie y yo, intentaba hacerse invisible de forma discreta clavando la mirada en uno de los puntos adimensionales de la alfombra.

—Kerrie —dije—, no tengo ni idea de dónde ha salido eso.

—Estoy segura de que no, Frank —dijo Kerrie antes de volverse y alejarse.

—Lois —dije—, ¿viste esos sellos cuando entraste aquí?

Lois se materializó regresando de su invisibilidad y respondió:

—No, pero tampoco puedo decir que no los viera. Quiero decir, si alguien quiere montar un escándalo por eso… ¿qué puedo decir?

—¿Crees que yo podría haberle robado los sellos a Kerrie?

—Ni se me ha pasado por la cabeza —respondió tan rápido que sus palabras casi se solaparon con las mías—. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Lo siento —dije.

—Acepto las disculpas —dijo Lois—. Pero solo porque sé que tú no te llevaste los asquerosos sellos de Kerrie.

—Sí, tiene mala pinta —dije.

—Sí, la tiene —convino Lois.

Por eso Kerrie se había asegurado de que Lois estuviera presente como testigo. Esto le permitía ir contando que «Eché en falta mis sellos… y los encontré en el escritorio de Frank. Venga, preguntad a Lois… ella estaba allí». Y qué otra cosa podría decir Lois que «Sí, yo estaba allí. Y vi que Kerrie recogía un rollo de sellos del escritorio de Frank». Por supuesto, ella podía negarse a comentar el asunto, pero era obvio que eso tan solo me incriminaría aún más, insinuando que no solo Lois había sido testigo del suceso, sino que también lo consideraba demasiado sórdido para hablar de ello. De esta forma, Kerrie había preparado un montaje contra el cual yo no tenía ninguna defensa posible ante el Tribunal del Rumor, aunque no pudiera probarse nada de forma definitiva contra mí.

A diferencia de las tácticas descaradas de Kerrie, estaban las rebeldías sin esfuerzo alguno de:

Harry

La única forma en la que puedo describirlo es como un enigma afable. Siempre ataviado pulcramente, siempre envuelto en un aire de amabilidad cada vez que le hablaban, siempre deseoso de «ponerse de inmediato» con

todo aquello que cualquiera le pidiese hacer, siempre deseoso de «cumplir» con todo aquello que alguien le solicitara… y jamás haciendo esas cosas.

Por lo tanto, no me sentí muy desconcertado cuando Harry no respondió a mis llamadas de teléfono (nadie esperaba hablar con Harry en persona cuando marcaba su extensión). Solo empecé a preocuparme al advertir el acostumbrado silencio de Harry a todas las comunicaciones por mi parte y al relacionarlo con la inusual e inquietante falta de atención en mis tareas por parte de Richard durante todo el resto de esa semana, cuando normalmente habría estado mirando por encima de mi hombro a la primera oportunidad.

Pero en todas las cuestiones relacionadas con Harry, no había nada de lo que pudiera estar del todo seguro. Qué maestro del fingimiento era, aunque el verdadero candidato de cosas mejores, más rápidas, pero en absoluto más chabacanas era:

Barry

Era el más llamativo de todos los herederos potenciales del puesto de Richard cuando llegara el día en que el que fuera en otro tiempo un quarterback estrella (o pitcher de béisbol que batía récords o lo que fuera), por una razón u otra, partiera del todo de nuestra división, de nuestra empresa o del mundo. Al parecer, Barry solo estaba realizando una breve ronda de control como supervisor del departamento en la división. Se nos presentó, supuestamente, como una persona que poseía unas habilidades organizacionales muy desarrolladas, las cuales había demostrado con anterioridad en una serie de puestos clave en la compañía. Cuando llegó a nosotros, ya era de sobra conocido (tanto a sus espaldas como a su cara regordeta y de habla rápida) por su gran cerebro y su extraño talento para «juzgar las cosas», y por traer la ley y el orden a las fronteras y puestos avanzados más rebeldes de la compañía.

Mis propias fuentes me informaron de que la única razón por la que los que trabajaban con Barry reafirmaban sus talentos con tanta firmeza era para acelerar la salida de este de sus instalaciones, dejándolo plantado en algún departamento desprevenido que pudiera amortizar y beneficiarse de la extraña capacidad de su lóbulo frontal tan bien dotado. Y así comenzó la leyenda de Barry el Cerebro, Barry el Organizador y, aún más

desafortunadamente, Barry el Reorganizador. Allá donde fuera en la jungla de la compañía, se le daba la libertad de revisar los gráficos y los mapas, los procesos y los procedimientos que siempre habían parecido funcionar tan bien… hasta que caían en sus torpes manos. Porque, de hecho, a medida que Barry se movía con poderosas zancadas de un puesto a otro en la compañía, no dejaba nada más que caos, confusión y conflicto allá por donde pasaba.

Por mis propias observaciones, logré entender cómo podía llegar a parecer una persona con habilidades organizativas superdesarrolladas, aunque solo fuera porque se mostraba tan cruelmente intolerante ante la más mínima falta de organización por parte de los que le rodeaban, usando su rápida lengua, su incansable entusiasmo por las gráficas y las tablas de resultados que nadie más era capaz de comprender (debido a su excesiva complejidad) y su reputación, rematadamente torticera, de poner en cuestión la preparación de cualquiera que cuestionara la suya.

Sin embargo, hubo un tiempo en el que empaticé con este hombre, quien era obvio que padecía del mismo trastorno clínico (obsesivo-compulsivo) que me aquejaba a mí mismo, aunque yo había optado por ocultar mis manías, que se manifestaban de maneras que no podían ayudarme en mi carrera, en lugar de sacarlas a pasear ante la mirada de todos. Pero el momento de empatía pasó cuando llegué al trabajo más pronto de lo normal un miércoles de esa semana. No me sorprendió ver a Barry en la oficina a esa hora tan temprana, aunque mi alarma interna saltó cuando lo vi acechando por el área de mi cubículo, moviéndose, como siempre hacía, con un brío en el paso que resultaba cómico para un hombre de su altura.

—Barry —dije, a modo de saludo.

—Frank —respondió él y su voz resonó en la distancia.

Entonces, justo después de entrar en mi cubículo para emprender las tareas del día, salté hacia atrás como si un animal salvaje se hubiera abalanzado hacia mí. Mi propio estado obsesivo no incluía un fastidioso sentido de la organización, pero aquel era mi espacio de trabajo… y estaba aseado. No pensé ni por un segundo que los de la limpieza del edificio hubieran arrasado en un ataque de limpieza por lo que respecta a mi cubículo. Nadie de la zona parecía haber recibido el mismo tratamiento, como advertí tras una breve investigación secreta.

De acuerdo, capté el mensaje: «Barry estuvo aquí», se leía como si estuviera deletreado en papelitos con chinchetas en mi tablón de anuncios. ¿Y qué? Pensé… no tengo nada que esconder. Entonces, mi propia versión obsesiva tomó el control y prácticamente me abalancé al cajón del escritorio que contenía toda la documentación electrónica e impresa de mi propuesta, mi idea para innovación de producto, mi plan especial. Me encontraba a cuatro patas, mirando el oscuro frontal de metal del cajón. Quería espolvorearlo en busca de huellas, usar una lupa para examinar hasta la más mínima señal de forzamiento, comprobar con un micrómetro si la cerradura había sido forzada por manos extrañas. Por supuesto, nada de esto habría aliviado mi ansiedad y, un rato después, todavía sobre mis manos y rodillas, por fin agarré la manilla del cajón y tiré de él con el corazón en un puño. Seguía cerrado, significara lo que significara. Y en realidad no significaba nada, porque alguien podría haber forzado el cerrojo con un pincho, sacado el contenido y cerrado de nuevo el cajón.

Tras sacar la cartera del bolsillo de atrás de mi pantalón y rebuscar la llave, abrí el cajón. Todo lo que había estado dentro antes seguía estando ahí ahora. No obstante, seguía queriendo usar mi kit de huellas dactilares, la lupa y el micrómetro para averiguar si había alguna alteración. Además de los documentos guardados bajo llave en ese cajón, había una carpeta de fotografías de lugares de la ciudad, fotografías que había estado haciendo a lo largo de los años. Tenía muchas más carpetas como esa en mi casa, llenas de fotografías de callejones y casas abandonadas, de iglesias tapiadas con tablones, una biblioteca en ruinas (con fotos interiores de estanterías caídas y libros mohosos tirados por un suelo arenoso). Más valiosa para mí era una serie de fotos que tomé de un lugar donde había una señal de calle torcida, pero sin ninguna calle que mereciera ese nombre… solo un montón de escombros a lo largo de un camino y unos cuantos restos de edificios indefinidos a ambos lados.

A primera vista, todo lo que contenía el cajón de mi escritorio parecía estar en orden, pero todavía era posible que Barry hubiera abierto el cajón antes de mi llegada al trabajo esa mañana, que hubiera fotocopiado la versión impresa de mi documento, hubiera copiado electrónicamente la versión electrónica de mi documento y lo hubiera vuelto a colocar con la escrupulosa precisión que solo otro obsesivo es capaz de lograr.

—¿Qué haces ahí abajo? —preguntó la voz de Barry el Detective, Barry el Espía. Cerré el cajón de golpe, demasiado asustado para ser

consciente de que me estaba delatando.

—Estaba sacando algo de mi bolsillo y se me cayó un cuarto de dólar. Ha rodado bajo el escritorio.

¿*Algo* de mi bolsillo? Barry no se iba a tragar eso. Debía haber concretado. Pero sí que dije *un cuarto*, no solo «moneda».

—¿Querías algo de mí? —pregunté.

—Así es —respondió Barry relajadamente, algo poco común en él. Luego se alejó también relajadamente.

Barry el Propositivo, Barry el Agitador.

Barry caminaba. Y hablaba.

Relajadamente.

Abrí el cajón otra vez y comprobé el contenido, toqué el disquete (¡del maldito ordenador!) y pasé con rapidez las cincuenta y pico páginas del documento impreso. Luego cerré el cajón con llave. Luego abrí el cajón y repetí este ritual tantas veces como fueron necesarias a lo largo del día. Debería haber recogido las cosas y haber regresado a casa esa mañana. Pero eso tendría que esperar hasta el final de la jornada. Porque, desafortunadamente, necesitaba terminar un pequeño proyecto y pasárselo a:

Sherry

Permanecí tan cerca de mi cubículo como pude durante todo el día. Logré prescindir de los viajes al lavabo y no abandoné el edificio para almorzar en el Metro Diner, que era en realidad un placer diario (o, más bien, una válvula de escape) y no parte de ningún comportamiento ritualista. Pero a cierta hora debía pasar un pequeño proyecto sin importancia a Sherry. La hora límite eran las dos en punto.

Pensé que tal vez podría convencer a Sherry de que recogiera el trabajo en mi cubículo, en lugar de tener que llevarlo hasta el suyo al otro lado de la planta. Sin embargo, ella tampoco respondía a mis mensajes telefónicos, ni a los mensajes de cada media hora que le enviaba a su… máquina.

Cuando llegó el momento de la entrega intentó hacerla lo más rápido posible, dirigiéndome a grandes zancadas a la velocidad de Barry hasta el cubículo de Sherry, que estaba cerca de la puerta de salida del área de la oficina y daba acceso al vestíbulo, donde uno todavía podía contemplar el estilo pre-Depresión del edificio y disfrutar de las paredes y molduras

descascarilladas, las tulipas redondas polvorientas de luz tenue que colgaban de largas cadenas oxidadas desde el techo alto, y las barandillas y pasamanos quejumbrosos que flanqueaban las escaleras que conducían arriba y abajo hacia las sombras más sugerentes que jamás hubiera visto.

Sin embargo, al llegar al cubículo de Sherry descubrí que la entrega no iba a resultar tan sencilla como esperaba.

—Sherry —dije.

—¿Puedes esperar un segundo? —respondió ella, muy ocupada en sacar algo de su monedero. Fui consciente entonces de que le sobrepasaba tener que aceptar la entrega de este diminuto proyecto y al mismo tiempo escarbar en su monedero en busca de algo. Tendría que acabar una tarea antes de que pudiera enfocar sus recursos mentales en esta otra, y no había nada que hacer.

He declarado antes en este documento que, «con una sola excepción», no había mucho encanto entre los Siete. Sherry era la excepción, aunque es necesario añadir a esta afirmación una seria salvedad. Físicamente era atractiva, no hasta el punto de ser una belleza tremenda, pero lo suficiente para estar por encima de las mujeres de belleza normal o incluso atractivas de la compañía y situarse en el grupo de aquellas que ejercían su atracción desde el otro extremo de la estancia (si alguien cree que estoy perpetuando alguna imagen distorsionada o arbitraria del mundo, me parece bien… les deseo que les vaya bien en sus transacciones con la realidad social). La salvedad a la que antes me refería es esta: si a uno se le ocurría atravesar esa estancia desde el extremo opuesto al de Sherry, lo que se encontraba era (ni siquiera puedo mencionarlo) alguna clase de *cosa* habitando el cuerpo de una mujer atractiva, un extraterrestre de algún planeta enfermo o una criatura de bajo nivel evolutivo que por algún curioso medio había penetrado en su interior en alguna etapa de su desarrollo, dando como resultado esa Sherry-Cosa.

Si Sherry cerraba los ojos y no hablaba, sin duda podía parecer una hembra humana atractiva. Pero en cuanto hablaba o en cuanto aquellas cosas parecidas a ojos asomaban, se convertía en una gorgona (no pretendo darle ningún significado mitológico y tampoco es necesario). Esta dualidad que Sherry personificaba con frecuencia podía ser el origen de tremendos conflictos entre la gente que la rodeaba, los cuales experimentaban en un primer momento la atracción de su figura, y un segundo más tarde, cuando se le ocurría hablar, o se cernía sobre ellos su

mirada, sentían arcadas internas ante la mera existencia de aquella Sherry-Cosa y retrocedían apartándose y sintiendo un asco interno por sí mismos al haber sentido cierta atracción por aquella criatura. Y en ese preciso momento, en el que estaba de pie junto a su escritorio, Sherry tenía la mirada apartada y yo ya había olvidado el sonido de las pocas palabras que ella había pronunciado.

Así que me quedé allí de pie y la observé mientras rebuscaba algo en el monedero y, cuanto más profundamente rebuscaba, más se removía en su silla haciendo que su vestido, ya corto y ajustado, se elevara más hacia sus glúteos. Me quedé hipnotizado, petrificado, hasta que la puerta que conducía al vestíbulo se abrió y alguien entró en el área de oficinas de la compañía. Esta persona en concreto era Betty, una de las vicepresidentas de mayor rango de la empresa. Vi que era Betty porque, tras apartar mi mirada embelesada de Sherry, ahora advertí que en la palma de su mano derecha había un espejo pequeño en el que Sherry veía a Betty mirándome a mí mientras yo la miraba a ella. Entonces Sherry dejó escapar una risita y se giró.

—Hola, Betty —dijo.

—Hola, Sherry —respondió Betty.

Pero Betty no tenía ningún «hola» para Frank después de haberme visto mirar a Sherry de una manera que jamás hubiera querido que viera nadie. El rostro de Betty simplemente mostraba asco (¡por mí!) antes de que retomara su camino.

—Veamos, ¿qué es lo que tienes ahí, Frank? —dijo Sherry.

Sin mediar palabra, dejé caer la carpeta que contenía el proyecto sobre su escritorio y, por primera vez ese día, hice una visita al lavabo.

5

Ahora era viernes y no había tenido ninguna comunicación de Richard desde el lunes. Como un mero formalismo, decidí comprobar con alguien de Innovación si Richard había entregado mi versión resumida en la propuesta de dos hojas que había mostrado a los Siete el primer día de esa semana.

Ninguna sorpresa: Innovación no tenía noticias de tal propuesta con mi nombre en ella. Ninguna sorpresa: ya no estaban solicitando ni siquiera ideas para Innovación, y raras veces o nunca lo hacían.

Ninguna sorpresa: El departamento de Innovación era un misterio en cuanto a su propósito y función igual de insondable para mí como cualquier otra división de la empresa.

Sorpresa: se habían «congelado» todas las actividades relativas a Innovación hasta que la próxima «reestructuración» de la empresa comenzara a funcionar y la empresa hubiera «relocalizado» todo su operativo (lo más probable a algún bonito rascacielos a las afueras y, por lo tanto, lejos de la lujosa podredumbre de la ciudad en la que había residido durante décadas).

Aunque los cambios arriba mencionados en la empresa eran noticias frescas para mí, de hecho grandes noticias, nada de todo ello parecía tener ni un ápice de realidad. Este era más o menos el caso en todas las ocasiones de «renovación» dentro de ese mundo laboral concreto y, tal vez, de todos los otros: se producía con tanta frecuencia la promesa de un cataclismo o de una nueva y brillante era en el horizonte… pero, a pesar de lo que fuera o lo que provocara en la imaginación de cada cual, indefectiblemente llegaba y se iba como una tormenta durante la cual uno se había quedado dormido, dejando unos cuantos charcos y algunas ramitas esparcidas por el suelo como únicas pruebas de que algo había sucedido. Cada hito en la historia de la empresa, incluso cuando se pronosticaba con toda la fanfarria, al final terminaba siguiendo algún calendario secreto de tedio geológico, de manera que perdía todo interés y dramatismo mucho antes de que tuviera lugar, y posteriormente pasaba casi inadvertido. Y los días seguían sucediéndose y uno se hacía mayor y nada de todo aquello parecía poseer ni un ápice de importancia o sustancia. Finalmente, echando la mirada atrás a toda tu vida laboral en el lecho de muerte, te quedarías exclamando: «¡De qué iba todo esto!». [En este sentido, el mundo de la compañía reflejaba el propio mundo, que en ocasiones lograba escenificar un primer acto enardecedor y quizás incluso proporcionar unas cuantas escenas interesantes de un segundo acto antes de degenerar en la pesadilla de un dramaturgo, en la que los actores o bien destrozaban sus diálogos o los olvidaban por completo, el escenario se derrumbaba, los decorados fallaban y la mayoría de la audiencia abandonaba el teatro durante el descanso].

Sin embargo, la información que me filtraron los de Innovación servía de excusa para reunirme durante el almuerzo con un amigo de la empresa (sí, en realidad tenía uno o dos amigos en ese lugar que hasta el momento he pintado de forma tan lúgubre). Marqué su extensión y por fin encontré a un ser vivo al otro lado de la línea.

—Eh, Frank —dije. No solo compartíamos el nombre propio, sino que ambos también llevábamos trabajando «desde siempre», tal como decía uno de mi plantilla, en nuestros respectivos departamentos.

—Sí, Frank.

—¿Tienes algo planeado para comer?

—¿Alguna vez lo he tenido?

Por supuesto que no. Por lo general Frank era bastante reservado. De alguna forma, había logrado mantenerse en un escalafón incluso más bajo que el mío en la jerarquía de la empresa durante una comparativamente larga… carrera, si es así como debiera llamarla. Solo por eso ya era merecedor de mis más profundos respetos. Además, también sabía mucho sobre la compañía y su personal, algo por lo que en condiciones normales no me habría interesado lo más mínimo.

Pero esa semana había sido cualquier cosa menos normal, y aparte de lo que tenía que contar a Frank sobre la información que me suministraron los de Innovación esa misma mañana, había algo que quería preguntarle y que en realidad era la motivación principal de mi petición de audiencia durante el almuerzo con mi tocayo.

Había estado esperando fuera unos cuantos minutos cuando Frank emergió de las puertas giratorias del antiguo edificio, con las gafas de sol puestas y un cigarrillo encendido.

—¿Al lugar de siempre? —preguntó Frank.

—A menos que haya otro lugar que tú prefieras —dije.

Él se limitó a sonreír y ambos comenzamos a recorrer el kilómetro y medio que nos separaba de nuestro destino, avanzando entre la horda habitual de viandantes trajeados y gente de la calle. Frank mantenía la mirada baja en la acera mientras fumaba un cigarrillo tras otro, y yo alternaba la mirada al nivel de la calle (tiendas de ropa barata, tiendas de electrónica barata, tiendas de licores-lotería-cajero, tiendas de pelucas,

tiendas de compraventa, tiendas de armas) y el horizonte a lo Beaux-Arts del pasado que siempre se aleja.

El Metro Diner estaba situado justo al borde del centro de la ciudad. Cuando entramos, eché una mirada hacia la barra, tras la cual estaba Lillian Hayes, la propietaria y gerente del comedor durante los últimos treinta años más o menos. La miré a los ojos y sonreí y ella agitó levemente la mano hacia mí.

A continuación Frank y yo nos sentamos al fondo.

—¿Qué tal está la Hamburguesa chorreante últimamente? —preguntó Frank.

—Sigue estando chorreante. Sigue siendo la mejor.

—Pues me la pido entonces —anunció al tiempo que apagaba el cigarrillo en un cenicero costroso que tenía una pequeña banda metálica por encima con surcos en los que poder apoyar de forma segura cigarrillos encendidos—. Ya casi no se ve este tipo de cacharros por ahí —comentó Frank mientras examinaba el cenicero con la mirada del sensible amante de los artefactos venidos a menos—. Tienen algo especial, ¿sabes?

—Lo sé —dije—. Hay una palabra japonesa para eso: *wabi*.

—Wa-biii —repitió Frank, quien no necesitaba una definición explícita de la palabra para entender su significado.

Había tanto en el Metro Diner que compartía esa misma cualidad, que era la razón principal por la que yo había sido un habitual del lugar durante tantos años. Además, vivía en el apartamento situado encima del comedor, al que accedía por las escaleras traseras y por el cual Lillian me cobraba un alquiler bajo.

Mientras comíamos nuestras Hamburguesas Chorreantes, comenté a Frank la reestructuración de la empresa de la que me habían hablado, aunque se limitó a encogerse de hombros con profundo desinterés cuando lo escuchó. Luego le hablé sobre la relocalización, la cual le interesó solo desde un punto de vista práctico: cuál sería el tiempo de ida y vuelta de casa al trabajo.

—¿Es eso todo? —preguntó Frank.

—No del todo —dije.

—¿Qué más? ¿Alguien ha muerto?

—No —dije.

—Dejas la empresa. Estupendo.

—No, no dejo la empresa, Frank.

—Entonces, ¿qué? —insistió.

—Una pregunta —dije con parsimoniosa gravedad, que Frank ignoró con igual parsimonia.

—De acuerdo, dispara.

—Frank, ¿por qué llaman a Richard el Doctor?

Frank sonrió y apartó hacia un lado el plato en el que solo quedaban unas cuantas patatas empapadas de kétchup. Luego, despacio, casi a modo de ritual, se encendió un cigarrillo.

—Esto te va a costar el almuerzo, lo sabes, ¿verdad?

—Hecho —respondí.

—¿De verdad no lo sabes? Quiero decir, si ya sabes que a Richard le llaman el Doctor, deberías saber por qué.

—Bueno, no lo sé. Ni siquiera estoy seguro de cómo sé lo que sé. Creo que lo oí en algún lugar. Quizás me falla la memoria, no lo sé. Pero tengo la sensación de que es algo que no debería preguntar a cualquiera de la empresa.

—Tienes razón en eso —dijo Frank—. Si se te ocurre preguntar lo que me acabas de preguntar a la persona equivocada, podrías acabar en la calle.

—Sí, entiendo que ha habido gente a la que despidieron por algún motivo u otro debido a Richard. Sé que es doctor en políticas de empresa… eso es lo único que sé.

—Incorrecto. El título de «doctor» es irónico —explicó Frank—. Esa es la razón. Richard tiene en su haber al menos tres suicidios: dos mujeres y un tipo. No me puedo creer que no sepas esto.

—Me conoces, Frank. Mantengo la cabeza bajo tierra. Se está bien ahí abajo.

—Lo sé. «Sé un estúpido para sobrevivir» —dijo Frank—. Pero ese lema no funciona con Richard. Conocí a la familia del tipo que se quitó la vida. De hecho, mencionaba a Richard en su nota de suicidio, pero no había nada que la familia pudiera hacer… legalmente, quiero decir. De todas formas, para empezar, el tipo era un demente. Una de las mujeres que se suicidó no dejó una nota, pero no era difícil ver la relación de causa y efecto. Se rumoreó que tuvo una relación con Richard. Esto ocurrió cuando él estaba en… en no-sé-qué división en la que estuviera antes de venir a vivir con nosotros.

—¿Y la otra mujer? —pregunté.

Frank hizo una pausa para encenderse otro cigarrillo.

—Esta es la mejor. Ocurrió un par de meses antes de que tú llegaras a la empresa. La chica se cortó las venas en la oficina de Richard. Murió tirada sobre su escritorio y la sangre lo empapaba todo.

—Como un paciente muerto sobre la mesa de operaciones.

—Exacto. Eso fue lo que le proporcionó el sobrenombre de Doctor. Antes de ese pequeño incidente, Richard estaba a punto de convertirse en Alto Directivo. Debería estar a cargo de la empresa desde hace mucho tiempo. ¿Quién sabe dónde estaría ahora? Definitivamente, no sería el director de nuestra división de mala muerte. Los otros dos suicidios ni tan siquiera cambiaron la situación. En todo caso, reforzaron su currículum de verdadero ejecutivo de pro. Pero la chica muerta en la oficina… eso no tenía buena pinta.

—Creo que será mejor que regresemos —dije al tiempo que miraba el reloj.

Mientras salíamos del comedor me despedí de Lillian con un gesto y ella me respondió con otro.

—Frank, espero que no me hayas preguntado por Richard porque estés teniendo algún problema con él —dijo Frank mientras volvíamos sobre nuestros pasos de regreso al edificio.

En ese momento no podía confirmar ni desmentir que ese fuera el caso.

6

Algunas personas aseguran que no recuerdan sus sueños, que nunca han sabido qué es despertarse gritando o trastornadas o solo temblorosas tras la conmoción de una pesadilla. Y no son necesariamente personas simples o personas felices o personas con poca imaginación. Pero de alguna manera han podido retener una inocencia de por vida, y jamás han conocido el terror que algunos sienten al aproximarse al dormitorio y enfrentarse a ese descenso a la oscuridad de mundos desconocidos que podrían oscilar desde un sinsentido de película de dibujos animados hasta el horror más estremecedor. Eran personas muy afortunadas. Ojalá yo fuera una de ellas.

Durante el fin de semana intenté olvidarme de la oficina como si fuera un

Mal Sueño

Esta tarea se hizo incluso más difícil debido a las nuevas pesadillas que comenzaron a acosarme, pesadillas en las que una versión onírica del mundo de Richard se situaba en el centro del escenario. En estos sueños yo me encontraba en la empresa, un lugar que se parecía al comercio de todo a cien que solía visitar cuando era niño.

En la tienda real había una esquina en la que se había habilitado un puesto de animales en miniatura. Unos cuantos acuarios contenían una gran variedad de pececillos, y había también terrarios con camaleones o reptiles negros de algún tipo que permanecían inmóviles y pegados al cristal. Unos periquitos parloteaban en jaulas con forma de campana, mientras conejillos de indias y jerbos correteaban en apestosas jaulas cuadradas.

En mis pesadillas yo paseaba por los pasillos de la tienda de todo a cien, aterrado de llamar la atención. La razón por la que caminaba de forma tan lenta era que el suelo estaba hecho de frágiles tablones de madera que crujían a cada paso que daba y no quería ser visto por Richard, que estaba justo al otro lado, en la esquina de los animales enjaulados.

Les estaba haciendo algo terrible, aunque no podía concretar qué era.

Pero Richard podía introducir sus dedos entre los apretados barrotes de las jaulas y podía penetrar el cristal de los tanques de peces y los terrarios. Yo quería saber qué les estaba haciendo a esos animales, pero tenía demasiado miedo para mirar. Y escuchaba voces susurrantes que me hablaban de Richard. «Los está arreglando», decían las voces en respuesta a la pregunta no formulada de mi aterrada mente. «¿Por qué le llaman el Doctor?», pregunté en voz alta, sin dirigirme a nadie. «Él está aquí para arreglarlos», repetían las voces, como si quisieran a un mismo tiempo tranquilizarme y asustarme.

Quería salir corriendo de aquella tienda, pero la puerta principal por la que había entrado ahora no era más que una pared lisa. La única salida era a través de la puerta trasera situada en la esquina donde Richard estaba ocupado con los animales. Parecía bastante absorto en cualesquiera que fueran las cosas terribles que estaba haciendo, y pensé que si corría con

suficiente rapidez podría pasar a su lado y escapar por atrás. Cuando por fin llegué a mi destino, tras abrirme paso por la resistente atmósfera de la tienda de todo a cien del sueño, descubría que las puertas estaban cerradas. Intentaba abrirlas a patadas, pero entonces veía que tenían cristal reforzado con venas en cruz de alambre. Antes de despertarme gritando, Richard giraba la cabeza para mirarme y luego alargaba el brazo para atraparme. Pero sus manos no eran manos. Eran

Enormes Guantes Blancos

Pero estos guantes no tenían el número necesario de dedos. Los había visto antes… y no solo en sueños. Porque nada en los sueños es original; todo es un plagio de la vida real. Y los guantes del sueño eran un simple reflejo aterrador de algo que descubrí unas horas antes ese sábado por la tarde.

Había un almacén abandonado situado justo a las afueras del centro. Llevaba tiempo queriendo hacer una excursión allí para echar un vistazo al interior y hacer unas cuantas fotografías antes de que el ayuntamiento cerrara el lugar. No era en absoluto un fotógrafo experto y mi equipo no era en absoluto sofisticado o caro. Hacía las fotos a color (no en blanco y negro como los fotógrafos artísticos serios) y llevaba los carretes a una tienda del vecindario para revelarlos.

Mientras que no había duda de que deseaba guardar un recuerdo de los lugares que había visitado en la ciudad a lo largo de los años, mi afición por la fotografía era más bien una excusa para justificar y explicar (tanto a mí mismo como a cualquiera que pudiera interesarse) mi presencia en las diferentes zonas de la ciudad que habían pasado de la pobreza al abandono, del abandono a la ruina y de la ruina a los últimos estadios de degeneración al borde de la desaparición de este mundo. No era el *wabi* de objetos maltrechos pero aún útiles lo que yo buscaba; era el *sabi* de las cosas rechazadas y abandonadas, solitarias y olvidadas… cualquier cosa que estuviera sometida a la impermanencia de su esencia, a su naturaleza transitoria, cualquier cosa en el filo de la extinción, que era el sino de todo lo que alguna vez existió y que le esperaba a todo aquello que alguna vez existiera… a todas las personas, a todos los lugares, a todos los propósitos y todos los planes que se pudieran concebir. Esto, en resumen, fue lo que me llevó a explorar y documentar fotográficamente la carcasa exterior y los espacios interiores de un almacén abandonado ese sábado por la tarde.

Este lugar no difería mucho de otros que había visitado antes. Desde fuera, no se sabía con seguridad cuál había sido la función del edificio, que ocupaba casi una manzana entera (sin incluir el solar de hierbajos y bloques de cemento adyacente al edificio). Las palabras pintadas en un lateral habían quedado reducidas por el tiempo y los elementos a unos cuantos fragmentos de letras que casi habían encontrado el camino hacia el otro lado de su propia invisibilidad. Pero yo ya había adquirido la suficiente experiencia en estas cuestiones para ser capaz de distinguir una *fábrica* ruinosa a partir de un *almacén* ruinoso. Y una vez dentro, tras acceder a través de una entrada sin puerta, averigüé que mi impresión era correcta.

Debo decir que, como aficionado a las ruinas modernas, no tenía costumbre de invadir sus interiores. Y tenía varias buenas razones para no hacerlo.

Una: había riesgo físico cuando uno turbaba espacios sensibles de estructuras en deterioro; cada paso tenía el riesgo potencial de iniciar una reacción en cadena de muros, escaleras, molduras del techo y cosas similares colapsando sobre la cabeza.

Dos: estos lugares con frecuencia servían de hogar a varios tipos de personas que no tenían un sitio al que llamar hogar, los descastados y perdedores de un mundo al que ya no le servían y que hacía todo lo posible para empujarlos cada vez más al exilio. Y es que la presencia de estos fantasmas vivientes, estos espíritus andantes, era simplemente demasiado inquietante para ser tolerada; provocaban un lúgubre recuerdo de algo que debía ser ignorado a toda costa… porque estos espectros no eran meros detritus humanos que el resto habíamos dejado atrás, sino que también eran los ciudadanos del futuro que espera a todos los imperios que infestan este planeta, por no mencionar la caída inminente de esas frágiles tierras natales de carne que cada uno de nosotros habitamos. Y a pesar de que ya había avanzado varios pasos psicológicos en su mundo de desesperación, sentía demasiado miedo de que estos residentes precoces del olvido avanzaran más allá.

Tres: los placeres tristes y tranquilos del *sabi* que me atraían a esas viejas montañas de escombros se disfrutaban mejor a cierta distancia, con sugerentes vistas de escenas de desolación, más que planos cortos demasiado nítidos de algún desgraciado borracho o drogadicto orinando contra una pared.

Sin embargo, hay ciertos edificios que te atraen a su interior, te invitan dentro para que te regodees con sus maravillas deterioradas. Desde la primera vez que visité el interior de este almacén abandonado, que ya había fotografiado desde el exterior, supe que era uno de esos lugares, aunque solo fuera porque su exterior resultaba tan poco sugerente: era un cascarón indeterminado cuya historia y esperanzas permanecían ocultas al observador externo. Parecía todo muy atrayente, pero como cualquier otra atracción en medio del camino del mundo, la mayor parte de su atractivo residía en esos momentos de anticipación. Y cuando todo había acabado, la atracción concreta que antes había prometido tanto, te dejaba marchar sin gratificación alguna y por ello aún más pobre. Este almacén abandonado por supuesto no era diferente.

Al menos no había ocupas dentro con los que tener que lidiar, ni vi a ninguna persona. El edificio todavía era bastante seguro y sólido, con unas escaleras de hierro que no se habían aflojado de las paredes y que me permitieron realizar una rápida ronda de reconocimiento del lugar de abajo arriba. Aparte de la habitual variedad de basura y chatarra: botellas de licor, neumáticos desgastados, partes de máquinas, partes de apliques, partes de otras partes. Lo que sí encontré fue un archivador en una dependencia de la planta más alta del almacén. Dentro de los cajones de ese archivador había unas cuantas páginas de un bloc de recibos que llevaban el sello estampado de Disfraces y Suministros de Teatro Murphy, un negocio que evidentemente almacenaba un inventario de tales mercancías en el almacén. Tras investigar un poco más, descubrí algunos objetos tirados entre los escombros y la oscuridad de un muro caído. Estos objetos eran: (1) un par de manos de maniquí, ambas izquierdas, y (2) un par muy sucio de guantes de tamaño extragrande, cada uno de ellos con una ristra de *cuatro* dedos con forma de salchichas: los accesorios realistas, pero al mismo tiempo poco prácticos del disfraz tanto de *amateurs* como profesionales contratados para representar a alguna estrella de la animación querida y enguantada. Qué misterioso, qué ridículo, que mi cerebro durmiente desechara las manos amputadas de maniquís, que me parecieron lo bastante intrigantes en aquel momento como para llevármelas a casa, y decidiera dar protagonismo en mi pesadilla sobre Richard a esos guantes inusualmente grandes, los cuales dejé allí

considerándolos *souvenirs* menos importantes de esa excursión por el almacén.

De regreso a mi apartamento, atravesé las múltiples sombras que arrojaban los grandes hoteles, los teatros, los grandes almacenes y las torres de oficinas, en el pasado todos ellos llenos a rebosar de sueños de un futuro que los abandonó a todos con unas prisas no previstas, dejando atrás tan solo monumentos descuidados en un cementerio que ya nadie quería visitar… con la excepción del extraño fotógrafo de las ruinas. El crepúsculo se filtraba por los espacios entre estos edificios e iluminaba sus altas cimas con una luz ámbar, del color de soles ponientes y mundos desvaídos.

La noche concreta que siguió perdió una hora, porque en la zona horaria en la que vivía se imponía el «ahorro diurno», lo cual para mí solo significaba que pasaría el resto de esa primavera, todo ese verano y cinco semanas de otoño intentando recuperar esa hora de sueño perdida. Este plan de «ahorro diurno» (que creaba la ilusión de que podíamos manipular los movimientos de la maquinaria de nuestro sistema solar a nuestro antojo) me lo justificaron en una ocasión diciendo que «era bueno para los negocios». Antes de regresar a mi apartamento, paré en el Metro Diner para plantear esta cuestión a

Lillian

—¿Bueno para los *negocios*? —repitió ella con el énfasis de un escéptico—. Eso es nuevo para esta menda. ¿Ves a alguien más aparte de ti sentado en mi barra? —Lillian normalmente se refería al comedor en su totalidad con la sinécdoque de «su barra»—. ¿Crees que otra hora de sol va a importarme algo? Quizás les moleste a otros, no lo sé.

Mientras Lillian me hablaba, miraba las dos manos de maniquí que había colocado sobre un taburete a mi lado. Metió la mano bajo la barra y sacó una de las bolsas marrones que usaban en el comedor para guardar la comida de llevar.

—¿Te importaría meter esas cosas horribles donde no pueda verlas? —dijo al tiempo que me ofrecía la bolsa.

—Lo siento, Lil —dije mientras metía las manos de escayola dentro de la bolsa y la cerraba arrugando el borde. Pero no estaba seguro de si mis disculpas eran por haber entrado sin pensar esos objetos sucios a su pulcro

local o por haberla turbado al mostrarle esas réplicas de una parte del cuerpo humano. Sospeché que se trataba de lo segundo, pero no profundicé más en el tema.

—¿Todavía fotografías esos viejos edificios y trastos para tu libro? —preguntó Lillian.

—Ajá… —respondí sin palabras mientras me giraba para mirar por el ventanal del comedor. Me resultaba difícil, casi doloroso, perpetuar la mentira de «mi libro» con Lillian. Pero ¿qué podía decirle? ¿Que me atraen esos edificios y trastos viejos porque (la voz comienza a agitarse)… porque me llevan a un mundo (la agitación aumenta)… un mundo que es exactamente lo contrario a (la voz se agita subiendo el timbre)… al mundo en el que estoy condenado a vivir por mi propia debilidad y miedo durante (una agitación en la voz ahora incontrolable y metamaníaca)… durante mis semanas, mis meses, mis años y años de trabajo… trabajo… trabajo?

—No lo entiendo —dijo ella—. Hay tantas cosas bonitas a las que sacar fotos. Y ya que lo menciono, todavía no sé por qué vives en el piso de arriba… no estoy diciendo que no me guste tener un inquilino que paga con puntualidad. Pero incluso yo vivo en un barrio mejor. Y *tú* podrías vivir donde quisieras.

—¿Qué puedo decirte, Lil? Estoy enganchado a tus comidas. Por cierto, ¿podría tomar el filete especial antes de que cierres?

—Claro que puedes —respondió Lillian al tiempo que encendía un cigarrillo—. ¿Has oído eso, Rudy?

—Sí, lo he oído —sonó la voz de Rudy desde dentro.

Mientras servía dos tazas de café (descafeinado para mí, como ella ya sabía), me pregunté si los empleados de Lillian la temían de la misma manera en la que yo temía a Richard. Después de todo, un negocio es esencialmente igual a cualquier otro y ella era la propietaria, la Alta Directiva, la única accionista de ese longevo negocio llamado Metro Diner. No me costó imaginármela tan dura como Richard y, en su propio mundo, tan inteligente. ¿Estaba intercambiando ahora buenas palabras con una mujer negra entrada en años que bajo esa fachada no era diferente de Richard el Bastardo, Richard el Maligno? Me gustaba Lillian, pero solo la conocía desde el punto de vista del cliente, lo cual me convertía en una mera corriente de ese río de dinero en metálico que ella necesitaba para seguir flotando en sus cuentas.

—¿Te vas a quedar mirando ese café? —preguntó Lillian.

Sonreí al verme sorprendido con la guardia baja en un estado de preocupación con mis oscuros pensamientos. Luego di un sorbito al descafeinado.

—Está bueno. Sabe a café de verdad —dije, y en esta ocasión estaba diciendo la verdad.

—No tiene ningún misterio hacer un buen café —dijo Lillian a este cliente mientras se encendía otro cigarrillo.

Y esa afirmación proporcionaba parte de la respuesta a mi pregunta sobre Lillian y su negocio. Porque el café del Metro Diner no tenía que ser tan bueno como era, ni la excelente comida que allí se servía tenía que estar cocinada con tanto cuidado o a precios tan razonables. No era así como hacíamos las cosas donde yo trabajaba. La empresa que me había contratado se esforzaba tan solo por servir la comida más barata que sus clientes pudieran tolerar, procesada lo más rápido posible y para cargarles tanto como pudieran sacar. Si fuera posible hacerlo así, la empresa vendería lo que todos los negocios de su clase sueñan vender, creando aquello a lo que todos nuestros esfuerzos tácitamente se suponía que debían estar dirigidos, el producto definitivo: Nada. Y por este producto pedirían el precio definitivo: Todo.

Esta *estrategia de mercado* continuaría hasta que, un día, entre las ruinas mundiales de fábricas, almacenes y edificios de oficinas abandonados, se alzara un solo edificio brillante y sin ventanas, sin entrada ni salida. Dentro solo habría (habrá) una densa red de ordenadores calculando beneficios. Fuera estarán las tribus de vagabundos salvajes ignorantes de la naturaleza o propósito de la estructura brillante y sin ventanas. Quizás la adorarán como a un dios. Quizás intentarán destruirla, pero sus primitivas armaduras resultarán ser del todo inútiles contra las paredes lisas e impenetrables del edificio, que ni tan siquiera lograrán arañar.

Yo pasaba la mayor parte de mis días en un mundo dedicado a convertir esta fábula en realidad, eso lo sabía. También sabía que el Metro Diner *no* existía en ese mundo, que, de alguna manera, estaba situado en otro lugar del todo distinto, una zona donde la luz del día realmente ahorraba, a pesar de estar agotándose a toda prisa. Por eso me gustaba Lillian; por eso vivía en el apartamento encima de su comedor. Y, sin embargo, también por eso comencé a soñar sobre el Doctor que metía sus

guantes regordetes de cuatro dedos en las jaulas y tanques de animales, de mercancía viva, en una tienda de todo a cien.

El lunes por la mañana me desperté antes de que amaneciera, sacudiéndome la resaca de otro de estos sueños.

—Tiene unos guantes especiales para arreglarlos —murmuré con terror onírico—. Puede entrar con sus guantes.

En ese mismo instante él ya estaba dentro de mí, tal como había estado dentro de tantos otros antes… arreglándolos, arreglando y arreglando, arreglándolos hasta que (de una manera u otra) se rompían.

7

¡Está bien, entonces!

Pero no tuve la oportunidad de oír a Richard pronunciar tales palabras ese lunes. Cuando entré en la habitación donde yo y los Siete nos reuníamos una vez a la semana, donde nos sentábamos en el cuero cuarteado de las enormes sillas junto a una mesa de banquetes llena de arañazos mientras nuestras vocecillas retumbaban entre los enormes espacios en penumbra decorados con un estilo gótico Victoriano, vi que la reunión ya había empezado.

—Mira quién ha decidido venir —bramó Richard mientras yo cerraba la pesada puerta profusamente tallada de la habitación—. Me alegro de que haya podido venir, señor Domino.

Miré mi reloj, el cual tenía el hábito obsesivo de controlar desde que tengo uso de razón. No había llegado tarde a la reunión.

—No sabía que la hora de la reunión se había adelantado —dije mientras me sentaba y todos los demás me miraban en silencio.

—¿Se ha «adelantado» o se ha «atrasado»? —preguntó Richard de forma un tanto retórica… y sin un ápice de ingenuidad—. Nunca me aclaro cuál de los dos es el correcto.

—Se ha adelantado, estoy segura —dijo Sherry aportando la respuesta a una pregunta sin ser consciente de que no era necesaria.

—Bueno, en román paladino, se cambió —dijo Richard adoptando de nuevo su voz habitual de leve autoridad—. Deberías leer tus mensajes,

Domino.

—Lo hice. No había ningún mensaje sobre…

—De hecho, Richard —interrumpió Kerrie—, no quise arriesgarme a que alguien no llegara a tiempo por no haber leído sus mensajes de inmediato, así que me aseguré de pasarme e informar personalmente a todos… incluyendo a Frank.

Tenía sentido que Kerrie la Delatora de Personas Inocentes por Robar sus Asquerosos Sellos asumiera la tarea de asegurarse de que yo llegara tarde a la reunión. No servía de nada contradecirla. Sabía mentir mucho mejor que yo sabía decir la verdad. Pero eso no fue lo que me preocupó en esos momentos. El asunto más grave era que los Siete habían celebrado una reunión secreta antes de la reunión real. Y yo nunca sabría qué había en el orden del día de esa reunión.

—Bueno, ya da igual —dijo Richard como si me estuviera indultando—. Ya hemos perdido bastante tiempo con esto. Sigamos con los informes y el papeleo habitual. Yo pondré al día a Frank con el resto más tarde.

Pasó una hora entera antes de que acabara la reunión. Para entonces todos habían apurado sus botellas de dos litros de agua, sus recipientes parafinados de zumo de frutas y sus tazas con forma de volcán de café, té o quién sabe qué (todavía podía notar la única taza de café descafeinado que había consumido con el desayuno en el Metro Diner dando vueltas por mi estómago). Incluso Richard había acabado su enorme termo de café sacudiéndolo boca abajo sobre su tazón para sacar las pocas gotas reticentes del fondo. Eso era algo que no había visto antes, lo cual me hizo pensar cuánto tiempo llevaban el resto reunidos antes de que yo llegara. Por supuesto, no se mencionó mi idea de nuevo producto, mi plan especial. Todo ese asunto había entrado ahora en la esfera del pulso mental entre Richard y yo y no tenía nada que ver con la empresa… o con mis intenciones originales de reafirmar mi unión con los Siete Cerdos.

Tras acabar la reunión, los otros seis supervisores recogieron sus agendas de anillas junto a sus tazas, botellas y tetrabriks y desfilaron fuera de la sala en total silencio, dejándonos a Richard y a mí sentados a cierta distancia el uno del otro en aquella larga mesa de banquetes. Richard todavía estaba recogiendo algunos papeles y anotando cosas en su propia

agenda o, más bien, *agendas*, en plural, mientras yo esperaba ansioso que él «me pusiera al día». Richard reinaba supremo cuando se trataba del arte del estancamiento tortuoso, creando la sensación de un tiempo de espera que bien podría durar hasta la eternidad. Entonces, de repente, ordenó sus papeles en un fajo, cerró de golpe sus dos agendas y lanzó la mirada hacia Domino, quien rodaba su lapicero hacia delante y hacia atrás intentando parecer calmado y despreocupado, incluso aburrido. Pero la pifié, porque en cuanto Richard se dispuso a hablar paré de golpe el lápiz y estiré el cuello girándolo para mirar al hombre sentado a la cabecera de la mesa.

—Así están las cosas, Frank —comenzó—. Se van a producir unos cuantos cambios, una especie de cambio de sillas. Barry va a dejar nuestro pequeño grupo para dirigir un comité destinado a diseñar una propuesta para la nueva reestructuración de la empresa, la cual todos sabemos que va a suceder. Barry ha expresado su deseo de que tú también actúes en ese comité… todo un cumplido, debo decir, considerando de quién viene. Bueno, esto es solo provisional, pero va a ser un trabajo a jornada completa. Tú, Barry y otros que serán nombrados más tarde deberéis desarrollar vuestra propuesta para mediados de verano. Este calendario viene dado directamente de la gente de arriba. Quieren ver la nueva reestructuración acabada para finales de año.

—¿Puedo preguntar cuál es el propósito de la nueva reestructuración?

—Ya sabes. Es el mismo tema que la última reestructuración. Quiero decir, cielo santo, ¿cuántas variaciones puede haber en el más barato, más rápido… y esa otra cosa? —Richard estaba desplegando todas sus habilidades al compartir en privado su verdadero cinismo y crear así una sensación falsa de que él estaba de mi parte—. Pero si yo fuera tú, no plantearía preguntas como esa delante de los otros del comité. Limítate a seguir a Barry. Él sabe lo que se hace con estas cosas.

—¿Y qué ocurre mientras tanto, mientras Barry y yo estamos actuando a tiempo completo en ese comité?

—Mary se va a ocupar de supervisar a diario el departamento de Barry, además del suyo propio. Y Kerrie hará lo mismo con el de tu gente. Sabe bastante sobre ese software nuevo que estáis probando en vuestro departamento. Es solo una disposición provisional. No preveo que vaya a haber ningún obstáculo en el camino. ¿No crees?

—Ninguno en absoluto —admití, y no me molesté en sacar a colación el estilo militar de Kerrie a la hora de dirigir a la gente, su floreciente

psicosis y su naturaleza demoniaca en todos los aspectos.

Durante los siguientes meses trabajé (a las órdenes de Barry) en el comité de reestructuración, intentando desentrañar los conceptos de Barry de una reorganización a nivel empresarial y aceptando hastiado las sucesivas ediciones de lo que él llamaba el Gráfico Maestro, que incluso en sus primeros estadios ya parecía una versión más intricada y diabólica que el mapa del Infierno de Dante. Barry entregaba estos gráficos revisados al resto casi a diario. Cada uno contenía alguna modificación o adición infinitesimal del anterior, hasta que las páginas que describían su idea de reestructuración estaban casi llenas de cuadrados que contenían letras diminutas con flechas señalando hacia arriba, hacia abajo y a los lados hacia otros cuadrados llenos de letras diminutas. No leí ni una sola de las palabras (al menos, asumí que eran palabras) formadas por esas letras diminutas, que iban menguando a medida que aumentaba el número de cuadrados y las flechas (¡las flechas!) finalmente apuntaban en todas direcciones. Por fin, llegó la fecha límite para que el comité presentara su propuesta a los grandes poderes cuyas oficinas ocupaban la planta vigésima (¿o vigésima primera?) del edificio de la era pre-Depresión en el que la compañía estaba ubicada… hasta que llegara el momento en el que tuviera que ser trasladada a un local en las afueras, alejado de los impuestos de la zona centro de la ciudad. Ahora podría regresar a mi antiguo trabajo como supervisor de departamento, ¿no?

Incorrecto: Porque bajo la dirección de Kerrie, dos personas de mi antigua plantilla habían sido transferidas a otra división, dos habían abandonado la empresa y otras dos habían sido despedidas.

Incorrecto: Porque Kerrie tenía a su plantilla, «Las Fuerzas Especiales de Kerrie», como la llamaba ella, haciendo todo el trabajo que antes era realizado tanto por mi plantilla como por la de ella.

[Barry no regresó tampoco como supervisor de su antiguo departamento, pero así es como se suponía que funcionaban las cosas. Él comenzaría a trabajar en la Fase Dos de la reestructuración a nivel de empresa, mientras su plantilla era integrada con las Fuerzas Especiales de Kerrie. Dos departamentos con escasez de plantilla ahora estaban haciendo el trabajo de tres departamentos con plantilla completa. Si al menos hubiera prestado más atención a los gráficos de Barry, habría advertido que esta fusión de «células de trabajo» era parte de la reestructuración de la empresa].

E incorrecto de nuevo: Porque se me había asignado un nuevo papel en el espectáculo de marionetas de la compañía y Richard tiraba de los hilos con los cuatro dedos, hábiles como los de un cirujano, de sus enormes manos enguantadas.

8

Al final del verano, estaba sentado en uno de los diminutos cubículos situados en un extremo de la empresa, bastante lejos de donde había estado hacía tan solo unos meses. Mis compañeros de trabajo eran ahora ayudantes temporales, becarios universitarios y personas que poseían la habilidad de pasar toda la jornada laboral con la mirada ubicada a menos de medio metro de una pantalla brillante, los dedos en movimiento constante sobre el teclado y una pila interminable de páginas sobre el escritorio junto a ellos.

En las pocas ocasiones en las que me topaba con alguno de los Siete (quizás en unos lavabos, quizás en un pasillo) siempre me saludaban con la más dulce de sus sonrisas y con preocupadas preguntas sobre «cómo me estaba yendo».

«Estupendamente», respondía yo, aunque mi rostro serio y mi voz neutra me delataba ante los Siete Victoriosos, que estaban en el lado de lo correcto, del gobierno de la ley corporativa y de Richard. Hablando del cual, debería reseñar el hecho de que, de vez en cuando, todavía recibía mensajes de él preguntándome sobre mi idea de nuevo producto y sugiriendo que tal vez se acercaba la hora en la que la compañía podría comenzar a asumir movimientos más arriesgados. ¿Estaba hablando en serio? No lo sabía. ¿Quería usar la documentación completa de mi idea, mi plan especial, para minar mi estatus en la empresa incluso aún más de lo que ya lo había hecho? ¿O había alguna otra razón por completo distinta para que mantuviera comunicación conmigo sobre este tema? No lo sabía, no lo sabía. Pero sí tenía clara una cosa: nada bueno podía ocurrir si entregaba a Richard lo que me pedía. Él jamás vería la documentación completa de mi idea, porque ahora estaba en un lugar muy seguro. Y retener lo que Richard deseaba me provocaba una satisfacción minúscula

que mitigaba, aunque tan solo de una manera leve, lo que yo había tenido que soportar a manos de los Siete.

Entonces, ¿por qué aguantaba ese tratamiento? ¿Por qué no dejé la empresa? ¿Por qué no llevé a cabo ninguna de las diferentes opciones que había contemplado a lo largo de tantos años?

En ese momento solo había una respuesta a tales preguntas. El Doctor se había metido dentro de mí y con su mano enguantada me había trastocado, y me había trastocado del todo. ¿He mencionado ya que sufría de trastorno obsesivo-compulsivo?

Incluso para una persona con una estabilidad emocional media, el ansia de venganza puede ser un asunto largo y tedioso. Para mí era largo y extenuante. Apartaba de un codazo cualquier otro pensamiento que se cruzara en su camino, cualquier fantasía y sentimiento que me hubiera podido llevar de regreso a mi anterior yo, cada recuerdo de quién o qué había sido alguna vez. Mis noches y fines de semana ahora estaban plagados de una serie de escenarios constantemente reciclados del día de Domino. Y ese día estaba sumergido en bañeras de sangre, un día de juicio final monitorizado por un sol que nunca se ponía y que brillaba al rojo vivo sobre un cielo negro.

Pero yo siempre había sido débil y, como creo que ya he mencionado, siempre había tenido miedo. Así que Domino lo soportaba, se quedaba allí, Domino permanecía agachado hasta… hasta… hasta no tenía ni idea. Hasta…

Una noche me estaba preparando para dejar el trabajo, guardando mi placa identificativa, apagando ese cuadrado mirón del… etc. Y, siendo un obsesivo-compulsivo, había adquirido la costumbre de colocar una hoja de bloc sobre mi pila de datos no computados, una página en la que había escrito «TRABAJO NO ACABADO», solo por si se daba la muy improbable posibilidad, la más remota ocasión, de que alguien de la plantilla de limpieza o quién-sabe-quién, pudiera pensar que esa pila de papeles era basura para desechar, lo cual, por otro lado, no sería de extrañar. No hace falta que diga que ninguno de mis compañeros de trabajo tomaba tales precauciones. Yo, por otro lado, no podía mantener esa parte mínima de serenidad que todavía disfrutaba si no lo hacía.

Pero cuando llegué a mi escritorio al día siguiente, mi nota de TRABAJO NO ACABADO, junto a toda la pila de datos no computados que cubría, habían desaparecido, no los encontraba por ninguna parte, se habían esfumado. Informé sobre el material que faltaba a mi supervisor, quien, extrañamente, no pareció preocupado lo más mínimo por el paradero de esos datos.

—Lo que de verdad me preocupa, Frank —dijo este chico que hacía un año ni siquiera había oído hablar de la empresa en la que ahora detentaba el puesto de supervisor—, es decir, mi verdadera preocupación es tu rendimiento en general, tanto en este departamento como en la empresa en su totalidad. Para empezar, eres el empleado menos productivo del departamento. Y he estado comprobando tu historial de Recursos Humanos. No pinta bien, si quieres que te diga la verdad. Olvidemos que nunca has sido un jugador de equipo, al menos según las evaluaciones de tu anterior jefe. También hay un asunto de robo de material de otros empleados, mala gestión de tu departamento cuando eras supervisor, no llevar el peso que te correspondía cuando trabajaste en el departamento de reestructuración, acoso sexual y, en general, una falta de… disciplina… una mala actitud. El problema es todo tu perfil. He intentado darte un descanso aquí porque sé que llevas mucho tiempo en la empresa. Pero en estos momentos eres un peso muerto. Esta supuesta desaparición de tu trabajo… no sé qué pensar de *eso*. Alguien va a tener que tomarse muchas molestias para recuperar esos datos. Estoy pensando que tal vez eso es lo que querías.

Tras seguir un rato más en esa misma línea, el idiota de mi supervisor me ofreció la opción de dimitir de la empresa, lo cual hice de inmediato. No quería hacerlo, en realidad no quería. Pero no tenía elección. Sabía quién estaba detrás de todo este asunto y no tenía ninguna posibilidad contra él.

Antes de recoger mi escritorio (lo cual no me llevó mucho tiempo porque la única posesión personal que ahora guardaba en el trabajo era una bolsa de galletas), y antes de entregar mi carta de dimisión (¿por qué lo llaman carta? ¿Por qué no notificación… o declaración?), hice una parada en el lavabo de caballeros y simplemente me quedé frente al espejo grande, contemplando la imagen de alguien que me devolvía la mirada.

Era de estatura y complexión media, peso medio, de mediana edad, con el pelo ni largo ni corto. Iba bien afeitado. Llevaba unas gafas con un ligero tinte ámbar. Tenía los ojos marrones.

«Está bien, entonces», dijo a la imagen del espejo. Luego se dio media vuelta y salió de los lavabos.

9

Tiendas de ropa barata, tiendas de electrónica barata, tiendas de licores, lotería y dinero en metálico, tiendas de pelucas, tiendas de compraventa, tiendas de armas… tiendas de armas… tiendas de armas.

Había una armería en concreto por la que pasaba a diario de camino al trabajo. Era un edificio pequeño y nunca parecía estar abierto. Nunca había estado en una armería, pero entré en esta como si fuera un cliente habitual. Eché un vistazo y sentí la misma excitación que sentía de niño cuando visitaba la tienda local de todo a cien al recorrer con la vista las coloridas cajas de maquetas de coches, robots a pilas, pistolas de agua, pistolas de balines, pistolas del oeste, escopetas.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el hombrecillo con barba, casi enano, que emergió de un cuarto trasero. No debí de responderle, porque repitió la pregunta. Luego dijo—: ¿Quiere comprar un arma de fuego?

—Sí, señor —dije con énfasis—. En efecto, así es.

—¿Algo para su protección personal? —preguntó el hombrecillo barbudo.

—De hecho —dije—, estoy aquí por un doble motivo. La protección *personal* por supuesto es uno de ellos. Mire, el vecindario donde vivo ya no es tan seguro como debería.

—Le escucho —replicó el hombre barbudo, que parecía haber perdido alrededor de unos dos centímetros de altura desde que apareció por primera vez.

—Sí, bueno, esa es la primera parte de mi misión. La segunda es que estoy aquí para comprar a tiempo algunos regalos de Navidad. Tengo algunos amigos, siete para ser más exactos. Y este año me gustaría regalarles, como dice usted, algo de protección personal.

—Yo he hecho lo mismo.

—¿En serio? —dije al tiempo que advertía que el enano de la armería definitivamente se había encogido otros dos centímetros más o menos—. Bueno, debo admitir que no estoy muy familiarizado con los distintos tipos de armas… usted tiene una gran variedad de pistolas… tiene bastantes aquí.

—La mejor selección de la zona del centro.

—Estupendo. Entonces muéstreme lo que tiene. Estoy abierto a cualquier sugerencia.

Pero el enano había desaparecido de mi vista. Luego vi que solo había estado agachado y con la cabeza dentro de la vitrina del mostrador que nos separaba. Cuando se incorporó (no era más alto que antes e incluso quizás había encogido aún más), me ofreció una pistola que parecía gigantesca en la diminuta palma de su mano.

—Adelante… cójala.

Y lo hice.

—Es una Glock —dijo.

—He oído ese nombre en programas de televisión —dije asombrado de la maravillosa sensación que me producía sostenerla en la mano. Apunté con ella hacia la pared y bajé la mirada para inspeccionar el cañón. Casi se me llenaron los ojos de lágrimas. Al fondo de mi euforia podía escuchar al enano hablar sobre la fiabilidad del arma… su precisión… ¡la capacidad de su cargador!

—Me ha convencido. Me llevaré dos de estas: una para mí y otra para mi amigo Barry. ¿Qué más tiene?

El enano comenzó a moverse de un lado a otro. Ahora estaba tan cerca del suelo que tenía que mirar por encima del mostrador para verlo. Me mostró Rugers, me mostró Mausers, me mostró Smiths, Brownings y Berettas. Y luego me mostró una Firestar.

—De peso compacto y agradable. La podría llevar detrás por debajo de la chaqueta y ni siquiera notaría que está ahí. Tiene capacidad para siete disparos.

—Siete —repetí. Y un suspiro después la añadí en mi lista de la compra para Sherry—. Cabe perfectamente en el bolso de una mujer, ¿no cree?

—Supongo. Si el bolso no es una de esas cosas diminutas.

Tras ver unas cuantas marcas y modelos de pistolas más que tuve que desechar, sintiéndome ya un experto a estas alturas, el enano me presentó una USP Tactical.

—Una automática de cuarenta y cinco. Un cañón de cinco pulgadas para mayor precisión. Una verdadera arma de fuerzas especiales.

—¿Ha dicho «fuerzas especiales»? —dije.

Así era.

—¿Tiene un par de ellas en stock?

Sí las tenía, bendita sea su diminuta cabeza.

Contando esas, solo me faltaban dos para completar mi arsenal. Y sabía exactamente lo que quería. Las longitudes de sus cañones resultaron ser solo de una pulgada y siete octavos.

—Uncle Mike’s Boot, se llaman —dijo el enano—. Caben perfectamente en una funda de tobillo, tal y como ha dicho que las quería.

—¿Y tiene usted disponibles esas fundas de tobillo? —pregunté.

—Puedo conseguirlas en el plazo que tarde todo el papeleo de esta mercancía.

—¿Tienen estas fundas en negro? —pregunté.

—Puedo comprobarlo. ¿Querrá fundas para el resto también?

—Así es. Y asegúrese de que hay una funda para la mano izquierda, para mi amigo Perry, que es zurdo.

La verdad era que, entre mis extraños rasgos, se daba el caso de que era ambidiestro. Y la imagen cinematográfica de una figura vengadora desenfundando pistolas con ambas manos al mismo tiempo se iluminó fugazmente en mi cerebro.

—Las fundas son importantes por motivos de seguridad —chirrió una voz procedente de las sombras del suelo—. También tengo de esas que se acoplan al cinturón.

—Eso es justo lo que estaba pensando —dije mientras dejaba mi tarjeta de crédito sobre el mostrador y comenzaba a rellenar los formularios de registro—. Por cierto, ¿hay algún lugar por aquí cerca donde pueda recibir entrenamiento para el uso adecuado de armas de fuego?

Casualmente, lo había. Y así quedó fijado mi plan. Podía recoger las armas el viernes y luego pasar algo de tiempo practicando mi técnica de tiro. El lunes por la mañana debería estar preparado.

Cuando estaba rellenando el último formulario de registro, miré de forma azarosa hacia otra sección del mostrador donde había un reluciente muestrario de cuchillos de caza. Uno en particular captó mi atención.

—Un Cuchillo de Caza para Desollar Ciervos con hoja de trece pulgadas —me informó el enano.

—Es excelente —dije admirado e intentando con todas mis fuerzas no llorar de agradecimiento por haber encontrado aquel magnífico instrumento.

Adiós a los humildes encantos del *wabi*, los taciturnos placeres del *sabi*. Hola al potente júbilo del acero forjado… a la cruda embriaguez de componentes de polímero resistentes al calor… y un hola en especial al puro poder balístico de parada.

—Su tarjeta de crédito va a recibir una buena paliza hoy —dijo el hombrecillo barbudo, que había recobrado su altura anterior.

—Oh, no hay ningún problema —dije al tiempo que recogía la bolsa con el Cuchillo de caza para Desollar Ciervos con una funda de cuero. Ya había hecho mi último pago a esos chupasangres que me habían proporcionado ese trozo de plástico en particular, pensé mientras salía de la armería al soleado cielo de una resplandeciente tarde de octubre. Pero aún me quedaba mucho por hacer y no tenía tiempo que perder.

10

Me salté el almuerzo y me dirigí directamente a la única tienda medio decente de ropa de hombre que tenía una franquicia en el centro. Había una placa metálica junto a la entrada de la tienda que me informaba de que la empresa de ropa había sido fundada el mismo año en el que la joven Mary Shelley publicó la primera edición de su novela *Frankenstein* (1818). Qué feliz coincidencia que yo estuviera buscando un traje de estilo gótico.

Compré una gabardina ligera y amplia (color: negro), un suéter de cuello alto hecho principalmente de lana italiana de Merino (color: negro), un par de vaqueros negros que quedaban bien sobre un par de botas de cuero negro y que proporcionaban mucho espacio para esconder esas

pistolas bautizadas en honor del viejo Tío Mike (y más me valía que esas fundas fueran negras, pensé). Llevaba la ropa nueva cuando salí de la tienda y dejé mi ropa vieja en el probador. Les pedí que me dieran la caja de las botas, porque la necesitaría cuando me dirigiera al banco para vaciar mi cuenta de ahorro.

—¿Le importa que le pregunte por qué ha decidido cerrar su cuenta en nuestra entidad? —inquirió el hombre vestido de gris a quien el contable me había enviado. Estaba sentado detrás de un escritorio en un rincón del vestíbulo de techo alto y abovedado del banco.

—Porque les desprecio —respondí mirándole a los ojos desde detrás de las lentes tintadas de color ámbar.

—¿Disculpe?

—Creo que me ha oído. Esto es un banco. Antes prefiero llevar todo mi dinero en la entrepierna que dejar que sirva para los propósitos de esta entidad ni un minuto más.

El banquero, con una actitud un tanto petulante, sacó tres formularios del cajón superior del escritorio y me pidió que los rellenara. Él se guardó dos de los formularios. Después me dijo que entregara el tercer formulario al contable que previamente me había enviado a él.

—Esto es un documento de renuncia. Entenderá que el banco no puede responsabilizarse de extracciones en metálico una vez que ya está en posesión de su dinero. Incluso mientras esté en las instalaciones del banco, nuestros guardias de seguridad no estarán disponibles para su protección.

Cuando me dispuse a levantarme para regresar a la ventanilla del contable y meter todo el dinero en la caja de zapatos que había llevado, el hombre del traje gris añadió:

—*Sinceramente*, nos alegra haberle sido de ayuda y esperamos poder hacerlo otra vez en el futuro.

Se me ocurrió que toda civilización estaba estructurada de manera que las personas pudieran realizar cualquier comentario insidioso como el mío y salirse con la suya. Ellos habían estado saliéndose con la suya durante miles de años y continuarían haciéndolo hasta el final de los tiempos.

Tras recoger el metálico en el banco, me llevé la caja de zapatos a mi apartamento y la envolví con cuidado con cinta de embalar. Luego, con un rotulador escribí encima: «Para Lillian Hayes. Gracias». Firmé bajo estas

palabras junto a la fecha de ese día. Luego coloqué la caja sobre el escritorio entre el ordenador y la impresora.

Sí: en efecto, era propietario de esa máquina, a pesar de las maldiciones que lanzaba habitualmente contra ellas (le dije a Richard que había trabajado sobre mi idea para Innovación en casa y era la verdad. Solo mentí acerca de tener una parte escrita a mano).

No: no iba a liarme a hachazos o a golpes con la máquina con un bate de béisbol.

Sí: sí planeaba liarme a hachazos o a golpes con la máquina con un bate de béisbol cuando llegara el momento.

Pero hasta entonces, aún tenía que usarla. Antes de hacer lo que iba a hacer, necesitaba redactar una declaración, porque no tenía ninguna intención de quedarme por aquí para los interrogatorios cuando el humo se dispersara. Y había asuntos de la mayor importancia que debía atender.

Primero: *la cuestión de la locura*. Este, sin duda, sería un discurso que ocuparía unas cuantas páginas. Por muy absurdo que pueda sonarme ahora, en esos momentos estaba bastante preocupado de que al final fuera tachado solo como un colgado más. Un lunático que fotografiaba ruinas en su tiempo libre. Un pirado quemado por el curro. Un tipo incapaz de soportar la presión y al que al final «se le fue la pinza» como a muchos otros antes que él. O incluso peor: que fuera percibido como una víctima psicológica de *los tiempos que corrían*, como si un periodo o un lugar cualquiera en el que casualmente se movía un cuerpo tuviera algo de especial. ¡Debía haber estado loco al pensar que podía librarme de esta dialogando!

Segundo: *la cuestión del mal*. Durante muchos años, mientras mi mente hojeaba la diminuta tipografía de las innumerables páginas de historia… o mientras contemplaba alguna enorme (o no tan enorme) atrocidad en las noticias de la noche, siempre me decía: «Mejor ser el ejecutado que el que lleva a cabo la ejecución». Ahora sabía que tendría que idear algún razonamiento imaginativo para zafarme de esa posición de rectitud de sillón y enfrentarme a una pila de cuerpos acribillados, incluso aunque el último de la pila fuera el mío. Se tendrían que procesar muchas y muchas palabras e imprimir muchas páginas para explicar este dramático desenlace moral. O eso me parecía mientras caminaba de un lado a otro de mi apartamento tamborileando sobre la pernera del vaquero que llevaba con la hoja de mi Cuchillo de Caza para Desollar Ciervos.

Tercero (y último): *El problema de las polémicas*. No quería de ninguna de las maneras que me sorprendieran en un estado de desnuda autojustificación por lo que sin duda sería percibido como un acto de terrible exceso. Después de todo, ¿qué delitos habían cometido los Siete para merecer tal sentencia, y quién era yo para ejecutarla con tanta severidad… y con este estilo? Bueno, guste o no guste, no hay reglas en estas cuestiones; solo impulsos, el ejercicio del poder y una hora y lugar convenientes (motivo, medios y oportunidad a los ojos entrecerrados de la Ley).

Pregunta: ¿Es que no había otras opciones menos violentas que pudieran haberse explorado?

Respuesta: Ninguna que se le ocurriera a mi cerebro obsesivo-compulsivo.

Pregunta: ¿Podría haber buscado ayuda profesional para controlar mi manía?

Respuesta: Ya me había tragado toda una tienda de golosinas en medicinas sin que se apreciara ningún resultado (excepto un nudo constante en mis entrañas). Y me había sometido a una miríada de terapias que no eran más efectivas que las medicinas, aunque al menos no afectaban mi sistema digestivo.

Pregunta (repetición): ¿Hubo *alguna* otra línea de acción que pudiera haber seguido?

Respuesta: Si la hubiera habido, la habría seguido; pero como no la tenía, no la hubo.

Así eran las cuestiones que ocupaban mi mente, junto a un montón de sinsentidos, cuando hice una última salida a la tienda de suministros de oficina. Sin duda, necesitaría mucho papel y unos cartuchos extra de tinta para imprimir una declaración adecuada, un testimonio final de todos los hechos… mi carta de dimisión de la especie humana.

En la caja a la salida mi tarjeta de crédito exhaló su último aliento y cuando salí de la tienda la tiré en el contenedor de basura más cercano. Luego se me ocurrió que tampoco iba a necesitar ninguno de los otros

documentos que había ido acumulando en mi billetera a lo largo de los años, así que tiré toda esa basura también junto a la billetera… esa vieja colega tan baqueteada del bolsillo trasero. Liberado de estas cargas de identidad oficial, estaba a punto de salir volando como un enorme cuervo negro a través del crepúsculo de octubre de regreso a mi apartamento.

Sin embargo, mi mente todavía daba vueltas, preocupado por la forma y las frases concretas de mi Último Testimonio. Me parecía que quedaba un asunto al que todavía debía enfrentarme, alguna cuestión difusa pero fundamental que se me había pasado por alto, alguna cuestión abismal que yo todavía no podía afrontar, que posiblemente ningún cerebro humano jamás había afrontado.

Por supuesto, la respuesta simple a todo lo que estaba a punto de hacer era que me sentía atrapado en un laberinto de dolor y la única línea de acción que mis facultades mortales podían divisar era encontrar la salida a tiros. Siempre podía recurrir a que esas eran mis últimas palabras.

Sin embargo, todo este esfuerzo mental se frenó de un patinazo cuando fui consciente de que, debido a mi estado mental de distracción, me había dejado la compra en la tienda de suministros de oficina… y era casi la hora de cierre. Me giré en la acera y eché a correr hacia el punto de compra. Pero ocurrió algo que me impidió que llegara a mi destino.

Cuándo ocurrió: no sabría decir.

Dónde ocurrió: no sabría decir.

Qué ocurrió: eso sí lo podía decir.

Fue el ruido más fuerte que jamás hubiera oído en toda mi vida.

PARTE II

1

Solo había oscuridad. Discurría como un río negro sin fondo. Y no estaba limitado por ninguna orilla, infinito y turbulento y avanzando sin rumbo, sin ningún origen ni destino. Solo había oscuridad fluyendo en oscuridad.

Entonces se sentía que algo se revolvía en este río negro, sin fondo e infinito, algo no formado y embrionario que giraba en la oscuridad. No tenía ojos, al igual que la oscuridad no los tenía. No poseía pensamientos ni sensaciones, solo la oscuridad fluyendo a través de ello y a su alrededor en un caos ciego de agitación lacerante. Era algo vivo, algo inquieto y vivo en la oscuridad que fluía incansable, como un río negro en un mundo negro. Sin embargo, a pesar de no tener ojos ni pensamientos ni sensaciones, se movía hacia la imposible superficie de la oscuridad… y se abría paso.

Siempre le he tenido miedo a la oscuridad. Ahora me envolvía, una presencia maligna y siniestra sin forma ni nombre. Y también estaba dentro de mí, para que no pudiera escapar de ella mediante cualquier forma de huida, y estaba paralizado por el miedo. Pero comenzó a retirarse despacio… esa oscuridad sin nombre, esa presencia maligna y siniestra que solo se encuentra en las peores pesadillas… ocultándose de nuevo y permitiendo que aparezcan formas a la luz de una luna sin brillo, dejando entrar esos pensamientos y sensaciones necesarios para la creación del yo. Y como si hubiera estado soñando, me pareció que había estado ausente una eternidad. Y como si hubiera estado soñando, me pareció que no había estado ausente ni tan siquiera un segundo.

Era por la noche y estaba en mi apartamento sobre el restaurante de Lillian… (¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Dónde había estado antes de que la oscuridad me cegara la mente?). Una certeza: yo no habitaba el espacio que me rodeaba de la misma manera que antes. Podía moverme por las habitaciones de mi apartamento, pero no usaba ni necesitaba una forma humana para hacerlo… (¿Cómo podía estar pasando esto? ¿Qué le había ocurrido a mi cuerpo?). Solo a base de fuerza de voluntad me sorprendí levantándome del suelo y flotando como una telaraña en una esquina del techo. Podía ver la luz de la luna que brillaba a través de las viejas cortinas de las ventanas junto al escritorio.

Otro misterio: ahora podía ver más allá de las cortinas y a través de la ventana un vertiginoso laberinto de habitaciones y pasillos y calles y callejones, mientras mi mente daba vueltas en mil direcciones distintas, hasta que me vi forzado a detenerme. Tras este esfuerzo, presté atención (solo un segundo) a un coro de voces incoherentes, pero las ignoré antes de perderme en su parloteo sin sentido.

Había tantas cosas aterradoras, tantas preguntas y acertijos durante esta fase de ensoñación de una experiencia que supe que no era un sueño en absoluto. Pero cualquier respuesta era evasiva y huía a regiones opacas a las que mi mente no podía seguirla. Cada vez que intentaba penetrar en estas áreas terminaba atrapado en callejones sin salida plagados de sombras, lugares que llegué a considerar «puntos oscuros» en los que ese río negro discurría viscoso y burbujeante. Estos puntos oscuros me provocaban a un mismo tiempo miedo y frustración. Sugerían la presencia de un jugador desconocido en un juego que yo solo estaba empezando a aprender.

Yo seguía siendo el mismo yo obsesivo-compulsivo (esa era otra certeza) y no me gustaba la sensación de que se estaban tramando planes y estrategias a mi alrededor… que a mis espaldas se celebraban reuniones secretas… que había sido condenado por algo que no hice… que había sido manipulado y humillado… que mi competencia había sido cuestionada por unos bufones, mis mensajes ignorados por idiotas… que había sido reducido al estatus de no-persona en una organización a la que había servido durante tanto tiempo y tan bien… y finalmente despedido incluso de ese puesto de lameculos.

¡Trabajo no acabado! ¡Trabajo no acabado!

Sus rostros ahora desplazaban cualquier otra cosa de mis pensamientos. Era mi deseo final, mi plan muy especial, ver esas caras gritando ensangrentadas e inertes a mis pies… qué bien recordaba todo *eso*. Pero el estallido balístico del lunes por la mañana había quedado cancelado. Si en mi estado no podía ni siquiera sostener una hoja de papel (papel, papel… ¿por qué esta palabra resonó en mi mente durante unos segundos y luego se apagó y murió en esos puntos oscuros?). ¿Cómo iba a sostener una USP Tactical revienta-cabezas o una Glock 17 destrozarodillas? Ni siquiera podía ver mi propia cara cuando floté hasta el espejo del baño. Jamás podría presentar ese rostro como la última cosa que esos cerdos vieran el día de su matanza.

Y entonces ocurrió. La maquinaria de mi ira asesina movía sus mecanismos, quemaba su aceite convirtiéndolo en vapores tóxicos, disparando chispas a derecha e izquierda, disparando y disparando… hasta que el espejo comenzó a brillar con una incandescencia misteriosa. Ahí estaba, en el centro de esa aura infernal. Ahí estaba mi cara, resplandeciente por el odio obsesivo. Ahí estaban mis ojos, lanzando dagas por debajo de las lentes tintadas de color ámbar. Ahí estaba yo de pie en la total negritud de mi forma. Y en la mano izquierda sujetaba el Cuchillo de Caza de Desollar Ciervos. Lo alcé y presioné el filo de la hoja levemente en mi mejilla, a punto de estallar de júbilo oscuro.

Tras esta primera manifestación, me dejé fundir con las sombras. Ahora tenía la habilidad de controlar mi propia sustancia. Más tarde aprendería a controlar los poderes de mi visión y mi oído. Y había otras cosas, fuerzas y facultades ignotas y maravillosas que pronto descubriría.

Mi trabajo no se quedaría por hacer. Mi trabajo tan solo había comenzado.

2

Dos detectives de homicidios (uno negro, el otro blanco, ambos canosos) salieron del ascensor de un viejo edificio de oficinas del centro y entraron en la zona de recepción de una empresa que era la más antigua del edificio y el inquilino más próspero. Advirtieron la luz suave y la decoración cara

(con un piano de cola), pero no parecían nada intimidados. Ambos habían visitado el viejo edificio muchas veces a lo largo de los años.

Como dijo el detective White al detective Black en el ascensor:

—Antes había una máquina de refrescos en la planta baja de este lugar. Los mejores helados con caramelo fundido que jamás haya probado en toda mi vida. Mis padres solían llevarme allí cuando vivíamos en la ciudad.

—Hace mucho tiempo —comentó el detective Black.

—Sí —dijo el detective White con un ápice de sentimentalismo en la voz.

Desde la zona de recepción ascendieron hasta la planta vigésima (¿o vigesimoprimera?), donde fueron recibidos por otra recepcionista barra ayudante de administración que ya les esperaba. Marsha Linstrom, según se leía en la placa de latón sobre su escritorio, acomodó a los dos detectives de homicidios en la oficina del Director General, quien no tenía ninguna información personal que pudiera ayudarles en este asunto policial, pero que les otorgó carta blanca para moverse por las oficinas de la empresa con la asistencia de una mujer a la que Marsha llamó de Recursos Humanos. Cuando comenzaron a descender las escaleras que atravesaban como una columna vertebral las diez plantas del espacio de oficinas de la compañía, Marsha Linstrom (todo un factótum de suprema eficiencia) ya estaba al teléfono dando instrucciones a alguien para que averiguara «dónde y cuándo» se iba a celebrar el funeral y comprara el consabido arreglo floral que la compañía enviaba siempre en el evento del deceso de uno de sus empleados.

Abajo, en Recursos Humanos, los detectives de homicidios pidieron que les enseñaran el expediente de la empresa sobre el fallecido, así como los expedientes de las personas que habían trabajado cerca de este, junto al expediente de cualquier empleado que hubiera abandonado la empresa recientemente «en no muy buenos términos». Antes, esa mañana, los detectives de homicidios, para su satisfacción, habían concluido que los amigos y los familiares de los fallecidos eran poco sospechosos. Una investigación en el lugar de trabajo de la víctima era simplemente el siguiente paso en un proceso bastante mecanizado. Los dos hombres

tomaban notas basándose en la información que les proporcionaron los expedientes de los empleados que examinaron.

—¿Por qué no nos ocupamos primero de este tal Frank Dominio? —dijo el detective Black.

—Sí, lo sé —respondió su compañero—. Su expediente no es que pinte un cuadro muy favorecedor del empleado. Y el estigma de una dimisión forzada puede llegar a molestar mucho a algunas personas.

—Parece que hables por experiencia propia.

—Lo digo de forma confidencial —dijo el detective White.

—Una persona tendría que estar demasiado molesta para hacer esto —dijo el detective Black tras sacar un sobre de manila que llevaba doblado en el bolsillo del abrigo.

—Supongo que depende de la persona.

Pero el supervisor júnior con el que hablaban los detectives de homicidios no contó nada de interés que añadir al dosier de Frank Dominio, o al menos no conscientemente. El señor Dominio no llevaba trabajando mucho tiempo en el departamento del supervisor júnior cuando entregó su dimisión. «Deberían hablar con alguien que haya trabajado más tiempo con Domino que yo. Yo solo llevo en la compañía un año más o menos».

—Pensé que su apellido era DoMINio —dijo el detective Black.

—¿No lo he pronunciado así? —respondió el supervisor júnior, mintiendo con gesto arrogante.

—No, usted dijo Domino —confirmó el detective White.

—Bueno, no quise decir eso —dijo el supervisor júnior, repentinamente arrepentido—. Así que ¿qué es lo que ha hecho Frank?

—Muchas gracias por su tiempo, señor Chipmunk —dijo el detective Black.

—Es Chipman.

—Disculpe el error.

Luego los detectives de homicidios se dieron media vuelta dispuestos a encontrarse con el siguiente y mejor sujeto a interrogar.

—Planta decimosegunda —dijo el detective White después de echar un vistazo a sus notas.

—¿Te importa si hacemos una parada en boxes primero?

—Estaba a punto de sugerirte lo mismo.

En el lavabo de hombres, que estaba situado fuera del área de la empresa, pero que no obstante tenía la mayoría de los accesorios originales de la construcción de la era pre-Depresión del edificio, los detectives de homicidios se aliviaron rodeados de enormes paredes de mármol, pesadas puertas de madera frente a espaciosas cabinas para los retretes y profundos lavabos de porcelana con mandos separados para el agua caliente y el agua fría. El primero en subirse la bragueta, el detective Black, se dirigió al lavabo y, tras tirar de ambos mandos a la vez, ahuecó las palmas de las manos bajo el único grifo. Pero ni una gota de agua cayó sobre sus ávidas palmas, solo un fuerte gruñido que retumbó por dentro de las paredes e hizo que el lavabo de porcelana se sacudiera ante sus ojos. Se echó hacia atrás apartándose del lavabo mientras su compañero lo miraba. Lo que al final emergió del grifo metálico de cuello de oca fue un fluido espeso y aceitoso, como si la fontanería del lavabo estuviera conectada a un negro río de desechos.

—Pues sí que es antiguo este edificio —gritó el detective White por encima del fuerte gorgoteo en el interior de las paredes, que para entonces se había convertido en un gruñido animal.

—Sí —dijo el detective Black mientras empujaba hacia atrás con cuidado tanto el mando del agua caliente como el de agua fría del lavabo, recuperando el estado anterior de pesado silencio en la estancia.

—Vamos —dijo el detective White—. Tenemos que ir a ver a un hombre para hablar sobre un asesinato.

Cuando llegaron a la oficina de Richard estaba claro que los estaba esperando. Se levantó de su asiento detrás del escritorio y estrechó con vigor las manos de los detectives de homicidios al tiempo que se presentaba y a continuación cerró la puerta. Invitó a sentarse a sus dos invitados en las sillas frente al escritorio y luego regresó a su silla detrás de este.

—Qué terribles noticias nos traen —dijo Richard—. No puedo creerlo. Pero ¿por qué no ha salido nada en los medios de comunicación sobre el asunto?

—El cuerpo fue descubierto esta mañana —explicó el detective Black—. Mantenemos a los de las noticias fuera del circuito más tiempo

del habitual en este asunto porque las circunstancias de la muerte del señor Stokowski son un tanto inusuales.

—¿Inusuales? ¿En qué sentido?

—Por los expedientes que hemos hojeado, usted fue el superior inmediato del señor Stokowski durante un periodo de varios años —dijo el detective White—. Esperábamos que usted o alguien que hubiera trabajado más de cerca con la víctima pudiera ayudarnos de una manera que los otros con los que hemos hablado no han sido capaces de hacerlo.

—No lo entiendo —dijo Richard.

El detective Black abrió el sobre de manila que llevaba y sacó unas fotografías. Se las pasó a Richard deslizándolas por el escritorio.

—Estas fotos fueron tomadas en la escena del crimen. No hemos informado a la prensa de lo que revelan.

Richard ojeó las fotografías sin que le cambiara la expresión facial ni un ápice, lo cual debió ser difícil incluso para él, mientras examinaba las imágenes que ahora pasaban ante sus ojos. El detective Black colocó estas imágenes en contexto para mejor comprensión del anterior jefe del señor Stokowski.

—Dos agentes encontraron el coche del señor Stokowski cuando patrullaban por la zona del almacén abandonado que ve en las fotos. Al ver que era un vehículo relativamente lujoso y en buenas condiciones, comprobaron la matrícula para ver si se había denunciado su robo.

—¿Y había sido robado? —preguntó Richard.

—No —respondió el detective White, y retomó la narración—. Los agentes examinaron entonces el almacén. Casi de inmediato encontraron a la víctima atada a una vieja silla de oficina apoyada contra la pared que ve en las fotos.

—Parece que hay algo extraño en sus manos —dijo Richard.

—No son manos —dijo el detective White—. Bueno, no son manos reales. Son las manos de un maniquí… dos manos izquierdas. Alguien muy fuerte amputó las manos del señor Stokowski (todavía las estamos buscando) y de alguna forma unió los extremos de las muñecas con estas… eh, manos artificiales.

—Está bastante claro que el asesino no estaba intentando ocultar su obra —dijo el detective Black—. Más bien parece que tenía muchas ganas de que se encontrara el cuerpo en esas condiciones y en ese lugar exacto… intacto. ¿Ve las letras en la pared justo encima de la cabeza de la víctima?

—Sí —dijo Richard.

—Las letras —dijo el detective White— parecen haber sido grabadas a fuego en la pared, posiblemente con un lanzallamas de acetileno. ¿Puede leer lo que dice?

—Parece «Trabajo» o «Palabra». ¿«Palabra Nota Desaparecida»[1]? —dijo Richard.

—TRABAJO NO ACABADO[2] —le corrigió el detective Black—. Todas las letras en mayúscula. Está escrito muy claramente si se fija bien.

—De acuerdo. Ahora lo veo —admitió Richard—. Pero todavía no entiendo cómo han llegado a la conclusión de que yo podría arrojar algo de luz en esta… atrocidad.

—Teníamos la esperanza de que las palabras, las manos, cualquier cosa que ve usted aquí, pudieran significar algo para usted —dijo el detective White—. «TRABAJO NO ACABADO» parece una frase que se puede usar de forma bastante natural en un puesto de trabajo. O quizás pueda reconocer la escritura, aunque sé que hay pocas probabilidades.

—Sin duda, no hay muchas. Todo lo que está escrito en mayúscula me parece lo mismo —dijo Richard mientras ordenaba las fotos y formaba con ellas un pulcro fajo. A continuación las colocó sobre el escritorio a cierta distancia de sí mismo—. No, lo siento… No me dice nada en absoluto.

—Bueno, quizás pudiera enseñárselo (de forma tan discreta como sea posible) a algunos de los compañeros del señor Stokowski —dijo uno de los detectives de homicidios mientras ambos se levantaban de las sillas—. Mire a ver si se les ocurre algo. Solo la parte de la escritura, ¿entiende? Nos gustaría que el resto de la información siguiera oculta a la prensa el mayor tiempo posible.

El detective Black recogió a continuación las fotografías y las volvió a guardar en el sobre de manila. El detective White dejó una de sus tarjetas sobre el escritorio de Richard, con un teléfono y una (¡puaj!) dirección de email donde se podía contactar con los detectives de homicidios. Richard comenzó a abrir la puerta para que salieran los dos hombres, pero luego la volvió a cerrar.

—Si me permiten que les pregunte —dijo Richard—. No han especificado cuál fue la causa de la muerte. Supongo que fueron las manos. El trauma y la sangre que perdió.

El detective White sonrió y dijo:

—Todavía no hay conclusiones sobre eso. Lo más probable es que fueran las manos.

—Lo más probable —repitió el detective Black.

Entonces, durante solo un segundo, Richard se quedó petrificado. Supo que le estaban mintiendo, pero lo único que podía hacer era expresar sus más sinceros deseos de que apresaran pronto al asesino, añadiendo casi en un susurro:

—Perry era un empleado a quien todos apreciaban en esta empresa.

—Estoy seguro de que es así —dijo el detective Black, que pasó con despreocupación unas cuantas hojas de su libreta. Luego, casi como si se le hubiera ocurrido de repente, dijo—: Y este tal Domino… supongo que no era muy popular entre la gente de por aquí.

—¿Disculpe? —dijo Richard el Inocente.

—Frank Dominio —dijo el detective White, solo para clarificar la identidad del empleado en cuestión.

—Oh, sí —respondió Richard sin mostrar un ápice de seguridad de tener algún conocimiento sobre el señor Dominio.

—Entendemos que no era precisamente un empleado modélico —dijo el detective Black—. El señor Chipman dijo que usted era la persona con la que hablar sobre este tipo. ¿Dimitió de la empresa ayer?

—No sabía eso —dijo Richard—. Bueno, como ya parecen saber, no era la clase de persona que fuera a ser nombrada empleado del mes. Es verdad que trabajó a mis órdenes durante un tiempo, pero… ya saben cómo es esto. Algunas personas no le dejan a uno mucha huella. Y he visto a tantos ir y venir…

—Así que el señor Dominio era solo otro tipo más que se fue —dijo el detective Black.

—Por lo que yo sé, así es —dijo mi antiguo jefe.

Ahora fue el turno de Richard de ver a sus interrogadores convertidos en férreos escépticos. Así que ¿cómo te sentiste, Richard, al quedarte ahí de pie mientras los detectives White y Black abandonaban la oficina… *sabiendo…* que les habías mentido? Mentido, Richard, y no solo a alguien de la oficina, sino a una pareja de detectives de homicidios. Con cuánta certeza debiste saber que ellos sabían que había algo sospechoso en ti. Así que ¿cómo te sentiste?

3

Siempre había sido proclive a sentir afecto o admiración por algunas personas a las que solo contemplaba desde lejos. Y eso es lo que sentía hacia los detectives White y Black mientras los espiaba desde el observatorio remoto en mi apartamento, sintonizando sus voces e imágenes en mis ondas privadas, manteniéndome a una distancia espectral de los ojos y los oídos de estos veteranos ejecutores de la ley. Parecían muy buenos en su trabajo, dedicados y flemáticos de una manera que tan bien representaba a hombres de su edad que habían visto las cosas que ellos debían haber visto a lo largo de sus vidas profesionales (el cadáver de Perry Stokowski, por ejemplo) y que sabían qué decir y qué no decir a la gente, o a los cerdos, con los que se veían obligados a tratar a diario. Casi me sentía culpable de que no tuvieran ninguna esperanza de concluir con éxito el caso en el que estaban trabajando.

Pero cuánto agradecí el recuerdo del detective White sobre aquellos helados con caramelo caliente que había disfrutado en el edificio donde trabajé, por no mencionar la manera en la que el detective Black había manejado la situación con el supervisor Chipman cuando esa pequeña mierdecilla pronunció mal mi apellido. Pero esa pequeña palabra, Domino, no iba a ayudar mucho a esos admirables detectives de homicidios merecedores de todo mi afecto. Todavía lo examinarían desde mil ángulos distintos hasta que al final declarasen el caso, todavía en pañales, sin resolver.

Y lo mejor de todo fue la mirada pétrea de Richard de una frustración visiblemente reprimida cuando los detectives White y Black le mintieron de forma tan flagrante al afirmar que la causa de la muerte del señor Stokowski era desconocida en esos momentos. Me pareció incluso atisbar un tic nervioso de miedo en el rostro de Richard (me resultó un momento tan dulce como uno de esos helados recubiertos de caramelo fundido de la niñez del detective White). Por supuesto, no habría sido posible y, sin duda alguna, nada deseable, revelar la extraña verdad de este aspecto del caso. Entonces serían ellos a los que se les consideraría unos mentirosos, o quizá lunáticos.

En las fotos que habían mostrado a Richard, la cabeza de Perry estaba echada hacia abajo en una profunda torsión en la posición del perfecto

cadáver. Cualquiera podía ver que todavía llevaba puestas las gafas, me aseguré de ello. Pero lo que no se podía ver era que las lentes tintadas de rojo casi habían desaparecido del todo. Pocos rastros de ellas se encontraron en la escena del crimen… solo una esquirla de la lente izquierda, que había permanecido en esas gruesas monturas negras. No fue hasta que se hubo realizado la autopsia, un espectáculo al que yo asistí «en persona», cuando el forense encontró las piezas pulverizadas y afiladas absorbidas en el organismo del cadáver. Las esquirlas tintadas de rojo habían cercenado las venas y las arterias de la víctima, habían rajado al pasar las paredes internas de sus intestinos y se habían apilado en un duro y pequeño montoncito (como una frambuesa) en la aorta.

—No lo entiendo. ¿Cómo ha llegado este material ahí dentro? —se preguntó el forense—. Es como si alguien se lo hubiera inyectado en su organismo.

Se acercó bastante, doctor. Dejé a propósito esa esquirla de las lentes rojas de las gafas de Perry para que pudieran compararla con las esquirlas fulminadas que fluían en el río rojo de su interior y que lo destrozaron desde dentro. Lo rojo penetra en lo rojo. Tenía sentido para mí. Una vez más se demostraba que era un demente, un monstruo, un malvado inhumano sin ninguna excusa para sus acciones abominables.

Uno podría pensar, tal como quizá estéis pensando, que alguien que ya no se encontraba entre los vivos hubiera podido elevarse por encima de su ira terrenal, que hubiera podido ganar la suficiente perspectiva para dejar a un lado los asuntos nimios que en el pasado anclaban su cuerpo al mundo. Pero no había forma de confirmar que en realidad yo ya no estuviera entre los vivos. Aunque yo no «vivía» en el sentido habitual de la palabra (ejemplo: ya no experimentaba necesidades corporales tales como el hambre, la sed o el sueño), era indudable que seguía habiendo cierto aspecto material en mi existencia.

Sin duda, Perry me consideró una amenaza física al verme por primera vez por el espejo retrovisor de su coche cuando se alejaba del club de jazz Straight Ahead esa noche. Cuando apoyé mi Cuchillo de Caza para Desollar Ciervos en su garganta, sintió la hoja… comenzó a suplicar y a lloriquear… y escuchó mi voz que le ordenaba por dónde girar con su cochecito jazzístico. Y después salí de ese almacén abandonado, solo, por donde había entrado antes con Perry, que era la misma entrada que había usado el día que visité el edificio y descubrí esas manos de maniquí y los

guantes de personaje de dibujos animados. Limpié la sangre de Perry del cuchillo sobre la pernera derecha de mis vaqueros negros. Advertí enojado que había menos luz de la que debería a esa hora de la mañana debido al cambio horario de «ahorro diurno».

En efecto, tras la ejecución de Perry parecía estar bastante más oscuro de lo que debería haber estado, incluso teniendo en cuenta esa hora que anualmente nos cercenaban durante varios meses en la zona horaria que yo habitaba. Mientras estaba allí de pie a la luz de la luna y en el solar junto al almacén, me parecía que había una oscuridad tras la oscuridad de la negra noche, una constelación de «puntos negros», como estrellas en una fotografía en negativo, que se acumulaban sobre mí y que sentía que solo yo podía ver. Pero aunque esta oscuridad, según mi percepción, parecía describir una especie de constelación lejana en la galaxia allá arriba, también sentía de la manera más íntima que estaba relacionada con esa *presencia* temible que había encontrado recientemente.

De regreso a mi apartamento, esta formación de estrellas oscuras, junto al miedo que las acompañaba, se esfumaron en gran medida. Sin embargo, cuando rompió el alba todavía quedaba algún residuo de mi extraña visión de esos puntos oscuros… habían dejado una especie de mancha sobre el cielo, un sucio rastro que no se borraba del todo. Los partes meteorológicos locales no mencionaron este fenómeno, el cual yo podía comprobar y volver a comprobar con bastante minuciosidad usando mis nuevos poderes de vigilancia. De alguna manera sabía que estos puntos oscuros de la noche, estas manchas sobre el cielo diurno no eran visibles para ninguna persona viva.

Sin embargo, todavía no creía estar muerto. Esta convicción no solo provenía del hecho de que toda mi vida había sido un descreído de una vida en el más allá… siempre estaba abierto a reconocer mis errores de opinión cuando afloraran suficientes pruebas de lo contrario. Pero no había aparecido ninguna prueba, por mucho que la buscara. Ningún obituario (esas pequeñas cajas negras con diminutas letras dentro) había informado de la muerte de Francis Vincent Dominio. Mi nombre no aparecía en ningún lugar de ningún registro oficial que examiné a mi propia manera. Así pues, debí concluir que yo *no estaba muerto*, a pesar de que era obvio que ya no estaba entre los vivos.

Esta situación podría haberme supuesto un gran problema si no hubiera estado preocupado con otros asuntos. Todavía tenía planes especiales que trazar. Y también sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que los detectives White y Black tiraran del hilo de la información que poseían sobre un garbanzo negro que había «dimitido por la presente con efecto inmediato» de la empresa donde el señor Stokowski había estado empleado hasta hacía poco y quien, ahora que los detectives de homicidios por fin advirtieron, había trabajado cerca del fallecido durante varios años.

White y Black pronto estarían interrogando a Lillian acerca del inquilino del apartamento situado encima del Metro Diner. Antes de que eso ocurriera, necesitaba ordenar algunos de mis asuntos.

4

—Hola, idiota.

La voz era la de Richard y la persona a la que se dirigía era el supervisor Chipman.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Richard.

—Nada —dijo Chipman como un niño intentando encubrir alguna travesura.

—Le llamaste Domino.

—¿Y qué? —dijo Chipman.

De repente, una expresión de maliciosa calma asomó en el rostro de Richard.

—En efecto, y qué…

Richard parecía estar pensando cuando apoyó su peso en el mostrador del cubículo de Chipman y con cierta complacencia se cruzó de brazos, castigándose afablemente por haber reaccionado de forma exagerada. Algunas personas son obsesivo-compulsivas. Richard tan solo poseía un instinto innato para la cautela astuta, para el exceso de vigilancia en pos de su propio interés.

—Eh, no he enseñado *esto* a nadie, si es eso lo que te preocupa.

Cuando Chipman pronunció estas palabras, abrió simultáneamente el cajón inferior de su escritorio. Dentro había un fajo de papeles sobre el

cual había una nota en papel amarillo en la que, con mi caligrafía, se leía: TRABAJO NO ACABADO.

—Oh, por Dios —dijo Richard al tiempo que le pegaba una patada al cajón y lo cerraba con su enorme zapato de punta fina. Entonces tiró amargamente del cajón lo suficiente para introducir los dedos y quitar el trozo de papel manuscrito sobre el fajo, lo arrugó en una pequeña bola de papel que desapareció en su mano derecha justo antes de que la mano desapareciera en el bolsillo de sus pantalones de rayas—. Y ahora deshazte del resto, cabeza de chorlito.

—No sabía que debía hacerlo —dijo Chipman el Ignorante.

—Lo que tú no sabes va a afectar gravemente a tu progreso aquí en la empresa. ¿Entendido?

—Sí —dijo Chipman.

—¿Sí? —dijo Richard imitándole.

—Sí, lo entiendo.

—Bien. Ni una sola conversación más sobre alguien llamado Domino.

—Sí, lo entiendo —dijo Chipman en tono burlón. Esto resultó ser poco inteligente porque ahora él también estaba en la lista de Richard, y en la mía. Me pregunté quién lo cazaría antes.

5

Esa misma tarde, Richard convocó una «reunión de mediodía» de emergencia de los Siete… discúlpenme, Seis. No es que me viniera muy bien esta distracción en ese momento, porque iba contra reloj (¡maldita sea esa hora perdida!) y me vi forzado a dividir mi atención entre el trabajo que tenía entre manos en mi apartamento y la escena del almuerzo en la empresa.

Nota al pie: Los antropólogos que antes defendían que toda actividad humana se podía reducir a tres: Alimentarse, Luchar y, en el presente ejemplo, un poco de jugueteo sexual, se habrían sentido satisfechos al ver con cuánta exactitud su hipótesis era reproducida en la mesa de banquetes de aquella galería gótica donde solía reunirme con este despreciable y

conocido elenco de personajes, y donde su reunión de mediodía estaba teniendo lugar ahora.

Sherry abrió con un pop la tapa de un cuenco de plástico lleno de verduras cortadas en bastoncillos. Pero de repente se paró en seco.

—Me he olvidado de traerme alguna bebida —lloriqueó Sherry-la Cosa, que estaba sentada cerca de la cabecera de la mesa, justo a la izquierda de Richard. La comida que había llevado Richard se limitaba a un termo extra de café. Tomó un sorbo directamente del termo que ya había abierto (un silo de metal brillante) y luego se lo pasó a Sherry, quien se limitó a mirarlo con los ojos bien abiertos durante unos segundos, como si estuviera contemplando algún artefacto exótico que jamás hubiera visto antes.

—Toma —dijo Richard, sacando la tapa de plástico del termo ante la mirada de Sherry, que reconoció este objeto en concreto tan poco como el otro—. Puedes usarlo de taza —le explicó Richard.

—Pero… —comenzó a decir Sherry.

—Sí, lo sé —dijo Richard con sabiduría y comprensión paternales. A continuación, se agachó hacia el bolso de Sherry, que estaba en el suelo entre ambos, rebuscó dentro de este y sacó un botellín de hotel de vodka. Con gesto despreocupado, pasó la mano por la pierna de Sherry antes de sacar la minibotella y ofrecérsela—. Adelante. Todo el mundo lo sabe.

Sherry obedeció y vació el licor en el contenedor de plástico, luego volvió a meter rápidamente la prueba de su alcoholismo en el bolso y se echó el café maniobrando torpemente con el brillante termo metálico de Richard.

Barry Cuerpo Grandote sacó la primera de las hamburguesas que llevaba en una bolsa que abultaba pesadamente sobre la mesa de banquetes. Pero tenía la mirada fija al otro lado de la mesa, donde Kerrie se metía cucharadas en la boca de un plato de pícnic con tapa incorporada.

—¿Qué estás mirando, Mr. América? —le preguntó Kerrie.

—Solo estoy intentando identificar qué estás comiendo.

—Son las sobras.

—De acuerdo —dijo Barry con un mundo de dudas en la voz.

Más allá en la mesa, Mary estaba sentada delante de un plato de cartón (cuadrado y poco profundo) de una comida de microondas (albóndigas

suecas y *noodles* con salsa de carne… su comida favorita, aunque en ocasiones rompía la monotonía con un filete Salisbury recubierto de salsa de champiñones y macarrones con queso).

Harry no estaba comiendo y rechazó el ofrecimiento de hamburguesas de Barry.

—Tengo muchas —dijo Barry.

—Estoy seguro de que es así, gracias —dijo el inescrutable Harry.

También era la hora de las comidas en el Metro Diner y el lugar estaba abarrotado. No veía a los detectives de homicidios por allí. Sin embargo, sabía que iban a comprobar la actividad de mi tarjeta de crédito: la armería, la tienda de ropa, el… el… ¿papel? (¿Compré un periódico esa noche? Aunque así fuera, no habría usado mi tarjeta de crédito para pagarlo). Pero, a pesar de que no era capaz de recordar ningún otro gasto que hubiera hecho, no podía sacudirme la sensación de que había algo más, algo mucho más importante que el papel, que también estaba siendo enmascarado por esos puntos oscuros. En cualquier caso, sabía que pronto los polis llamarían a mi puerta y era necesario que Lillian llegara a mi apartamento antes que ellos. Mi táctica para lograr esto incluía un bate de béisbol que en el pasado me sirvió como mi única «protección personal». Blandiendo este trozo de madera bien proporcionado, me encontraba de pie ante el monitor de mi ordenador como si estuviera frente a un pitcher odiado de un equipo rival. Preparé el golpe y…

—Bueno, empecemos —dijo Richard—. Como todos ya sabemos, tenemos un problema.

—No me digas —dijo Sherry—. ¿Qué ha ocurrido? Dijiste que Frank estaba acabado. Y en lugar de eso tenemos a un polaco muerto.

—Estas cosas no siempre salen según el plan establecido —dijo Richard.

—Sí, como esa chica, Andrea No-sé-qué, que acabó muerta sobre tu escritorio —dijo Kerrie, que continuó engullendo un misterioso puré—. Tú dijiste que Frank se marcharía sin hacer ruido. Ahora es un lío.

—Antes de que os vayáis de la sala para vomitar vuestro almuerzo, Kerrie, me gustaría señalar que el problema no era con Domino… era con

Perry Stokowski. Él fue el lío.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Mary.

—Por decirlo en pocas palabras, Perry no era un miembro de pleno derecho de nuestra familia.

—Por favor, Richard, ya tengo suficiente con mi familia real en casa. No necesito pensar en términos de una segunda familia.

—Ahí es donde te equivocas, Mary —dijo Richard—. Permíteme que te haga una pregunta. ¿Con quién prefieres compartir tu tiempo, por no mencionar la mayoría de tu tiempo libre: con esas personas en tu casa… o con nosotros?

Mary bajó la mirada con expresión reflexiva al recipiente resistente al microondas que tenía frente a ella sobre la mesa.

—A mí no puedes mentirme, Mary. Ni al resto de nosotros. Somos tu familia. *Nosotros somos* la única familia que cualquiera de nosotros tiene. Oh, puede que algunos de vosotros tengáis cónyuge o alguien con quien vivís, incluso hijos. Pero ellos no son vuestra familia. ¿Por qué crees que estás sentada a esta mesa con nosotros? No es casualidad, te lo aseguro. Es porque yo te *elegí*.

Tuve que pedir tiempo muerto en mi apartamento porque se me había olvidado desconectar el ordenador. No tenía intención de iniciar un incendio en ese viejo edificio, sino atraer la atención de Lillian (y no, Kerrie, no iba a marcharme sin hacer ruido… iba a provocar todo el ruido posible y tal vez incluso el caos). Después de solucionar la amenaza potencial de un incendio eléctrico, al final descargué el bate. Para mi decepción, tan solo logré hacer una telaraña de grietas en la pantalla del ordenador (abajo, en el comedor, entre el barullo de comensales masticando y hablando, mi primer golpe pasó inadvertido. Strike uno). Mi siguiente swing se lo dediqué a Andrea y a los otros que habían muerto por culpa de Richard. Golpeé de lleno el monitor y lo envié hasta las gradas más altas, donde Richard estaba sentado sorbiendo café de un termo una soleada tarde. En breve, el monitor no era más que un montón de cristal y plástico en el suelo. Junto a este estaba el teclado, cuyos dientes destrocé con una explosión de locura. A esto siguió un cese momentáneo de la conversación en el comedor del piso de abajo, así como una suspensión

del servicio por parte de Rudy y la camarera. Y Lillian por fin miró arriba hacia mi apartamento.

—Puede que nos hayas contratado a todos, Richard. Pero eso también incluye a Perry —objetó Mary—. Tú mismo has dicho que él no era un miembro de esta familia tuya.

—Dije que no era un miembro *de pleno derecho*. Creía que con el tiempo se convertiría en uno. Pero no pensé que fuera a llevar tanto tiempo que se desenganchara de esa música sin sentido en la que tanto se desgastaba. No estaba centrado del todo en la única cosa importante de todas nuestras vidas: el Trabajo. Eso hizo que bajara la guardia. Ahora ha muerto, que descanse en paz.

—Disculpa, Richard, pero nada de lo que estás diciendo explica lo de Frank Dominio. Si alguien alguna vez no fue uno de nosotros, ese era Frank. ¿Por qué demonios lo «elegiste»?

—¿A Frank? —dijo Richard—. Él era uno de la familia también… de la manera en que lo es un hijastro pelirrojo. La verdad es que en realidad necesitábamos a Frank. Por favor, no os lo toméis por lo personal ninguno de vosotros. Es decir, cada uno de vosotros tiene su utilidad. De lo contrario, no estaríais aquí. Pero Frank tenía algo que el resto de vosotros no tenéis, incluyéndome a mí mismo. Solo era cuestión de tiempo que nos lo trajera. Ninguno de nosotros habríamos podido proponer eso.

—¿Te refieres a su idea? —preguntó Sherry.

—Así es.

—¿Qué tenía de especial? —continuó insistente—. Nos dijiste que le hiciéramos el vacío. Y a mí me pareció que eso era exactamente lo que merecía.

—Barry —dijo Richard al tiempo que se giraba a la derecha—. ¿Te importaría iluminarla al respecto?

Barry se tragó un bocado que le abultaba en la mejilla de pan y carne macerados con extra-extra de kétchup. Luego sostuvo los restos del objeto en la mano.

—¿Sabes lo que es esto, Sherry?

—Sí… es una hamburguesa, o lo que queda de ella.

—También es la idea de Frank. Pero ni siquiera él era consciente de eso. Esta es la analogía. No hace mucho tiempo un golpe de genialidad

propició la creación de estas lonchas de ternera picada y grasa metidas dentro de dos mullidas rebanadas de pan. Por supuesto, no fue hasta más tarde cuando el potencial total de beneficios de esta invención comestible se hizo realidad. ¿Podría alguno de nosotros haber inventado la hamburguesa? No es probable.

Sherry de repente sonrió y casi escupió un trago de café y vodka.

—Pero sin duda sabríamos cómo comercializar esas cosas —dijo casi gritando.

—Billones y billones de ellas —añadió Kerrie.

Cerdos, cerdos, cerdos, etc. Cada vez que pronunciaba esa palabra lo acompañaba con un golpe demoledor a la caja metálica del módem. Luego dejé caer el bate, abandonando este medio primitivo de destrucción y comencé a trabajar en las entrañas de la bestia a la manera de mi nuevo yo: atando los transistores a nudos diminutos con solo un espasmo de mi mente, fundiendo placas base y aniquilando el alma de aquella cosa (esos chips diabólicos) a un nivel atómico. Nadie iba a penetrar en mi mente a través de esa máquina infernal. Y tú, Richard… tú sabías, *sabías que* mi idea era brillante, que yo valía más que todos los demás juntos. Pero dejaste que me retorciera en un amasijo de duda obsesiva y autodestrucción. Ríe mientras puedas, cerdo.

Mary, de hecho, estaba riendo nerviosa en su extremo de la mesa, mientras Richard se carcajeaba abiertamente con un tono profundo y oscuro. Incluso Harry dibujó una grieta en su rostro con una sonrisa torcida. Era tan bonito ver a una familia tan feliz. Pero el momento mágico murió cuando Kerrie habló y preguntó vacilante:

—Pero ¿no había mucha más documentación de la idea de Frank? ¿No necesitamos eso?

—Ya veremos. Tal vez lo necesitemos o tal vez no. Queremos cubrir todas las bases, ¿no es así, Harry?

—Sí, señor —respondió Harry. El resto se calló.

—¿Crees que puedes trabajar igual de bien sin la ayuda de Perry?

—Será mejor sin él —dijo Harry—. Fue él quien tuvo la culpa de que el asunto con Andrea No-sé-qué saliera mal. Nunca lo dije.

—Lo sé —dijo Richard—. No te culpé a ti de ello.

—Era un inútil drogadicto —dijo Harry.

[Como *addendum* al comentario de Harry, debería mencionar que fue la jeringuilla de Perry en la guantera de su coche la que me dio la idea de este modo de asesinato intravenoso].

Después de que Harry hubiera soltado esa bilis sobre la maldad narcotizada de Perry, miró hacia Sherry y dijo:

—Sin intención de ofender.

Sherry-la Cosa miró a Harry.

—No es lo mismo —susurró ella—. Mi nombre es Sherry. *¡Y soy una alcohólica!* ¿Lo pillas?

—Oh, sí —dijo Harry, a quien era obvio que no le importaba lo más mínimo una u otra cosa.

Lillian por fin golpeó la puerta mientras me llamaba. Yo la había dejado entreabierta, por lo que se abrió sin más y permitió que Lillian ejerciera su privilegio como casera de investigar qué era todo aquel escándalo en el apartamento de su inquilino. Entró con precaución en la cocina a través de la puerta trasera del edificio. Para cuando Lillian estuvo dentro, yo me había invisibilizado. Lo último que quería era asustar a la única persona que era lo más parecido a una familia para mí. [Tú tenías razón hasta cierto punto, Richard… yo estaba tan alienado como el resto de vosotros de mi propia familia de sangre].

Lillian dejó escapar un gemido de susto cuando vio la máquina mutilada que yacía en el suelo del apartamento. Yo había apartado la mayoría de las piezas, creando una senda para conducirla directamente a mi escritorio y a la caja de zapatos que la esperaba allí. Lillian cogió la caja y leyó las palabras escritas en la tapa en las que se leía su nombre como destinataria. Luego metió la mano bajo el delantal que llevaba y del uniforme de camarera sacó una navaja. No era un Cuchillo de Caza para Desollar, aunque sí parecía un instrumento profesional. Bien por ti, Lil, pensé. Tras abrir la hoja de la navaja, cortó la cinta de embalar que envolvía la caja de zapatos, levantó la tapa y echó una mirada a los fajos de billetes que constituían todo lo que poseía de valor en este mundo.

—Dios mío —dijo susurrando, y en seguida ató cabos y dijo en voz alta—: Supongo que esto significa que ya no voy a volver a verte, Frank.

Buena suerte.

Lillian parecía tan triste cuando volvió a colocar la tapa y se metió el paquete bajo el brazo…

Antes de abandonar el apartamento y cerrar la puerta con su llave de casera («Gracias, Lillian Hayes»), se giró un momento para echar un vistazo al lugar. Era imposible que me viera mientras yo la observaba desde mi nicho de no-vivo. Pero, por algún motivo, clavó la mirada, aunque brevemente, en el lugar exacto donde yo le devolvía la suya. Luego se marchó y volví a dirigir mi atención visual y auditiva a la reunión del Gran Salón.

—Una cosa más —dijo Mary—. Supongo que no estamos haciendo esto para que la compañía pueda forrarse con ello y nos deje como mucho con algún miserable «bonus».

—Como cabeza de esta familia, debo ocultaros por vuestro propio bien, por cierto, todos los detalles de esta iniciativa. Por ahora permitidme que solo diga que las cosas se van a volver un poco inestables por aquí en cuanto implementen el plan de Barry para la reestructuración… por supuesto, todo esto con el consentimiento del Director General y secundado por todos los directivos sénior. Puede que se produzca un periodo de reducción de beneficios en esta empresa debido a un ambiente de trabajo caótico. Pronto los accionistas comenzarán a gruñir descontentos y a arañar la tierra como una manada de ganado hambriento buscando nuevos vaqueros que gestionen el rancho… gente con ideas frescas y planes especiales. Antes de que os deis cuenta… *nosotros* seremos la empresa.

Pero cada cosa a su tiempo, acordaron todos.

Lo primero es lo primero, acordaron todos.

Y lo primero era Domino, que podría echar a perder todo este negocio si no lograban dar con él antes que la policía.

Esa fue tu entrada, Harry. E iba a mantener mis ojos especialmente puestos en ti.

6

Debo confesar que estaba tan aliviado como enfurecido por las revelaciones infames que proporcionó la reunión de mediodía de los Seis a mis ojos y oídos a larga distancia. No es que hubieran demostrado ser más cerdos de lo que ya imaginaba que eran. Eso era imposible. Pero mi imagen de ellos siempre había sido la de una manada de animales que realizaban sus acciones de forma caótica, dirigidos por un bajo instinto animal que olisqueaba criaturas que no fueran de su raza y las marcaba para ser masacradas irracionalmente. Teniendo en cuenta mi idea de su naturaleza bestial, me veía forzado a responder de igual manera, planeando una masacre de un estilo muy básico para la cual me había equipado hasta las cejas con el arsenal correspondiente y un atuendo adecuadamente oscuro. Por lo tanto, fue toda una sorpresa (a un mismo tiempo inquietante y encantadora) descubrir lo mucho que estos seres sabían lo que se hacían.

Inquietante porque tenían planes y estrategias y un objetivo ambicioso en mente. Habían resultado ser una tribu de verdaderos seres malignos, un contubernio diabólico, una horda maquiavélica en la que Richard era el Príncipe que regía su corte de esbirros.

Encantadora exactamente por las mismas razones. Me resultaba harto satisfactorio que mis peores sospechas sobre los Seis, antes Siete, quedaran final e inequívocamente confirmadas. Eran sin duda alguna una banda de tipos abyectos. Mi mente anegada de muerte y asesinato (impulsada por un motor obsesivo-compulsivo de emociones que los que no lo sufrían jamás llegarían a comprender, girando en un carrusel de Miedo, Odio, Humillación y otros caballos diversos desbocados de mi apocalipsis personal) *no* se había excedido ni un ápice en sus fantasías violentas.

Sin embargo, no seguían siendo nada más que fantasías. Incluso cuando comencé a hacer preparativos siguiendo mis impulsos de ira, los cuales, debo reconocer, estaban un poco inflamados por haber echado raíces en mi interior y haber sido reprimidos durante demasiado tiempo… la situación todavía se encontraba en el estadio de ensoñación y ensayo. Y el Día de Domino estaba condenado a no llegar nunca… no tal como lo había concebido al principio, como un festín de balas el lunes por la mañana (¿quién sabe si en realidad hubiera podido llevarlo a cabo?). Ese día no solo iba a retrasarse (debido a circunstancias que escapaban a mi control y todavía no claras en mi mente, a pesar de haberlas buscado), también había quedado alterado en cuanto a sus posibilidades.

Demos un paso hacia atrás por un momento. Frank Dominio era un hombre con una imaginación sobrecargada y desquiciada, de eso no cabe duda; pero siempre había logrado someterla con sus miedos y demonios interiores. Domino, por otro lado, no solo estaba completamente pervertido, además él mismo pertenecía a una clase de demonio. Ambos compartían muchas cualidades. Entre estas estaba el entusiasmo con el que acometían un proyecto nuevo, aunque solo fuera para dejarlo atrás lo antes posible. Así pues, mi trabajo, nuestro trabajo, no fue aplazado hasta el lunes, sino que comenzó durante el cambio del miércoles al jueves (hora de la costa Este). Y fue un trabajo rápido el que nosotros, o, más bien, «yo» (aunque solo sea por cuestión de conveniencia) realicé con el señor Stokowski.

Soltaba risitas como las de un niño la mañana de Navidad mientras abordaba cada tarea con relación a Perry el Pianista, Perry el Friki del Jazz (poco importa si su afición por la música era profunda y genuina y no la mera pose que yo creía que era) y, como lo llamó Harry, Perry el Inútil Drogadicto. Todo el asunto de esa noche fue para mí terapéutico, de una manera que ninguna de las pastillas o ningún servicio psiquiátrico que hubiera consumido a lo largo de los años me habrían proporcionado.

Y ese era justo el problema: estaba tan saciado con el trabajo que había realizado con Perry Stokowski que temía carecer de la Voluntad para seguir con los otros en mi lista de compras de la armería. ¿Adónde me habría llevado eso? ¿Qué ocurre con una anomalía ontológica (es decir, mi propio yo milagroso) cuando comienza a sentir que su TRABAJO, de hecho, ESTÁ ACABADO? Las constelaciones oscuras esparcidas por el cielo durante las últimas horas de esa noche, junto a las manchas negras que aparecieron cuando amaneció el día siguiente una hora más tarde no me parecieron felices augurios de lo que me esperaba cuando hubiera llevado a cabo mis propósitos siguiendo el, por así llamarlo, gran orden de las cosas.

De ahí mi alivio (y por partida doble, de ahí mi deleite) al haber renovado la pura fuerza feroz de mi Voluntad contra la Banda de los Seis durante la reveladora reunión del mediodía del jueves por la tarde. El juego ahora continuaría y mi salvación, al menos durante un tiempo, estaba asegurada.

El único trastorno que persistía no tenía nada que ver con la terrible familia de Richard, con sus naturalezas degeneradas y sus artimañas, ni

con sus tejemanejes de sórdida tira de cómic, sus asquerosas fachadas que escondían rostros que no podían ser contemplados. No, ese no era el problema. La única fuente de sorpresa que me quedaba era la de mi persistente inocencia e ingenuidad, la afición que tenía de mantener mi cabeza caliente metida en arena fría. No les había dado suficiente crédito a esos cerdos en mis valoraciones… y con mi tarjeta de crédito no habría podido comprar la suficiente potencia en armas de fuego para borrar las cosas que manaban en sus sesiones a puerta cerrada, por no mencionar los horrores que constantemente eclosionaban y que tales reuniones estaban destinadas a propagar, las monstruosidades que brotaban y saltaban de un lado a otro, tan solo esperando a que se abrieran esas puertas que conducían al mundo. Esa clase de cosa había estado ocurriendo desde que las puertas fueron inventadas… y pasaba en todas partes y a todas horas desde que los primeros homínidos se juntaban para «mantener una reunión».

En general: no debéis esperar que broten nada más que obscenidades de pesadilla cuando unas cabezas humanas se reúnen y se relacionan.

Y aún más en general: cualquier cosa que brote se convertirá finalmente en una obscenidad de pesadilla… dentro del gran orden de las cosas.

En cuanto a lo que yo pienso: No hay ángeles a menos que sean Ángeles de la Muerte… y jamás volvería a dudar de mi lugar entre ellos o a perder mi seguridad para servir entre sus salvajes filas.

7

Con el fin de funcionar con alguna efectividad en el mundo, vosotros (y eso te incluye a ti) estáis forzados a aceptar un cierto número de absurdas creencias. La principal de todas es la creencia de que vuestra mente es una mente razonable y correcta en un cuerpo más o menos correcto que se mueve dentro de una realidad sólida como una roca. Incluso una alcohólica como Sherry Mercer podía explicar cualquier fallo de su sistema psico-sensorial culpando a la bebida, algo que ella había logrado gestionar relativamente bien en el pasado y que tenía todos los motivos

para pensar que podría gestionarlo igual de bien durante los próximos años. Esta situación comenzó a cambiar no mucho después de la reunión del mediodía, y esa fue la última vez en la que ella fue consciente de algo parecido a una estabilidad mental o metafísica.

—¿Va todo bien, Sherry? —dijo una de sus subordinadas mientras hablaban sobre asuntos menores en la oficina de Sherry.

—Todo va bien —respondió Sherry—. Pero tal vez podríamos acabar esto mañana por la mañana, si no te importa.

—Ningún problema —dijo la joven al tiempo que se levantaba de la silla. Sherry abrió la puerta y la despidió de la oficina. Luego volvió a cerrar la puerta con la mano temblorosa mientras sujetaba con fuerza el pomo interior.

Gracias a la reestructuración de la empresa llevada a cabo por Barry, a Sherry se le destinó a un puesto de nueva creación en una pequeña oficina privada. *A priori*, este hecho era un lujo y una comodidad, que le permitía consumir cualquier cantidad de alcohol que deseara a lo largo del día y hacerlo en un ambiente tranquilo y digno. Sin embargo, a partir de ese momento esa oficina podría haber estado situada perfectamente en lo más profundo del corazón del Infierno (medieval, no moderno, a juego con su decoración).

Después de cerrar la puerta, Sherry cerró los ojos. Luego vaciló y giró la cabeza hacia la parte de la pared que había quedado oculta momentáneamente cuando abrió la puerta. Las pestañas de Sherry se abrieron despacio y ahora tenía la mirada clavada en un lugar donde la pared se unía al suelo de la oficina.

Ahí estaba otra vez. Todavía seguía ahí. No se había marchado, como Sherry habría deseado.

Durante la reunión, había logrado atraer la atención de la joven a esa zona en concreto de la pared («¿Es eso un bicho o algo parecido, ahí?», dijo Sherry al tiempo que señalaba el lugar). Pero la joven no pareció advertir nada inusual en aquel espacio. Por supuesto, tampoco Sherry había visto nada allí unas horas antes.

Pero ahí estaba otra vez.

Detrás de la puerta de la oficina de Sherry había otra puerta. Era un portal pequeño, oscuro y feo, de la altura de un enano que sobresalía de la pared como una pústula. La superficie era tosca e irregular, como si la hubieran moldeado con arcilla en lugar de tallada en madera. Sin embargo,

parecía recorrerla una intricada veta que formaba remolinos en los múltiples surcos y grietas, y se enroscaba en nudos imperfectamente circulares. Sherry intentó no mirar con demasiada atención los densos diseños de la puerta, en los que ya había distinguido una variedad de caritas y partes de caras, todas ellas tan contorsionadas y horribles como la propia puerta. Pero en esta ocasión se acuclilló para ponerse al nivel del borde superior de la puerta, acercándose más de lo que se había atrevido a acercarse antes. Luego, como si intentara verificar la naturaleza de este fenómeno (ya fuera real o una alucinación), posó una de sus uñas muy cerca de aquello, lista para darle unos rápidos golpecitos. Ahí fue cuando comenzaron los problemas. Porque en cuanto entró en contacto con la puerta… la uña se quedó pegada allí, atrapada como una mosca en lo que parecía más una especie de telaraña tupida que madera o incluso arcilla. Cuando tiró para liberarse, descubrió que el dedo se hundía aún más profundamente y pronto quedó atrapado hasta la cutícula.

Por supuesto, podría haber avisado a una serie de personas que estaban sentadas en los cubículos próximos a su oficina… y tal vez eso le habría vuelto a sacar de apuros una vez más (no sabía hacer otra cosa). Sin embargo, siendo Sherry-la Cosa que era, no quería que la vieran en aquella postura ridícula (y quizás incluso concluyente de su trastorno mental). Ahora estaba sentada en el suelo, con la camisa corta enrollada hacia arriba por la espalda mientras forcejeaba para liberarse, con la punta del dedo clavada en algo que nadie más podía ver. Y entonces…

Toc-toc-toc.

Pero el golpeteo no era en la puerta de Sherry, era en la mía. Los detectives White y Black estaban al otro lado de la puerta a la que conducían las escaleras traseras del edificio. A través de las cortinas descorridas del cristal de la puerta vi a los dos hombres, que me miraron directamente y luego echaron una ojeada todo lo lejos que pudieron hacia el interior. Quizás tenían una orden judicial para registrar el lugar en busca de mi Cuchillo de Caza para Desollar Ciervos, el cual, dependiendo del juez asignado, podría ser considerado como el instrumento letal usado para amputar las manos de Perry Stokowski. Yo no había estado siguiendo con mucha atención las actividades de estos eficientes sabuesos, así que no sabía qué esperar.

En cualquier caso, pensé que aunque irrumpieran en mi apartamento, con o sin orden judicial, no darían con el cuchillo, porque de alguna manera yo me lo llevaba conmigo cuando entraba en ese estado fantasmal que ahora disfrutaba: el cuchillo solo adoptaba forma sólida cuando yo lo hacía y, como mi ropa negra y gafas tintadas de ámbar, se disolvía en el aire o se movía a través de objetos sólidos siempre que me parecía conveniente. ¿Qué podría ser más estúpido que unas prendas de ropa caminando con un par de gafas flotando sobre ellas? ¿O un cuchillo con una hoja de trece pulgadas flotando por la calle? Así que estaba preparado para cualquier cosa que los detectives de homicidios pudieran tener en mente, lo cual quedaba fuera de mi rango de detección. Fueran las que fueran las hazañas milagrosas que era capaz de realizar, todavía parecía limitado por ciertas reglas, justo como todo lo demás en este mundo apestoso, ya seas animal, vegetal, mineral, gaseoso, humano, sobrehumano o cualquier otra cosa que puedan concebir (con toda la imaginación). Todo lo que existe está sujeto a limitaciones impuestas por fuerzas internas y fuerzas externas. No hay excepciones ni exenciones, aunque podrían darse algunas transformaciones sorprendentes.

Simplemente observad lo que mi ser mejorado podía hacer ahora con Sherry, cuyo dedo se hundía cada vez más en esa fea puerta. Todo formaba parte de mi idea, mi plan… al menos todo lo que uno puede apropiarse de una idea o plan. Pero ¿cómo sabía que podía hacerlo? Nunca había hecho algo así antes. Mi intención original, por aquel entonces, era disparar una bala o dos de mi Glock 17, o quizás de mi Firestar, en el cerebro de un enemigo odiado, alguien que había conspirado para dejarme caer en el profundo callejón sin salida de un infierno del que yo no tenía fuerzas para escapar.

Sin embargo, ¿con qué fuerzas habría apretado el gatillo de esa Glock o Firestar? Sabía que mi Cerebro (como parte integral de mi Cuerpo) reaccionaba a presiones ejercidas por otros Cuerpos y otros Cerebros, como el de Sherry y su capacidad como unidad individual de Cuerpo-Cerebro, o aquellos de los Siete actuando como un grupo de Cuerpos y Cerebros… por no mencionar las múltiples presiones ejercidas por objetos y eventos que no poseían ni Cuerpo humano ni Cerebro humano, incluyendo el clima, el ahorro diurno, los insectos… todo el mundo no humano en general.

Así que ¿cómo era que todos estos Cuerpos y Cerebros, incluyendo el mío propio, junto a otros innumerables factores no humanos, tales como las cucarachas que infestaban mi apartamento, todos se podían coordinar para forzarme a apretar el gatillo de una Glock, o una Firestar, e introducir algunos fragmentos de metal en el Cerebro inútil de Sherry Mercer y en su Cuerpo escultural? ¿Cómo podía ser llevada a cabo esta tarea, o cualquier otra tarea, en este asqueroso mundo? ¿Cuál era *exactamente* la cadena de mando… el origen de todo este barullo, la línea cronológica de fenómenos que incluían mi necesidad abrumadora de comprar una selección de pistolas y un Cuchillo de Caza para Desollar Ciervos y que, más tarde, me inspiraron la idea de crear esta fea puertecilla que solo Sherry y, por supuesto, yo podíamos ver… y en la que Sherry ahora tenía hundida la mano hasta su delgada muñeca?

Respuesta: Obviamente, no hay respuesta.
Pregunta: Eliminada a petición de mi aturdido Cerebro.

Órdenes a las Tropas: Manténganse centrados y continúen con el ataque hasta que todos los rastros del dolor de Sherry, como del de Perry, queden neutralizados.

Y ahora el feo y pequeño pomo en esa fea y pequeña puerta comenzó a sacudirse hacia dentro y hacia fuera, crujiendo en los oídos de Sherry. El pomo tenía la forma de algo como la cabeza de un mono pequeño, pero Sherry se aferró a él sin pestañear, su miedo a lo que pudiera estar intentando entrar por la puerta le hizo superar el aspecto asqueroso y el tacto pegajoso de todos esos remolinos y nudos, esas caritas y partes de caras. Intentó apoyarse en el pomo haciendo palanca para liberar la otra mano. Con esta maniobra, por desgracia, solo logró hundirse aún más en aquello, que funcionaba de la misma manera que una mente atrapada en una telaraña de pensamientos obsesivos: cuanto más luchaba uno (y, definitivamente, yo) por soltarse, con más fuerza le retenía.

Para entonces Sherry podía sentir que el pomo latía con una especie de vida escurridiza en su mano, mientras que la otra mano se perdió en algún lugar donde algo indefinido la acariciaba, algo que podría ser descrito como una oscuridad retorciéndose, un mundo negro de gusanos deslizándose alrededor de la mano y entre los dedos. Tenía los ojos tan abiertos; esos ojos de Sherry-la Cosa. Y ahora esa boca, con la que tanto

habló en el pasado de las cosas de Sherry-la Cosa, intentó gritar. Pero no salió ningún sonido de allí. También se produjeron otros efectos en el cuerpo y el cerebro de Sherry, pero es mejor mantener algunas cosas de puertas adentro… y ahora mi atención era requerida en otro lugar.

Al parecer, los detectives de homicidios no habían podido conseguir una orden judicial para registrar mi apartamento. El detective White sacudió el pomo de la puerta con la esperanza de que la madera carcomida que rodeaba el cerrojo cediera y le permitiera a él y a su compañero acceder ilegalmente a la residencia del sospechoso. Si no hubiera estado ocupado con otras cosas, les habría permitido la entrada, por pura cortesía. Pero los detectives tuvieron que volver sobre sus pasos y bajar las escaleras en la parte trasera del comedor; ahora estaban interrogando a Lillian apoyados en la barra.

El lugar estaba casi vacío de clientes, con la excepción de Harry, que sorbía café en el extremo opuesto de la barra.

—Ojalá pudiera ayudarles —dijo Lillian con suavidad—. Pero siento que debo respetar la privacidad de mi inquilino.

—Podemos regresar con una orden judicial —dijo el detective Black.

—Eso cambiaría las cosas —dijo Lillian.

Mientras los detectives continuaban interrogando a Lillian, Harry farfullaba en su teléfono móvil sin que nadie le escuchara… nadie, excepto yo.

—Sí, ella es la casera —dijo Harry con la cabeza baja a Richard, al otro lado de la línea o, más bien, la frecuencia del teléfono de Harry.

—¿Qué dice ella? —preguntó Richard.

—Es lo que *no* dice. No para de mentir a los policías, eso te lo puedo asegurar.

El detective White intentaba disimular su exasperación ante las respuestas pronunciadas en tono suave pero impecablemente evasivas de la propietaria del comedor.

—Así que ¿cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó.

—No sabría decirle —dijo Lillian.

—¿Viene él alguna vez al comedor? —preguntó el detective Black.

—Viene a veces.

Harry pudo saber que Lillian mentía a los detectives de homicidios porque él debía haber hecho lo mismo una y otra vez a lo largo de su vida laboral, como deduje después de mis intrusiones en los registros de varias agencias policiales. Antes de que Richard le contratara («buscara» sería un término más apropiado), el hombre que yo antes había considerado Harry el Enigma también era conocido como Hank el Fontanero, Joe el de los Tejados y Bob el Vendedor de Enciclopedias, entre otros apodos que él mismo usaba tanto para sacar provecho (allanamiento de morada, un habilidoso confidente; cinco años en la cárcel a lo largo de diez años de vida) y placer (varios cargos por acoso que involucraban a menores, mayores y algunas personas verdaderamente ancianas cuando trabajó como Ken el Ordenanza en una residencia de mayores; ninguna condena).

—Es muy buena —dijo Harry a Richard—. Estoy seguro de que ella podría contarnos algo.

—Entonces averigua qué puede ser ese algo —dijo Richard.

—Podría ser un trabajo un tanto engorroso —le advirtió Harry.

—Pues que así sea. Engorroso está bien. Lo que no quiero es que sea descuidado.

¡De acuerdo, entonces, Richard el Cabecilla!

Los detectives de homicidios ahora parecían bloqueados por el hecho de que aquella anciana con uniforme de camarera estuviera haciéndoles sudar tinta.

—¿Qué le pareció la última vez que lo vio? —preguntó el detective White.

—Ya he dicho que no sabría decirle cuándo fue la última vez que lo vi —respondió Lillian.

—¿Regresa a casa a una hora en concreto? —preguntó el detective Black.

—Quizás lo haga, no lo sé. En realidad no me entero de sus idas y venidas. Tengo un negocio que atender.

—¿Sabía que hace poco le obligaron a dimitir de su trabajo? —preguntó el detective White.

—No es asunto mío —dijo Lillian.

Tras haber estado sometidos el tiempo suficiente al deslumbrante encantamiento de Lillian, el cual casi me hizo llorar agradecido por su actitud protectora hacia mí, los detectives dejaron su tarjeta y luego abandonaron el comedor con dos cafés para llevar, regalo de la casa. Poco después Harry pagó el café y se dispuso a marcharse, pero con la intención de regresar unas horas más tarde, cuando Lillian cerrara el local.

Antes de que Lillian hubiera girado la llave de la puerta, Harry se acercó a ella por detrás.

Antes de que Harry se colocara detrás de ella, yo me introduje en el cuerpo de Lillian y tomé control de su funcionamiento, dejando su mente en un estado de placentera inconsciencia mientras yo me ocupaba de mis asuntos. Esta era otra nueva idea mía que se me ocurrió sobre la marcha. No tenía ningún plan especial, a excepción de mantener a Lillian segura. Tendría que tocar el resto de oído y, cuando hubiera acabado, si todo iba bien, enviaría a Lillian de regreso a casa sin ninguna preocupación en su corazón ni recuerdos en su cabeza.

—Por favor, regrese dentro, señora —dijo Harry al tiempo que clavaba el cañón de una pistola en la espalda de Lillian, haciendo que casi dejara caer la bolsa de papel que sujetaba con dificultad junto a su bolso mientras cerraba el negocio—. Y yo me haré cargo de esas llaves, si no le importa.

Lillian había doblado y grapado la bolsa con cuidado, así que Harry no podría haber adivinado que contenía los ahorros de Frank Dominio. Mientras la empujaba alejándola de la cristalera de la fachada, Lillian dijo (o, más bien, *yo* dije usando las cuerdas vocales de Lillian):

—¿Qué es lo que quiere, joven?

Harry sonrió al escuchar el tono despreocupado de la pregunta.

—Me gustaría violarla y robarle —respondió.

—¿Algo más?

—Sí. Me gustaría que me diera la llave del apartamento del piso de arriba. Supongo que tiene una.

—Sin duda —dijo Lillian—. ¿Le importa si dejo las cosas aquí en la barra?

—En absoluto.

—Gracias. Entonces, dice que quiere robarme. Déjeme que mire cuánto tengo en el bolso.

—Déjese de rollos —le gritó Harry al tiempo que lanzaba el bolso de Lillian al otro lado de la barra.

—No es necesario ser maleducado —dijo Lillian—. Es solo una broma. Sé que no ha venido buscando la calderilla de este bolso viejo. Puedo ver que no es solo un *inútil drogadicto*. No como otros.

De inmediato, la atención de Harry quedó dividida entre las palabras que había usado antes ese día para describir a Perry Stokowski y el asunto que ahora llevaba entre manos. Durante un segundo se quedó congelado en la pose del típico ladrón que apunta con una pistola, sin tan siquiera advertir que Lillian ya se había alejado y se dirigía a un pasillo en sombras del comedor cerrado.

—Lo que busca —dijo desde la oscuridad— está aquí.

—Espere —gritó Harry.

—Espere usted —dijo Lillian al tiempo que abría una puerta quejumbrosa y encendía una luz que reveló una pequeña estancia al final del pasillo.

Cuando Harry entró en la pequeña habitación, vio que Lillian estaba de pie en un rincón, sobre una vieja caja fuerte que se abría por arriba. Tras marcar la combinación, tiró de un mango metálico y dejó expuesto el contenido de la caja fuerte.

—Hay mucho dinero aquí, chico —dijo ella—. Iba a llevarlo al banco mañana, como hago todos los viernes.

—Sáquelo —le ordenó Harry.

—¿Qué cree que estoy haciendo? —dijo Lillian. Tras sacar la pesada bolsa de tela que contenía el dinero que había recogido del comedor, Lillian metió la mano en las profundidades de la vieja caja fuerte y sacó otra cosa—. Imagino que también estará interesado en esto —dijo mientras sostenía un fajo de documentos atados con una goma. Harry leyó las palabras impresas en la primera página: «Nuevo Producto», y debajo: «Frank Dominio».

—Sabía que estaba mintiendo a esos polis —dijo Harry con tono de satisfacción.

—Caramba, qué chico tan listo, te has dado cuenta de eso. Pero es una pena que no puedas salir con nada de este botín, no digamos ya los documentos.

—¿Y qué va a detenerme? —dijo Harry.

—Bueno, para empezar —dijo Lillian— no puedes abrir esa puerta.

Harry se giró rápidamente y se dio cuenta de que la puerta que había crujido de forma tan sonora se había cerrado de alguna forma tras entrar él sin hacer ningún ruido. Cuando volvió a girarse hacia Lillian, ella dijo:

—Y para acabar, tu pistola ya no funciona.

Harry apretó el gatillo del arma (no era una Glock). Pero lo único que salió fue una gota de metal que cayó por el cañón como agua que gotea de un grifo mal cerrado. Luego la bombilla del techo se fue apagando hasta que la habitación quedó sumida en la oscuridad.

Estos eran ya fenómenos extraños por sí mismos. Pero lo que realmente sobresaltó a Harry fue el sonido de algo que subía burbujeando desde el interior de la caja fuerte y que llenaba la habitación de colores extrañamente temblorosos mientras se elevaba hasta el borde y emitía un vapor apestoso. Harry sintió una arcada y se cubrió la boca con la mano libre. Hablando a través de los dedos, dijo:

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es eso?

—La sopa del día, chico… crema de membrana mucosa. Pensé que te gustaría, al ser un delincuente sexual y todo eso. Huele un poco.

Harry estaba ahogándose y dando arcadas al mismo tiempo. Finalmente logró escupir unas cuantas palabras:

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Fue Lillian la que miró a los ojos a Harry mientras un escabroso arcoíris de colores brillantes danzaba sobre su rostro y sonreía ampliamente. Pero fue mi voz la que respondió la pregunta de Harry.

—Soy yo, Harry —dije—. Soy Domino.

Podría haber seguido regodeándome de esa manera un rato más si el móvil de Harry no hubiera empezado a sonar dentro del bolsillo de su abrigo. Esto me obligó a darme prisa, porque quería coger esa llamada. Con una velocidad de rayo que incluso me sorprendió a mí, tenía el teléfono en mi… es decir, la mano de Lillian. Entre el segundo y el tercer tono del teléfono, Harry ya había muerto. La piel de su rostro seguía apareciendo y sumergiéndose en la sopa mientras esta desaparecía en la oscuridad de la que emergió. La luz de la pequeña estancia volvió a encenderse.

Abrí la solapa del teléfono de Harry y me lo llevé a la oreja.

—Hey, hey —dije, todavía usando mi propia voz.

—¿Qué? —dijo el hombre al otro lado de la línea, que no era otro que Richard.

—He dicho «hey, hey». Eso es lo primero que pronunció Alexander Graham Bell como primer saludo a través de su nueva invención. Bueno, no fue *su* invención… pero al final se llevó todo el mérito a ojos del público. Es una vieja historia, ¿verdad? Sobre todo cuando nosotros (me refiero a ti y a mí) hablamos de invenciones brillantes y rentables.

—¿Es eso de lo que estamos hablando?

—*Sabes* que sí.

—¿Dónde está Harry? —preguntó Richard.

—Trabajo no acabado —respondí.

—Comprendo —dijo Richard—. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Lo siento, Richard, pero ni yo mismo puedo decir lo que ha pasado… exactamente. Nada que Harry haya disfrutado mucho, de eso estoy bien seguro. Y ya que estamos hablando del tema, será mejor que eches un vistazo a Sherry.

—Lo haré —dijo Richard.

Como afirmé antes, con el fin de poder moverse con alguna eficacia en este mundo, uno debe adoptar algunas creencias absurdas. Mi creencia en ese momento era que Richard debería haber sonado mucho más turbado por nuestra conversación. Pero no era el caso en absoluto.

—Eso son tres tipos fuera de combate —dije, pero cometí el error de intentar sacar de sus casillas a mi exjefe—. Faltan cuatro, sin contar a Chipman.

—Ciertamente, eres un tipo malvado —dijo Richard.

—Sí, lo soy —dije—. Pero puedes atribuirte el mérito de eso.

—Eso no es más que falsa modestia viniendo de alguien con un ego tan enorme. Una pena que jamás lo admitieras ante ti mismo. Podríamos haber trabajado muy bien juntos si lo hubieras hecho. Debe ser bastante doloroso tener unos planes tan grandiosos, pero no ser capaz de admitir que en realidad eres un cerdo ambicioso.

—¿Un cerdo? —dije, y mi compostura siguió resquebrajándose. Jamás había compartido ese apelativo con nadie de la empresa.

—¿No es eso lo que pensabas del resto de nosotros?

—Más o menos. Es un término despectivo bastante común.

—Supongo que sí. Debo haberlo oído por la oficina. O quizás tan solo lo soñé. Creo que los sueños pueden ayudarnos mucho en nuestras vidas.

¿Y tú?

Estaba empezando a arrepentirme de haber respondido a la llamada del teléfono de Harry.

—Creo que ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir. A menos que haya algo que quieras añadir.

—¿Como qué? —preguntó Richard.

—No sé. Algo amenazador. Como decirme que soy hombre muerto, por ejemplo.

—No, en absoluto —dijo Richard—. En cuanto a eso, ya *sé* que no eres hombre muerto. Pero tampoco vivo, ¿no es eso cierto, Domino?

Entonces Richard colgó y me quedé una vez más debatiéndome entre innumerables dudas y preguntas y, sobre todo, miedo.

8

Siguiendo las órdenes de Richard, Chipman fue a ver qué ocurría con Sherry. Acababa de terminar la jornada laboral y la planta en la que estaba situada la oficina de Sherry permanecía en silencio y vacía, a excepción de algunos empleados de limpieza que se movían por los cubículos vaciando las papeleras de los empleados y pasando el aspirador. Tras golpear con suavidad en la puerta de la oficina de Sherry, Chipman miró a un lado y a otro para ver si había alguien mirando antes de meterse en la estancia y encerrarse dentro.

—Qué demonios —dijo Chipman en voz alta.

La luz del techo todavía iluminaba la oficina sin ventana, pero era tenue y parpadeaba a intervalos estroboscópicos. Esto lo hice estrictamente con fines efectistas, así como el desorden general de la habitación, que parecía como si un tornado en miniatura hubiera puesto todo patas arriba, las librerías volcadas sobre el suelo, un escritorio inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados y apoyado contra la pared, y el contenido de todos los cajones archivadores y el cajón del escritorio esparcido por todas partes. Aunque no había rastro de Sherry, su bolso estaba entre los documentos tirados entre esas cuatro paredes. Chipman lo vio al fondo de

la habitación, con la correa rota y la piel exterior aplastada como una pelota desinflada.

Mientras avanzaba con cautela por toda aquella basura, Chipman vio algo que brillaba en el suelo, algo que parpadeaba al mismo ritmo que la luz del techo y que dotaba de vida a la escena que lo rodeaba. Se agachó y recogió el objeto que, a todas luces, parecía ser un espejo de mano junto al resto de todas las cosas que habían estado dentro del bolso de Sherry. La luz y la sombra se deslizaban por la superficie reflectante del espejo. Eso fue todo lo que Chipman pudo ver al principio. Pero al inspeccionar con más atención el objeto advirtió que también había una cara en ese espejo… y la cara no era la suya. Ni era la cara de Sherry, exactamente. Pero era la cara de algo, algo parecido a Sherry, alguna criatura de la que casi todo vestigio de Sherry había sido destilado y ya solo quedaba la parte de la Cosa. Y daba la impresión de estar gritando con lo que parecía una boca llena de dientes irregulares que, en apariencia, intentaban abrirse paso fuera del espejo a base de mordiscos.

Chipman dejó caer de forma instintiva el espejo al suelo. Luego se dedicó a chafarlo con el pie, pisoteándolo con el tacón del zapato hasta que el espejo acabó convertido en un montón de fragmentos afilados y brillantes que empujó frenéticamente a patadas hacia todos los rincones del cuarto, dispersando así la imagen de algo que había acelerado su respiración y ahora atraía su mirada como si todavía pudiera ver la cara del espejo.

De pie entre las sombras trémulas de la oficina (todos los muebles volcados y pequeñas esquirlas de un espejo deformante de feria que todavía brillaban entre la basura a su alrededor), Chipman parecía perdido en los estrechos pasillos de una oscura ensoñación. Pero volvió en sí mismo cuando, desde algún lugar entre todo el caos de la vieja oficina de Sherry Mercer, sonó el teléfono. Chipman se arrastró hasta el origen de ese gorgojeo, que no era el trino amistoso que solía escuchar en los teléfonos modernos de las oficinas de la empresa. Finalmente rastreó el ruido hasta su escondite bajo una pila de carpetas de archivador que cubrían el suelo.

—Sí —dijo Chipman, abandonando los saludos formales del lugar de trabajo.

—¿Chipman? —preguntó la voz al teléfono.

—Sí, el mismo —dijo, riéndose un poco.

—¿Dónde está Sherry?

—Ella… no lo sé, Richard. No está en su oficina. Algo ha pasado aquí. Parece como si hubieran destrozado el lugar y… bueno, su bolso está aquí pero… quizás deberías verlo tú mismo.

—De acuerdo, tranquilízate.

—Estoy tranquilo —dijo Chipman.

—No lo pareces.

—Bueno, es solo que… hay algo.

—Escúchame bien, Chipman. Voy a hacerte una pregunta y vas a responderme con un simple sí o no. Además del estado de la oficina de Sherry y el hecho de que su bolso todavía esté allí…

—Está destrozado, del todo. Alguien debe haber…

—Déjame que acabe. Además de lo que me has dicho, el destrozo y lo demás, ¿has visto o, tal vez, oído algo más, cualquier otra cosa… que pudiera parecer fuera de lo normal?

—Sí —respondió Chipman tal como le había ordenado—. Vi algo.

—Eso está bien, estás haciéndolo muy bien. Una pregunta más: responde sí o no. Lo que viste, ¿es algo que te hizo sentir como si…?

—Richard, pensé que me estaba volviendo loco —le interrumpió Chipman.

—De acuerdo, eso está bien.

—¿Está bien que pensara que estaba volviéndome loco? —dijo Chipman con un tono de voz casi beligerante.

—No. Es bueno que me digas la verdad. Veamos, quiero que te vayas a casa. Abandona el edificio de inmediato. Mañana por la mañana se celebrará una reunión y quiero que estés allí. Solo cuídate hasta entonces. ¿Puedes hacer eso?

—Sí, creo que puedo hacerlo —dijo Chipman sin un ápice de convicción.

—De acuerdo, entonces —dijo Richard—. Una cosa más…

En ese momento el teléfono se apagó. Chipman intentó encenderlo de nuevo para volver a hablar con Richard, pero estaba muerto. Tras lanzar el receptor difunto al suelo, se dijo: «Me voy a casa ahora. Richard dijo que debería irme a casa». Luego se giró y vio lo que había escrito en la puerta de la oficina. Las palabras estaban marcadas en la madera con precisa caligrafía en mayúsculas, talladas bastante profundamente. Y esas palabras no habían estado ahí antes:

TRABAJO NO ACABADO.

Chipman de repente cargó contra la puerta y la abrió, como si temiera que la más mínima vacilación le hiciera perder el coraje y pudiera quedar atrapado en esa oficina… mirando esas palabras… para siempre. Pero al otro lado de la puerta solo encontró otra puerta.

TRABAJO NO ACABADO.

Y a sus espaldas tan solo había una pared oscura iluminada por una luz parpadeante.

Ahora parecía que Chipman aguzaba el oído para oír algo, quizás el reconfortante sonido de aspiradoras deslizándose por los pasillos enmoquetados y entre los cubículos de las oficinas de la empresa. Pidió ayuda, pero no había nadie que pudiera oírle. Porque ya no estaba en las oficinas de la empresa. En realidad no estaba en ningún sitio. Sin embargo, siguió pidiendo ayuda… y continuó abriendo una puerta tras otra: TRABAJO NO ACABADO, TRABAJO NO ACABADO, TRABAJO NO ACABADO…

Un rato después, ni tan siquiera yo pude seguirlo por aquel lugar de infinitas puertas y oscuridad.

PARTE III

1

INFORME PARA: Ti
DE: Mí
FECHA: Jueves por la noche
TEMA: La Oscuridad

Como muchos de vosotros ya habréis advertido, no abandoné mis intenciones de escribir un documento que, en anteriores capítulos, describí como mi Último Testimonio. Este documento o testimonio solo había mutado a un formato diferente: de una encendida declaración a lo que podría ser descrito como unas memorias paranormales; un trabajo en curso de forma indeterminada, muy parecido a su creador. Entre los elementos principales que emergerían en este segundo formato estaba esa presencia siniestra cuyo signo y símbolo se me aparecía como (1) un río de oscuridad; (2) una constelación de estrellas negras que rellenaban la oscuridad *detrás* de la oscuridad del cielo nocturno; (3) «puntos negros» que, a pesar de mi percepción mejorada del mundo que me rodeaba, todavía oscurecían ciertas cosas cruciales ocultándomelas, principalmente cualquier conocimiento en relación con el peculiar estado (de no-vida) en el que yo existía ahora; y (4) manchas o borrones de oscuridad que se extendían por el cielo a todas horas y crecían haciéndose más prominentes cada vez que apagaba de golpe la vida de uno de los Siete (además de Chipman).

En el tiempo arriba indicado, era el último de estos cuatro fenómenos el que más me preocupaba, dado que había eliminado al menos a tres personas antes de la puesta de sol (la cual, por supuesto, seguía ocurriendo una hora antes en los relojes de mi zona horaria y continuaría ocurriendo

así durante otro día más de octubre). Incluso durante las últimas horas de la tarde del jueves, tras aniquilar a Sherry Mercer y al hombre que yo conocía como Harry Smith-Jones, el mundo que alcanzaba a ver por las ventanas de mi apartamento estaba sumido en la sombra de un profundo crepúsculo.

Las manchas oscuras flotaban en el cielo por encima de los antiguos edificios del centro y se extendían en la distancia hacia la otra orilla del río, creando así un paisaje en el cielo, encapotado de una manera tan uniforme, que poseía la falsa apariencia del decorado de un teatro o una escena nocturna de día en una película de bajo presupuesto. Además, un poco después de que enviara a Chipman a su muerte, hubo un momento concreto en el que las cosas comenzaron a adoptar una tonalidad incluso más oscura, como si marcara el preciso instante en el que el supervisor júnior ya no pudo negar por más tiempo el hecho descorazonador de que jamás encontraría el final de esa serie infinita de puertas.

Claramente, se distinguía un patrón en estas oscuridades que llegaban pisando los talones de cada acto de extraño caos que yo infligía a mis antiguos colegas. Me pregunté si esto era el indicio de una de esas estúpidas reglas que nos autoimponemos todos, tanto vivos como novivos, una ley limitante que dice: «Hasta aquí y no más allá», o quizá: «Todos estos y ya no más». En cualquier caso, tras un día bastante atareado sacrificando malas bestias, decidí parar esa noche para reflexionar sobre este patrón que había detectado. Mientras estaba tumbado allí, en forma corpórea, sobre el sofá del salón de mi apartamento (ese apartamento maravillosamente deprimente sobre el comedor de Lillian en el centro) calculé por encima que a la velocidad que estas oscuridades se apoderaban de mi mundo, tendría el tiempo justo para eliminar a los excolegas que quedaban antes de que yo mismo me zambullera en un reino de oscuridad permanente y total y me hundiera de nuevo en el río metafórico de negritud del cual yo mismo, por medios que desconocía, había escapado de alguna forma antes de estar sumergido por completo en sus aguas untuosas.

Esta constatación (si no se trataba puramente de un invento de la imaginación, pensé) era descorazonadora. Porque a pesar de hallar tanta satisfacción en mi trabajo de exterminar a estas alimañas de la forma más rara que pudiera concebir, mi mente ya había comenzado a girar hacia cosas más grandes, planes más elaborados a una escala mucho mayor.

Después de todo, el planeta que yo habitaba, la realidad en la que estaba atrapado rebosaba de todo tipo de víctimas potenciales y todas ellas, hasta cierto punto, eran cerdos que yo anhelaba llevar a mi matadero.

Este sentimiento mío, esta pasión, quedó absolutamente confirmado y reforzado durante aquellos momentos en los que ocupé el cuerpo de Lillian Hayes con el propósito de liquidar, en sentido literal, a Harry el Ladrón y el Violador. Aquí había una mujer que, yo creía, era todo lo decente que se podía ser, lo más cerca a no ser un cerdo que pudiera estar un ser humano. Y, sin embargo, todo el tiempo en el que habité su cuerpo físico pude sentir lo íntimamente que ese cuerpo (tanto en aspectos físicos como metafísicos) estaba conectado con esa oscuridad ahora tan familiar, esa presencia siniestra… una presencia que bien podría haberse llamado El Gran Cerdo Negro: una fuerza bestial que gruñía y que dirigía, que *usaba* nuestros cuerpos para refocilarse en cualquier asquerosidad que se le ocurriera, agitándose con lascivia en ese río negro en el que la especie humana solo se balanceaba emergiendo y hundiéndose como pedazos de excrementos. En efecto, tras habitar el cuerpo de otro (en este caso el cuerpo de Lillian Hayes), tuve la impresión de que la idea de un ser humano, de algo como una «persona» (o personas conocidas o desconocidas) solo era una figura retórica, un espejismo conveniente.

Entonces, en un punto intermedio entre lanzar a Harry a la sopa y enviar a Chipman a un olvido enloquecedor, se me ocurrió: *Todos ellos deben ser eliminados… ¡todos deben desaparecer!*

Y mientras estaba tumbado en el sofá del salón de mi apartamento solo lamentaba no poder continuar con mi trabajo una vez hubiera acabado con los Siete (por no mencionar a Chipman). Me habían impuesto un límite en mi labor antes de que la negritud me envolviera del todo. Todavía estaba siendo manipulado, todavía estaba siendo invadido y atacado por algo que estaba más allá de mi control y frustraba mi Voluntad. Pero entonces algo sucedió, justo en el salón de mi apartamento, que sirvió para reconciliarme con esta situación o, al menos, insuflar en mi alma cierto sentimiento de sombría resignación.

Tomó la forma de una cucaracha correteando por la alfombra. Me levanté de un salto del sofá, con la rapidez y precisión que me proporcionaba mi peculiar estado de existencia, atrapé a la criatura bajo mi bota negra, pero sin matarla. Incluso a través de la suela gruesa de esa bota podía sentir al bicho forcejeando allí abajo. En este punto, yo estaba

simplemente en conexión física con él. A continuación, establecí una comunión más profunda con esta alimaña, dejando que un poco de mí mismo fluyera al interior de su cuerpo, uniéndome a su vida de la misma manera en la que me había unido a Lillian Hayes. Aunque mi inmersión en la cucaracha no fue tan completa como con Lillian, no obstante sentí la misma sensación: no había nada especialmente «de cucaracha» dentro de la cucaracha, del mismo modo que no había nada diferenciador de una «persona» en el interior de Lillian… Cuando penetré en el oscuro interior de cada uno de ellos, solo había ese zumbido de puerca agitación y turbulenta negrura. El Gran Cerdo Negro se revolvía dentro de la cucaracha al igual que lo había hecho en el interior de Lillian Hayes, la única diferencia era que cualquier atisbo del espejismo de ser una clase de cosa-en-el-mundo estaba ausente en el insecto, o quizás era tan débil que no pude detectarlo.

¿Era solo una cuestión de grados? Entre la cucaracha y la propietaria del Metro Diner se expandía un amplio espectro de vida orgánica. ¿Existía el espectro correspondiente de espejismo de ser cosas-en-el-mundo? Por ejemplo, he notado (¿y quién no?) que los gatos parecen considerarse a sí mismos de una manera muy similar a como lo hacen los humanos… y viceversa. «Los gatos son personas», escuché la voz de una anciana que me hablaba desde algún rincón de mi memoria. Y, desde una perspectiva felina, las personas perfectamente podrían parecer gatos. Y dentro de todos ellos: la convulsa agitación del Cerdo que todo lo Devora, el Cerdo Conspirativo y, sí, el Cerdo Asesino. Esta era la única Cosa-en-el-Mundo. El resto eran solo disfraces y máscaras, el inventario de una antigua y todavía floreciente empresa de suministros de teatro.

Y todos tendrían que desaparecer: la gente, los gatos, las cucarachas, las plantas, *todo debía desaparecer*.

Pero sabía que yo (fuera lo que fuese ese «yo») no sería el que lo haría. El trabajo era inmenso, la escala de la masacre imposible de abarcar. La seguridad de que hasta la última mota de materia viva había quedado borrada de este mundo (¿y qué me dicen de todos los otros mundos?) tendría que permanecer en la tierra del Nunca-Jamás… El sueño utópico de una forma de vida obsesiva-compulsiva.

Sin embargo, todo había acabado para la cucaracha. Cuando presioné la bota contra el suelo sentí que todo quedaba inmóvil y en silencio dentro de ese pequeño cuerpo donde antes solo había existido una maligna

agitación en la oscuridad. Incluso sentí que una pequeña parte de mí (la parte de mí que había permitido que se filtrara en el bicho) se quedaba inmóvil y en silencio. Me sentía bien. Muy bien, por muy fugaz que hubiera sido esa sensación. Puedo decir sinceramente que fue el único momento de verdadero bienestar que experimenté en toda mi vida, si mi presente estado de existencia podía de hecho ser considerado parte de esa invención que yo llamaba «mi vida».

Y en ese momento estaba seguro de que seguía vivo de alguna manera… que aunque no estuviera del todo vivo, tampoco estaba del todo muerto. De alguna forma, estaba atrapado entre estos dos mundos; atrapado en un lugar donde había experimentado una extraña conexión con ese Gran Cerdo Negro, esa negrura convulsa y maligna que fluía como un río a través de toda criatura viviente y, posiblemente, en los espacios que rodeaban todo lo que vivía, permitiéndome estar allá donde la oscuridad discurría, para unirme a esta fuerza inquieta que estaba en todas partes y dentro de todas las cosas, que movía y manipulaba toda la vida creada en este mundo y me proporcionaba el poder de moverme y manipular cosas a mi voluntad, una voluntad que, sin embargo, no era más que una voluntad en minúsculas de un ser aislado… una cucaracha elevada a forma humana, un pequeño remolino de esa corriente de negrura que era tan grande y perdurable como el propio mundo, que era la cara oculta del mundo vivo, la sombra dentro de toda vida, aquello que perviviría por los siglos de los siglos mientras que todos nosotros íbamos muriéndonos en soledad. Porque la mucha o poca vida que poseíamos era solo la vida de *aquello*, y cuando nuestros cuerpos, nuestros cuerpos de cucaracha, estaban demasiado dañados para alojarlo… esta negrura discurría y se alejaba, dejando atrás una viña muerta, el caparazón aplastado de un bicho o un cadáver humano… cosas que no tenían vida propia ni nada real en su interior.

Pero si toda mi vida era una ilusión, un espejismo, era un espejismo ineludible que yo (y, por supuesto, también vosotros) no podía negarme a seguir allá donde me condujera. Y todavía tenía que hacer desaparecer a cuatro seres de esta siniestra existencia. Hasta que no hubiera logrado esto, mi trabajo todavía no estaba acabado y mi vida (o novida, en realidad) me parecía innegable que valía la pena vivirla. Por algún motivo se me había otorgado el poder de acabar el trabajo que había comenzado cuando entré

en esa armería del centro para comprar un cargamento de armas y un Cuchillo de Caza para Desollar Ciervos.

Yo (y vosotros) lo entendía ahora: Fuimos traídos a este mundo de la nada.

Yo (y vosotros) lo entendía ahora: Nos mantenían vivos de alguna manera, en cualquier forma, siempre que siguiéramos sacudiéndonos con violencia de un lado a otro, llevando a cabo nuestros impulsos más intensamente vitales y sin permitirnos jamás quedarnos quietos o silenciosos hasta drenar la última gota de la negrura que discurría en nuestro interior.

Yo (y vosotros) lo entendía ahora: Nos volverían a arrastrar hacia la negrura que fluye solo cuando hubiéramos hecho todo el daño que nos permitían hacer, solo cuando nuestro trabajo hubiera acabado. El trabajo de tú contra mí… y yo contra ti.

2

El viernes por la mañana los detectives de homicidios estaban sentados en su coche al final de la calle de la armería donde en otro tiempo planeé comprar unas cuantas cosas. Se suponía que la tienda abría a las diez en punto, pero ellos habían llegado una hora antes. Allí estaban, sorbiendo café y mirando indiferentes a cualquier cosa que entrara en su campo de visión. Yo estaba sentado (invisible) en el asiento de atrás, pensando: «¿De verdad creéis que voy a aparecer para recoger mi pedido? Una de dos, o sois muy exhaustivos o muy estúpidos».

Entonces el detective White dijo algo que me puso en mi sitio.

—Sabes que estamos perdiendo el tiempo aquí, ¿verdad?

—Sí —dijo el detective Black—. No hay ninguna posibilidad de que vaya a presentarse.

—Sabes por qué el teniente ha ordenado esta vigilancia, ¿verdad?

—Sí. No es que sea la primera vez.

—Pero sigue siendo un coñazo.

—Tranquilízate. Toma, una rosquilla —dijo el detective Black al tiempo que metía la mano en una bolsa de papel.

El detective White cogió la rosquilla y la partió como un perro furioso.

—Este no es el lugar donde deberíamos estar. Deberíamos estar interrogando a esos ejecutivos de la empresa, con o sin sus abogados presentes.

—No es eso lo que quiere el teniente.

—No es eso lo que quiere porque recibió un aviso.

—Recibió un aviso del hombre que recibió el aviso de otro hombre —dijo el detective Black.

—¿Sabes cuánta gente ha dejado de ir a trabajar a ese lugar?

—Lo sé.

—Me gustaría hablar con los que todavía quedan —dijo el detective White mientras con su dentadura de dientes cuadrados partía otro trozo de rosquilla, y continuó hablando con la boca llena—. Ellos son los que saben qué está pasando. No me gusta que me digan que no debo intentar averiguar qué está pasando realmente.

—Ya sabes cómo funciona esto —dijo el detective Black—. Es una empresa grande. Lo que está pasando tal vez no sea bueno para sus negocios.

—Deberían dejarnos hacer nuestro trabajo.

—Estoy de acuerdo.

—La gente debería saber lo que de verdad ocurre en esta ciudad —dijo el detective White.

—A mí mismo me gustaría saberlo algunas veces. ¿Pero qué puedes hacer?

—Nada.

—¿Quieres otra rosquilla? —dijo el detective Black mientras sacaba una rosquilla con semillas de amapola.

El detective White rechazó una segunda rosquilla y continuó mirando con indiferencia por el parabrisas del coche.

Si no hubiera sabido lo que ya sabía sobre ciertas cosas, habría pensado: «Chicos, sois…».

—De acuerdo, entonces —dijo Richard a los subordinados que había reunido en el habitual lugar de reunión. Ya había intentado contactar con Chipman, tanto en su casa como en el trabajo, pero no se sorprendió al advertir la ausencia del joven. Pero ¿qué iba a decir a los otros sobre

Chipman, por no mencionar las sillas vacías antes ocupadas por Sherry y Harry? Venga, Richard, diles lo que sabes sobre Domino. Dime *a mí* lo que sabes. Como el detective White, quería saber lo que pasaba.

Mary y Kerrie estaban sentadas a izquierda y derecha de Richard, mientras que Barry se había ubicado en el otro extremo de la mesa.

—¿Por qué no te acercas un poco más, Barry? —dijo Richard.

—Huele muy mal, Richard —susurró Mary cubriéndose la boca—. Creo que está enfermo.

—Hum, estoy bien aquí —dijo Barry. Y con eso zanjó el tema.

—Así que ¿cuál es el siguiente paso, Rich? —preguntó Kerrie con cierto sarcasmo.

Richard miró a Kerrie como si fuera un galgo parlante, lo cual de hecho era lo que parecía, y luego le habló con suavidad.

—Quizás deberías estar tomándote esta situación más en serio, Kerrie.

—No tengo ningún miedo a Frank Dominio. Estoy *deseando* que lo intente conmigo. Estoy lista —dijo al tiempo que daba unas palmadas a una pequeña protuberancia del bolsillo de la chaqueta deportiva que llevaba todos los días sobre una camiseta, vaqueros y zapatillas de deporte.

—Me temo que no puedo decir lo mismo —dijo Mary—. ¿De qué sirve mencionar a los otros que no pueden estar con nosotros hoy?

—De nada, Mary —respondió Richard con una determinación pragmática—. ¿Y tú qué tal, Barry? ¿Algún temor ahí en tu lado de la mesa?

Barry se limitó a mirar sin enfocar la mirada en ningún sitio, como si le hubieran practicado una lobotomía. Luego inspiró, de hecho bufó muy fuerte y luego se rascó la axila. Claramente le estaba costando seguir la agenda. Cualquiera (y ese cualquiera sería yo) diría que Barry ya no era la persona brillante que había sido.

—Entonces, ¿cuál es el objetivo de esta reunión? —preguntó Mary, su máscara de maquillaje brillaba por el sudor—. Todo, todos nuestros planes… lo que quiero decir es que todo ha acabado… ¿no es así?

—No ha acabado hasta que haya acabado —dijo Richard—. Lo importante es mantener las apariencias. Ninguno de nosotros tiene nada que esconder.

—Oh, venga ya —dijo Kerrie—. Frank anda por ahí matándonos a uno tras otro. Pero nosotros lo matamos *a él* en primer lugar.

—No hay duda alguna de que no ejercimos ninguna violencia contra él —dijo Richard—. Solo queríamos algo que él tenía.

—Y en cuanto tengamos eso… ¿qué? Tú eres el Doctor, Richard. Sabemos lo que eso significa.

Richard suspiró con infinito aburrimiento.

—¿Alguien más de aquí quiere apoyar a Kerrie en sus acusaciones?

Mary se mordió el labio inferior y se manchó los dientes superiores con una capa de pintalabios. Barry siguió rascándose y bufando. Yo seguía queriendo que Richard les dijera lo que sabía sobre Domino, pero ahora ya estaba claro que eso no iba a ocurrir. El único propósito de esa reunión era un control de daños por parte de Richard. Y supo, al igual que yo, que el daño no había acabado.

3

Mi gusto por lo grotesco no era un rasgo innato ni antiguo de mi carácter. Más bien, fue concebido y desarrollado durante el periodo de tiempo comprendido en este documento, mi Último Testimonio. El viernes (el último viernes de octubre) este gusto, que ya había madurado tanto como las frutas que se cosechan en otoño, al final se había podrido por completo. Ahora era un hambre insaciable por horrores desconocidos, por las locuras producidas por las fiebres más morbosas y por el material de pesadillas tan retorcidas, tan aberrantes que iban más allá de cualquier comprensión o recuerdo por parte de la mente en vigilia. Por favor, permitidme que os muestre (a todos vosotros) lo que hice ese día. Comenzó con

Barry

De hecho, había tenido intención de que fuera Barry y no Perry mi primer proyecto, dado que este pomposo desgraciado había sido el instrumento principal de Richard en mi declive y caída en la empresa. Sin embargo, el sentido común se impuso a la ira vengativa y decidí empezar practicando con el pianista (cuyo asesinato ahora podría parecer un simple calentamiento de dedos en comparación con mi obra posterior) y así

reservar los sujetos más codiciados para más tarde, cuando ya hubiera alcanzado el culmen de mis poderes monstruosos. Sin embargo, Barry desde el principio fue un proyecto secundario para mí. Sus lentas entendederas y su fuerte olor corporal en la reunión del viernes eran meras señales superficiales de que este cerdo ya estaba listo para el mercado.

Barry dejó la oficina mucho antes del almuerzo. Ya no se sentía cómodo en un ambiente tan estructurado (mejor dicho, *reestructurado*). Lo único que quería era regresar a su casa de ladrillo (no era una casa de paja ni de arcilla la de este cerdito), donde las cosas eran tal como ahora le gustaba que fueran.

Mientras conducía por la sinuosa ruta de calles urbanas (ya no estaba mentalmente capacitado para conducir a gran velocidad y se precisaba una mente rápida para maniobrar por la circunvalación) los únicos pensamientos en su cabeza eran imágenes de su hogar. [Este lugar, por describirlo con el mínimo posible de horribles detalles, era una porqueriza… en sentido literal]. Estas imágenes que ahora llenaban el cerebro animal de Barry, al haberse atrofiado casi del todo su capacidad de pensar con palabras y conceptos, consistían principalmente en retozar en el barro, lo cual incluía los restos de barro que acumulaba *dentro* de su cuerpo así como el barro que brotaba de ese mismo cuerpo y que se esparcía sobre cada centímetro del suelo y el mobiliario. El bungaló de ladrillo era un verdadero paraíso para cerdos. Y no veía el momento de quitarse las ropas humanas que llevaba y rodar sus carnes desnudas y fofas por el barrizal, bufando y gritando todo el tiempo.

Pero la mente de Barry no estaba todavía tan impedida intelectualmente como para no poder realizar varias paradas junto a las distintas ventanillas de los distintos garitos de comida rápida que había de camino a su casa, llenando tanto el asiento delantero como los traseros de su coche con bolsas y más bolsas de hamburguesas, tacos y trozos crujientes de pollo frito. Fue en su última parada (¡un bar de costillas!) donde Barry captó el aroma de otra cosa que tentó a su paladar, aunque no era algo que pudiera comer.

Casualmente, el camino a casa de Barry pasaba junto a los terrenos municipales de la feria, que ahora estaban en pleno apogeo con la Feria de Otoño. Esta incluía una hilera de casetas a rebosar de perritos calientes y algodón de azúcar, un anfiteatro que llenaba la atmósfera de música country y la habitual exposición de productos agrícolas tanto de campo

como de granja. Este era el día de suerte de Barry… y el mío. Sin pensárselo dos veces, o tan siquiera una, Barry detuvo el coche en el aparcamiento de la Feria y, tras engullir una bolsa o dos de alimentos, se dio una vuelta por el festivo mundo de la feria. Estaba siguiendo ese abrumador aroma y, en su búsqueda a ciegas, desapareció entre la multitud… desapareció para siempre.

La única pista de lo que le pudo ocurrir a Barry Edwins fue un artículo pequeño que apareció al día siguiente en el principal periódico de la ciudad, y que fue reproducido en otras publicaciones de fuera del Estado. Los hechos eran estos:

Primero: Alguien informó a la policía encargada de mantener el orden en la feria estatal de que había visto a un hombre desnudo intentando mantener relaciones con un cerdo premiado en la exposición de animales.

Segundo: Cuando la policía llegó a la feria, no pudieron encontrar a ese horrible hombre desnudo por ningún lado. Sin embargo, lo que sí encontraron fue una violación en curso… pero era el acto de un cerdo rosado copulando sobre una hembra premiada.

Tercero: No se encontró a nadie que pudiera afirmar que el cerdo delincuente fuera suyo. Un viejo ganadero advirtió que los genitales del cerdo, a pesar de ser bastante pequeños, seguían intactos. Es decir, era un animal que no había sido preparado de forma apropiada para su raza y su fin último.

Finalmente: Tras serle otorgado permiso por la policía para hacer lo que tuviera que hacer (a cambio de quedarse con aquel excelente espécimen de su raza), el viejo ganadero castró al animal de inmediato para poder controlarlo y prometió que con el tiempo ese hermoso cerdo encontraría su lugar en un buen matadero.

Para celebrar este giro de los acontecimientos, envié un (¡puaj!) email al ordenador de Richard con el siguiente texto, cómo no, en el asunto: TRABAJO NO ACABADO. Pero se me negó la satisfacción de ver a Richard leyendo este mensaje. De hecho, parecía haber perdido la habilidad de localizarlo. Esto me provocó cierto pánico. Porque solo había un lugar en el que él podía haberse escondido para que yo no lo encontrara. De alguna forma, Richard se había metido en un punto oscuro, pero no estaba seguro de por qué o cómo esto había pasado. ¿No me habían otorgado carta blanca para hacer mi trabajo? Daba igual, me dije, había otro trabajo que acabar. Y allí estaba…

Mary

Tras el desastre que los trabajadores del servicio de limpieza encontraron en la oficina de Sherry Mercer, Mary intentaba pasar el menor tiempo posible a solas… o en cualquier otro lugar del área de oficinas si podía evitarlo. Sus tacones resonaban ahora sobre las aceras del centro de la ciudad en dirección a su lugar favorito para almorzar, que estaría lleno de gente entre la que se sentiría relativamente segura.

Sin embargo, gracias no a la *suerte*, sino a mí, Mary pasó de largo su destino. Y continuó andando hacia las afueras de la zona de negocios de la ciudad, vagando por barrios destartalados y pasando junto a los edificios en ruinas que antes fueran mis favoritos (incluyendo un viejo edificio del que todavía colgaba un cartel en la ventana en el que se leía: «Habitaciones para Hombres»). Pero mis sentimientos hacia estos lugares suponían algo del pasado para mí. La calma del *sabi*, con su desolación lúcida y su decrepitud sanadora del alma, ahora había sido reemplazada por un gusto por lo Grotesco. Nada más que lo Grotesco gratificaba mi mente aullante y mi alma envenenada. Solo lo Grotesco.

Así que saqué a Mary de la extensión de vastos solares vacíos y edificios destruidos y la dejé caer en un lugar conocido como el Museo de Mechanic Street. Este «museo» testimonial ocupaba toda una manzana de casas abandonadas no muy lejos del paso a nivel del ferrocarril y al otro lado de la carretera de un vertedero de sillas y sofás decrépitos, neumáticos usados, botiquines viejos y cualquier otro objeto caduco que se os pudiera ocurrir. Las obras expuestas en el museo eran en su totalidad viejas muñecas y maniquís o distintas partes de estos. Estas simulaciones humanas habitaban tanto los espacios interiores de cada casa abandonada como sus patios delanteros. Tras cualquiera de las ventanas, normalmente rotas, de las casas en esta parte de Mechanic Street, se podía ver un maniquí entero (en ocasiones vestido o parcialmente vestido, y en ocasiones no) o al menos alguna parte de un maniquí, como un antebrazo delgado y una mano pegados con masilla al marco interior de la ventana. Además, algunas de estas ventanas exhibían una muñeca colgando por el cuello como de un cadalso, o solo la cabeza de la muñeca colgando de un cable.

Esta comunidad de muñecas y maniquís también sesteaba por los porches de madera o los escalones que subían a los porches, y en ocasiones asomaban la cabeza desde los entresuelos expuestos de una serie de casas abandonadas. Más interesantes resultaban las muñecas y maniquís que habían dejado sentados en viejas sillas o sofás del vertedero del otro lado de la calle. Las muñecas se recostaban torcidas en sillas que eran siempre demasiado grandes para ellas, mientras los maniquís estaban echados en posturas torcidas sobre los sofás sin cojines. Nadie había reclamado jamás la autoría de este museo, que había adquirido una fama modesta tanto en publicaciones locales como en revistas de arte distribuidas por toda la nación. Aunque muchos lo habían intentado, nadie había sido sorprendido in fraganti aumentando su exposición, llenando las casas de Mechanic Street y sus patios con más muñecas y maniquís inmóviles y reemplazando los que ya estaban demasiado dañados, bien por vándalos o por los elementos, para permanecer en la exposición.

Como expliqué antes, Mary Dreller había sido arrastrada a la zona de Mechanic Street cuando salió para tomar el almuerzo fuera de la oficina. Nadie en la empresa advirtió que no había apagado su ordenador y asumieron que, de forma parecida a Barry Edwins, se marchó del trabajo pronto ese viernes. No fue hasta más tarde esa misma noche cuando su esposo informó a la policía de su desaparición. Por supuesto, la policía jamás encontraría a Mary, pero solo puedo deciros (quienquiera que seáis o creáis ser) quién la encontró y dónde la encontró.

Ocurrió unas horas después de la puesta de sol (en la zona horaria del Este), cuando un par de vagabundos, ambos borrachos y trastornados, pasaban por el Museo de Mechanic Street. Habían recorrido esta zona antes y no se sentían intimidados por su peculiar decoración. Todo lo contrario, de hecho. Se pararon delante de una casa donde la cabeza de una muñeca los observaba desde la ventana del ático en lo alto y allí se aposentaron a ambos lados de un sofá colocado cerca de la acera. Entre ellos había un maniquí femenino completamente vestido y sentado en una postura elegante, aunque la cabeza estaba girada hacia atrás por encima del respaldo del sofá. De todos los maniquís que estos vagabundos habían visto alguna vez mientras holgazaneaban por los alrededores, este era el que más se acercaba a parecer un ser humano.

—Debe ser nuevo —dijo el primer vagabundo.

—Sí —dijo el otro—. Pero (buuurrp) mira su cara.

A pesar de lo borrachos y trastornados que eran estos individuos, incluso ellos advirtieron el fallo en este muñeco de escaparate. Para empezar, el rostro no mostraba la habitual expresión de sosa beatitud, al contrario, estaba totalmente contorsionado; era el rostro de algo congelado en un momento de pánico.

—Me apuesto lo que sea a que podemos sacar algo de esa ropa —dijo el primer vagabundo al tiempo que manoseaba de arriba abajo el cuerpo del maniquí con sus sucias manos—. Incluso lleva medias.

—Quitémosle la ropa —dijo el otro.

Mientras los vagabundos procedían a desvestir al maniquí, aún se asombraron más al descubrir que también llevaba ropa interior. El primer vagabundo se puso a hablar al maniquí, llamándolo Daisy, y luego el otro vagabundo se unió a la fantasía. Y una cosa llevó a la otra… y para cuando Daisy estuvo desnuda del todo, los vagabundos habían tumbado a la falsa dama sobre el sofá y comenzaron a turnarse sobre ella. Esa noche brillaba la luna llena sobre Mechanic Street y estos vagabundos, como era evidente, tenían ganas de liarla un poco, aunque el objeto de deseo fuera solo un maniquí, por muy fácil que pudiera confundirse, como había ocurrido durante años, con un ser humano.

Entonces uno de los vagabundos de repente se apartó de un salto del maniquí tumbado y retrocedió a trompicones con los pantalones bajados hasta los tobillos.

—Sus ojos —dijo—. Me… me estaban mirando.

El otro vagabundo, tras subirse la bragueta, se acercó a la cosa tirada sobre el sofá sin cojines.

—Oh, Dios mío —gruñó.

Entonces ambos vagabundos, tras arrastrar el maniquí a la acera, se dedicaron a saltar sobre su cara y a golpear el cuerpo con un trozo de tubería de metal que había tirado en el suelo. Lo que encontraron dentro del maniquí resultó ser incluso más perturbador que los rasgos torcidos o los ojos que los miraban. Y es que, por debajo de la escayola exterior, había todo un conjunto anatómicamente correcto de órganos corporales, a pesar de que estos también parecían estar hechos con materiales artificiales. Si los vagabundos hubieran estado en sus cabales, o si hubieran tenido cabales, habrían podido racionalizar que aquella figura

horripilante era un modelo creado para ser usado en la Facultad de Medicina, que se encontraba a tan solo unos cuantos kilómetros de allí. En lugar de eso, continuaron dando palos a aquella cosa antinatural, especialmente al rostro, hasta que no quedó nada más que un montón de trozos de escayola. Incluso dejaron las ropas allí cuando huyeron jadeantes y a trompicones del Museo de Mechanic Street.

Mientras el episodio con Mary resultó todo un éxito, aunque le faltaba algo de imaginación (ya había usado el tema del maniquí cuando liquidé a Perry Stokowski), la satisfacción que me produjo esta escena grotesca quedó empañada cuando no logré localizar a Richard. Siempre había tenido intención de que él fuera el último de los Siete sobre el que recayera mi ira. Ahora estaba empezando a preocuparme de que algo fuera mal. Visiones de un doctor con enormes guantes blancos me perturbaban la mente (admitámoslo) irremediablemente perturbada. Dejé un mensaje de TRABAJO NO ACABADO en la grabadora de mensajes tanto de casa de Richard como de su móvil. Pero Richard no iba a responder, lo sabía. Olvídate, me dije. Tú (y tú era yo) deberías estar prestando atención ahora a la penúltima persona de la lista…

Kerrie

La encontré un poco después de la medianoche. Tenía el coche aparcado delante de un club que (gran sorpresa) ofrecía sus servicios a clientes con impulsos sadomasoquistas.

El club, que no exhibía ningún cartel que delatara su nombre o naturaleza, estaba ubicado en el distrito de almacenes que quedaba no muy lejos del río, y se había montado en un viejo edificio destartalado que en el pasado podría haberme parecido una ruina apropiada para mis reflexiones y mi cámara. Pero este edificio estaba iluminado con un resplandor rojo brumoso, un local privado en medio de ninguna parte, junto a una carretera sin farolas llena de baches y bajo un cielo que, al menos para mí, estaba repleto de esas constelaciones oscuras que provocaban un apagón de todas las estrellas allá arriba. Y después de las prácticas diseñadas por mí mismo para Kerrie, el cielo todavía se volvería más oscuro.

A pesar de la temática sadomasoquista que explicaba la existencia del club, su decoración no tenía nada de mazmorra secreta, nada que lo diferenciara como palacio del dolor y la humillación. Habían colgado unas cuantas calabazas y calaveras sobre la barra anticipando la próxima festividad de Todos los Santos, aunque en cualquier otro aspecto parecía un salón de barrio pasado de moda. Como la empresa en la que había estado empleado, el propietario de este negocio estaba obviamente dedicado al principio estándar de los negocios de ofrecer a su clientela lo menos posible (unas pocas mesas y sillas, unos cuantos taburetes inestables junto a la barra) por el máximo precio (un recargo desorbitado y bebidas a precios escandalosos extraídas del fondo de sus respectivos barriles). Incluso este supuesto paraíso para los pervertidos, para los extraños, funcionaba siguiendo el objetivo dominante del comercio; siempre aspirando al ideal fiscal de todo para ellos, los comerciantes y los liquidadores del mundo, y cero para… bueno, todo el mundo era «ellos» para mí ahora, al menos en el sentido de que ni las cuestiones corporativas ni tan siquiera las *corpóreas* eran ya mi problema.

O eso me dije a mí mismo, a pesar de que no era yo el que poseía una visión general del asunto… y en algún lugar en la oscuridad de aquella noche de octubre, Richard seguía escondido de mí en algún punto oscuro donde no pudiera encontrarle, como había hecho sin dificultad al rastrear a Kerrie hasta este antro. Y necesitaba encontrarlo (para acabar mi trabajo) antes de que todo se convirtiera en un enorme mundo de oscuridad. Sin embargo, seguía creyendo que mis cálculos eran correctos; el daño que me correspondía hacer a mí estaba asociado a una tasa fija. Y todavía me quedaba el suficiente capital en mi cuenta de existencia mundana para completar la tarea que había comenzado; ninguno de los Siete (ni yo mismo) volvería a ver otro amanecer; ninguno de nosotros reclamaría esa hora que nos habían robado por el ahorro horario de la primavera anterior y que no estaba programado que nos la devolvieran hasta aproximadamente otras veinticuatro horas más o menos. Pero ¿qué era una hora… un día… un año o diez? Siempre había un montón de tiempo para lo peor. Todo el mundo es lo bastante mayor para enfrentarse a su destino.

Y así ocurrió con Kerrie Keene.

Acababa de entrar por la puerta y en una mano llevaba una bolsa de cuero que no era un bolso. Llevaba su atuendo habitual, se contoneó hasta el final de la barra y se apoyó sobre ella para preguntar al barman:

—¿Está el Cubo ya aquí?

—Te espera abajo —dijo el barman al tiempo que lanzaba a Kerrie una llave que colgaba de un disco de plástico rojo.

Kerrie caminó hacia una entrada con cortina que conducía al piso de abajo, el cual era un complejo de habitaciones habilitadas como motel subterráneo… y bastante barato, por cierto. Tras avanzar por varios pasillos, girando a izquierda aquí y a derecha allá sin la más mínima vacilación, se paró frente a una puerta y entró.

Al otro lado había una pequeña habitación vacía que estaba iluminada con la misma luz roja brillante que iluminaba la barra de arriba y los pasillos de abajo. En las sombras de un rincón de la estancia había un hombre bajito y regordete arrodillado y con la cabeza baja, como si estuviera rezando. Ni siquiera levantó la mirada cuando Kerrie lanzó la bolsa de cuero al suelo y se quitó la chaqueta deportiva revelando dos brazos flacuchos que salían de una camiseta sin mangas.

—Hola, Cubo —le dijo al hombre que estaba en el rincón, que siguió sin alzar la mirada—. Te he traído algo especial para ti esta noche.

«Cubo», conocía ese término por investigaciones previas (siempre había sido muy exhaustivo en mi trabajo): era un pseudónimo que para Kerrie, y para la mayoría de aquellos en la escena del SM, era una forma corta de Cubo de Basura Humana. Pero antes de que Kerrie pudiera empezar a usar este receptáculo viviente, llenándolo de esa clase especial de desperdicios que había llevado esa noche, advirtió que algo no iba bien: el Cubo parecía haberse quedado rígido como una estatua. El hombrecillo regordete y desnudo no estaba pronunciando ninguna de las palabras habituales de adoración y sumisión que Kerrie solía oír en este punto del ritual. Recorrió la estancia y propinó varios tortazos, tanto con el dorso de la mano como con la palma, en la cara rechoncha del Cubo. Pero no obtuvo respuesta de la figura que seguía en la misma posición de rezo silencioso.

Entonces se abrió la puerta y yo entré en la habitación con mi atuendo negro, incluyendo una máscara de cuero con cremallera en la cabeza.

—Te has equivocado de habitación, Hombre Enmascarado. Date el piro.

El Hombre Enmascarado permaneció heroicamente en silencio y muy rígido, mirando a Kerrie a través de un par de agujeros para los ojos ribeteados con unos gruesos pespuntes casi quirúrgicos. Luego metió la

mano en el bolsillo y sacó algo pequeño y circular y a continuación lo lanzó a las manos de Kerrie. En cuanto ella fue consciente de que se trataba de un rollo nuevo de sellos, se movió hacia su chaqueta deportiva, que antes había producido un golpe metálico cuando la tiró al suelo. El Hombre Enmascarado fue más rápido que Kerrie y la empujó contra la pared, asegurándose de no hacerlo con demasiada fuerza, antes de que ella pudiera sacar el arma. Luego el Hombre Enmascarado se movió a toda velocidad y sacó el arma de la chaqueta de Kerrie.

Era una Glock.

Y me sentía muy a gusto con ella en la mano cuando quité el seguro y apunté el cañón a la cabeza de Kerrie. Ella había pegado el cuerpo a la pared de bloques de hormigón, de pie como si estuviera ante un pelotón de fusilamiento. Así es como me había imaginado al principio que haría mi trabajo. Si no hubiera sido por… ¿el papel? Estaba asqueado de estar mentalmente acosado por lunas de papel y platos de papel, productos de papel de todas las clases, tanto figurativa como literalmente. ¿Por qué no podía penetrar esos puntos oscuros y recordar? Todo habría sido mucho más fácil, mucho más rápido y mucho menos grotesco para todos los involucrados si las cosas hubieran salido según el plan. Incluso ahora estaba tentado a descerrajar todo el cargador de la pistola en el cuerpo de Kerrie y no ahondar más. Pero ya tenía otros planes preparados. Había sido exhaustivo, como siempre, en mis investigaciones.

—¿Sabes por qué se llama el Cubo? —pregunté a Kerrie.

—Vete al infierno. ¿Por qué no disparas de una vez?

—Te pregunté si lo sabes, si *realmente sabes* por qué se llama el Cubo.

—Finge que es un cubo de la basura. Come… come cualquier cosa que le metas en la boca. Se lo traga y suplica más.

—Hazme el favor de moverte más cerca del señor Cubo —dije al tiempo que señalaba la figura paralizada en el rincón—. Más cerca, Kerrie. Justo pegada a su cuerpo, como si estuvieras montando a caballito en él. Ahí, ya estás bastante cerca.

—¿Bastante cerca para qué? —preguntó ella, con un satisfactorio temblor de miedo en la voz.

Entonces puse en marcha mi plan… y el cuerpo de Kerrie comenzó a fundirse con el de él. Ella forcejeó. Incluso gritó. Pero aquel no era un lugar donde fueran a tomarse en serio los gritos, como es de suponer. Además, la puerta era gruesa y estaba cerrada con llave. Continué mi

conversación con Kerrie con un monólogo, porque ella se hundía con rapidez en la carne fofa del hombre y había empezado a ahogarse en su propio horror.

—Tienes razón sobre el señor Cubo. Come cualquier cosa que tú, o alguien como tú, ponga en su boca. Pero también come otras cosas. No es solo un cubo de la basura, Kerrie. Lo que nunca supiste sobre el señor Cubo es que no solo tiene una vida secreta que vive en lugares como este. También tiene una vida secreta *secreta* que jamás te la habría confesado. Por la noche es el cubo de basura humano que conoces, pero que probablemente no ames. En una noche aún más oscura de su alma, el señor Cubo es… él es, bueno, no creo que haya una forma sutil de decir esto. Es un caníbal. Y pronto él y tú vais a ser un solo ser… tu cerebro estará enterrado dentro de su cerebro, tu sistema nervioso estará integrado en el suyo y tus deseos estarán vinculados a los de él. Por desgracia, se te negará cualquier control muscular. Existirás como un organismo parásito en su interior. Como una tenia, si lo prefieres. Pero él no te sentirá. Continuará comiendo como sabes que come siempre. Y sabrás que estás comiendo las mismas cosas. También sabrás que estás comiendo lo que nunca sabías que él comía. Hay otros como él y están conchabados. Sobre todo consumen personas sin techo que caen inadvertidas junto a la acera. En ocasiones les ayudan un poco en su día a día. En pocas ocasiones comen alimentos vivos. ¿Conoces la palabra que los caníbales que ocuparon en el pasado las islas del Pacífico Sur usaban para referirse a un «ser humano»? Se traduce por «la comida que habla». El señor Cubo y otros de su especie viven para comer. Sé que nunca fue tu estilo, Kerrie, pero a partir de ahora lo será… durante todo el tiempo que el señor Cubo viva. Y ¿sabes qué?: él incluso está preparándose de manera especial con sus compañeros caníbales para el día en el que esté demasiado muerto para masticar su comida. Parece ser que su última voluntad, no me preguntes por qué, es que cuando muera sea enterrado desnudo en un terreno secreto. Después de que sus vidas de devoradores acaben, su último deseo es convertirse en comida para otras formas de vida. Es bastante espiritual, ¿no crees? El gran ciclo de la vida y todo eso. Por supuesto, el mero hecho de que el señor Cubo esté muerto no significa necesariamente que tú mueras con él. Tú eres mucho más joven, así que estás mucho más sana (a pesar de tu trastorno de anorexia) que él. Supongo que el pequeño parásito en su interior sobrevivirá a su cuerpo durante cierto periodo de tiempo, aunque no sabría decir cuánto durará.

¿Puedes oírme aún, Kerrie? Estás hundiéndote en él tan rápido… Es casi como si no vieras la hora de estar ahí dentro. Aguza el oído si quieres oír más.

Pero ella ya se había ido. Y yo también.

—Despierte, señor Cubo —dije al hombre en el rincón justo antes de abandonar la habitación.

4

Tras dejar a Kerrie y al señor Cubo en aquella habitación parecida a un cobertizo, envié mi último mensaje a Richard (TRABAJO NO ACABADO, en caso de que lo hubierais olvidado), usando todos los medios de comunicación posibles, incluyendo el perro ladrando en el patio trasero junto a la casa de Richard, unas cuantas palabras con el desodorante blanquecino en el espejo de su cuarto de baño e incluso la telepatía, que sabía desde el principio de toda esta saga atroz que no era mi fuerte. Pero, de nuevo, no logré levantarlo por medios inalámbricos. Y seguía sin poder localizar su posición en mi radar.

Las calles estaban ahora tan mortalmente oscuras que era incapaz de encontrar mi camino a pie. Incluso cuando pasé a viajar por medio de caminos secundarios espectrales a los que tanto me había aficionado en los últimos tiempos, descubrí que ya no podía dominar estos caminos. Todas las rutas que conocía parecían haberse convertido principalmente en una serie de callejones sin salida. Me sentía como si estuviera intentando abrirme camino por un laberinto que no me conducía donde yo quería ir, sino donde él quería que yo fuera. Y cuando por fin llegué a lo que creía que era el camino a la libertad, descubrí que todavía no estaba fuera del laberinto, sino en su mismísimo centro. Y ese centro era la antigua habitación de reuniones que estaba fuera del espacio de la empresa, a pesar de estar profundamente dentro del mundo de Richard el Minotauro.

Recobré la apariencia mundana y abrí la puerta de la habitación. Aunque siempre había estado en penumbra, el lugar nunca me había parecido tan oscuro como en aquel momento. Sin embargo, me aventuré dentro y recorrí la estancia en forma corporativa. Caminé hacia la mesa en

forma corporativa. Y en forma corporativa tomé el asiento a la mesa donde, en el lado opuesto, estaba sentado Richard.

—Me alegro de que hayas llegado —dijo.

—No creo que tuviera mucha capacidad de elección.

—Pero es aquí donde quieres estar. Ya nada más importa.

—Me alegro de que te hayas resignado a los hechos.

—¿Lo dices porque estás aquí para cometer un acto terrible?

—El peor de todos —dije, aunque no con tanta convicción como me habría gustado.

—El peor, estoy seguro. Y todo porque hice que te sintieras mal. Eso lo confirma: no has aprendido nada… Y después de todo lo que has pasado.

—Las ilusiones no mueren con tanta facilidad. Lo que haya aprendido no importa en realidad. Sigo siendo Domino mientras tú existas.

—Quieres decir mientras *tú* existas.

—Eso es cierto. Dijiste que sabías que yo no era un hombre muerto.

—Oh, eso fue solo un poco de trabajo detectivesco.

—Entonces, ¿por qué no fue realizado por detectives de verdad?

—Porque ellos no sabían lo que yo sabía. Desde un principio te consideraron sospechoso de la muerte de Perry… Antes de que me olvide: ¿por qué las manos de maniquí? Fue un detalle de lo más escabroso.

—Me pareció apropiado. ¿Qué importa? Está bien, no sabía hasta dónde podía llegar por aquel entonces. Ahora dime qué es esa cosa que los detectives no sabían.

—Fue lo que supusieron. Al analizar lo que ocurrió con Perry, pensaron, como es natural, que estarías por ahí suelto como uno de esos asesinos a lo Mad Dog. ¿Cómo iban a saber que estaban errando totalmente el tiro en este caso? Cuando comprobaron las compras de tu tarjeta de crédito el día que estabas… el día que dimitiste, como era natural se centraron en tu visita a la armería. No consideraron importante que más tarde tú compraras unas cuantas cosas en esa tienda de material de oficina, aunque sí que me preguntaron si *yo* pensaba que ese detalle tenía importancia. Yo me limité a encogerme de hombros con gesto inocente.

Debí lanzar a Richard la mirada de mayor incomprensibilidad del mundo cuando comenzó a hablar de la tienda de suministros para oficina. Recordaba haber comprado las armas; recordaba haber comprado la ropa.

De repente recordé estar de regreso en mi apartamento esa noche; lo confundido que estaba y qué terriblemente desgraciado me sentía porque no sabía si estaba vivo o muerto. No creía que tuviera la fuerza de coger una hoja de papel… y la idea del papel me dejó un eco escalofriante en la mente.

—¿Lo comprendes ahora? No eras capaz de recordar que compraste esos fajos de papel —continuó Richard—. Es extraño cómo se bloquean algunas cosas en tu cerebro.

—¿Y qué podrías saber tú sobre eso?

—No tanto como tú, estoy seguro. Pero ahora ya he captado tu interés, ¿verdad? Así que vas a escucharme cacarear sobre cómo deduje lo que le ocurrió al pequeño Domino.

—No tengo que escuchar nada —dije, al tiempo que sacaba mi Cuchillo de Caza para Desollar Ciervos y lo colocaba sobre la mesa.

—Vaya. Menudo cortador de manos. Hay algunas personas a las que les gustaría usarlo contra mí. ¿Acaso piensas que eres el único que tiene cuentas que saldar? No es cuestión de si el castigo se ajusta al crimen, ¿verdad? No para cerdos como nosotros. Es solo una cuestión de sacar ese dolor fuera de tu organismo… y metérselo dentro a otro. Es un mundo oscuro. Nada más que oscuridad. ¿Y de quién más si no nuestro es el asunto de lo que ocurre en la oscuridad?

Yo quería mostrarme calmado y amenazador. Quería ser una criatura ansiosa por matar, un monstruo capaz de todas las locuras. Quería hacerle cosas a Richard que harían que el sol se congelara aterrorizado. Pero no podía evitar seguir su guion.

—Naturalmente tengo mis momentos de confusión sobre qué soy, en qué me he convertido. Pero no esperaba sorprenderme a mí mismo preguntándome qué demonios eres *tú*.

—¿Yo? —dijo Richard—. Soy una persona exactamente como tú. Bueno, no exactamente como tú. Tú eres un hombre milagroso. No lo sabías. Una maravilla de la medicina. Como estaba diciendo, en cuanto se confirmó tu presencia en la tienda de suministros de oficina, solo quedaba comprobar en los periódicos locales si alguna otra cosa de interés había ocurrido por los alrededores esa noche.

Mientras Richard pronunciaba estas palabras, un ruido ensordecedor se desató en mi cabeza. El sonido de choques y aplastamientos, de metal y

huesos y gritos y gritos y más gritos. Y luego el sonido de un rugiente río negro.

—Fue un autobús, Frank. El último de la línea esa noche. El conductor quedó exonerado, por si te interesa. Te lanzaste como un enorme pájaro negro justo delante de él, como declararon varios testigos a los agentes en la escena. Quedaste literalmente hecho pulpa, irreconocible como ser humano, no digamos como alguien en concreto… sobre todo porque no llevabas encima ninguna identificación. Eso no fue muy inteligente.

—Entonces *soy* un hombre muerto —me dije en voz alta a mí mismo.

—Todos los que vieron aquel accidente espantoso así lo pensaron. Algunos dijeron que no sabían qué era peor: si ver tu cuerpo totalmente aplastado y torcido por lugares donde no debería torcerse… o descubrir que seguías vivo. En coma, pero vivo. Te visité unas cuantas veces. Por supuesto, no había (lo siento, *no hay*) nada que ver más que un montón de vendas. Y un montoncito de eso, sangre filtrándose a través de las gasas. Pero la parte más fascinante eran las ondas cerebrales que marcabas en el electroencefalograma. Antes de que yo llegara allí, no creían que sirviera de nada conectarte a la máquina de EEG. Pero puedo hacerme pasar por un médico bastante convincente cuando me lo propongo. Les dije que era un especialista y que había visto casos similares a este con anterioridad. Deberías haber visto las expresiones en sus caras cuando la línea del monitor comenzó a sacudirse y a saltar por todas partes. Ahí fue cuando supe que ibas a ser un problema para mí.

—¿Cómo podías saber eso?

—Es una extraña pregunta viniendo de ti, Domino. También podría preguntarte cómo supiste hacer las cosas que hiciste. No te estoy pidiendo detalles. Escuché la voz de Chipman cuando describió la oficina de Sherry Mercer. Vio algo allí dentro que no quiero saber *jamás*. Y eso sin tener en cuenta qué fue del propio joven. Ya fue bastante malo recibir esos mensajes de «trabajo no acabado» siempre que alguien del grupo acababa de desaparecer. Pero sabía en qué me estaba metiendo cuando te contraté. A ti y al resto de ellos. Pero eras tú, Frank. Tú eras el más oscuro del grupo. Pude verlo en ti desde el principio. Créeme, sé todo sobre ello. Nosotros (todos nosotros) somos la oscuridad de la que los sueños están hechos. No estoy afirmando que yo sea especial en ningún aspecto. No hace falta nada más que una mirada clara para ver lo que hace que el mundo gire. Yo lo he sabido desde que era un niño. ¿Era mi culpa que me

gustara mirar las sombras hasta que comenzaban a mirarme ellas a mí? ¿Que realizara pequeñas operaciones con animales callejeros? Quería de verdad ser médico en esa época de mi vida. Pero cuando metía las manos dentro de esas criaturas nunca esperaba notar lo que en realidad había ahí dentro. No fue hasta más tarde cuando supe que lo que había sentido dentro de ellos estaba también dentro de mí… que dentro no había nada más que esa oscuridad. Pensé en suicidarme… pero no era esa la salida que tenían reservada para mí. Aquello tenía otros planes para mi vida y yo no podía hacer nada más que llevarlos a cabo. Son los de mi clase los que estamos a los mandos de este mundo, pero no solicitamos ese puesto. La mayor parte del tiempo creemos que estamos cumpliendo nuestras propias agendas, que seguimos instrucciones que proceden de nuestros cerebros… o «de arriba», casi nunca de abajo, excepto tal vez en esos ejemplos estrictamente legendarios en los que algún pobre idiota cree que ha hecho un pacto con el demonio. Qué sarta de tonterías. No busco tu comprensión, Frank. ¿No sería eso una locura? Solo quería que supieras que tengo alguna idea de lo que has estado haciendo, por no decir tramando, estos últimos días. Lo que pasó contigo fue extraño, pero no creo que fuera un accidente. La mayoría de la gente no tiene ni idea de lo que ocurre en este mundo. Pero tú sabes cómo es. Les gusta el miedo, la perturbación, el conflicto y todas esas cosas que tan bien les vienen a esos individuos que venden ese tipo de cosas… por no hablar de todos los que miran desde la barrera y cuyo feliz propósito en la vida es simplemente mirar desde fuera el escaparate de la tienda de torturas de la vida. Quería que supieras que yo también sabía eso. Esto es todo lo que tengo que decir. Así que ahora ¿qué?

—Últimamente se me da muy bien inventar algunos destinos peores que la muerte. ¿Qué tal uno de esos? —dije. Pero mis palabras me sonaron vacías incluso a mí. Yo seguía asustado, no del propio Richard, sino de lo que había dentro de él, de lo que había estado usándolo, y a mí mismo, como organismos obedientes para acometer los actos más salvajes y siniestros.

—Puedes hacerme lo que quieras, claro que sí —dijo—. Pero a menos que esté completamente desconectado de todo, has llegado aquí a duras penas. Y me miras como si estuviera envuelto en una niebla negra. ¿Crees que puedes hacerme lo que quieras y continuar hacia tu siguiente parada?

Y es allí hacia donde todo esto te conduce, ¿no es cierto? Venga, no puedes mentirme.

Por supuesto, tenía razón. No podía mentirle. Pero no vi la necesidad de mentirle.

—Creo que tienes razón, Richard. Lo que me pasó no fue un accidente. Y no acabará hasta que el conteo de cuerpos que tengo asignado quede completado. Erais siete.

—Correcto. Y ya te has llevado a siete. No pensaste en Chipman, ¿verdad? Nunca dejó mucha huella en nadie. Pero fue el bufón que planté en la cubierta. Si desperdicias conmigo la poca luz que te queda jamás llegarás donde quieres ir. Es una elección terrible la que debes hacer. Estoy seguro de que te gustaría entrar en la negrura de mi interior y danzar ahí dentro con ese cuchillo enorme que llevas. Ese es realmente el tipo malo y los dos lo conocemos. Esa sustancia negra. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Solo somos dibujos pintados en la oscuridad. Vete y sálvate, Domino, si salvarte todavía te importa algo. Si te digo la verdad, estoy harto de todo esto. Puedes hacer lo que quieras.

Sospeché que las palabras de Richard solo eran parte de una actuación para salvarse. Estaba seguro de eso cuando me preguntó:

—Por cierto, ¿qué ocurrió con ese documento de tu idea, tu plan especial? Solo por curiosidad. No es que tenga esperanzas de verlo.

Me encontraba en una posición que me frustraba más allá de lo que podía soportar. El peor de los cerdos era el que tenía que dejar marchar. Parecía que me habían vencido, mientras que él seguiría floreciendo.

—Te digo esto, Richard. Vigila la pantalla de tu ordenador. Pronto te enviaré algo.

Tras decir esto, volví a guardarme el cuchillo en el bolsillo y comencé a arrastrarme por las franjas de oscuridad que me conducirían solo a un lugar: a una habitación pequeña.

5

Ahí estaba aquella madeja de vendas ensangrentadas. La máquina de EEG seguía activa, reflejando alarmantes subidas de actividad cerebral y

brillando con una misteriosa incandescencia. Solo gracias a las luces de colores de los aparatos médicos de la habitación podía ver algo. Parecía una momia de alguien con todos los miembros parcialmente amputados. Unos tubos salían de un muñón de vendajes que en otro tiempo fue un brazo completo, así como de los vendajes que sugerían una cabeza informe debajo. Un catéter sinuoso salía por debajo de la sábana y goteaba en una bolsa de plástico colgada en un lateral de la cama.

En el mostrador de las enfermeras, al final del silencioso pasillo, había un tablón de anuncios en el que había clavado un recorte de periódico que se refería a este paciente: el informe inicial del accidente (con un diagrama), la investigación del historial vial del tipo al volante de ese autobús, la terrible revelación de que la víctima todavía vivía a pesar de los graves traumatismos que sufrió durante el incidente, y un artículo que anunciaba que «la investigación continúa», y en el que se pedía a cualquiera que pudiera aportar información que ayudara a identificar al hombre que yacía en coma en el Memorial Hospital. A cierta distancia de su cuerpo, se encontró una montura de gafas de alambre doblada que tal vez perteneció al hombre desconocido, pero los cristales, o bien se habían soltado, o se habían perdido entre los restos destrozados del accidente.

Y tú tenías razón, Richard. No fue un accidente en absoluto. Mientras miraba ese resto de cuerpo humano, al fin pude recordar qué había sucedido.

Cuando corría de regreso a la tienda de suministros de oficina para recoger los paquetes de papel que había olvidado, estaba muy preocupado con la declaración, Mi Último Testimonio, que finalmente ocuparía esas páginas en blanco y la escupiría por la bandeja de la impresora en mi apartamento. Pero lo sustancial de este documento todavía seguía confuso en mi mente, su mensaje era frágil y sin fuerza, y su tema trivial: «Hicieron que me sintiera mal», parafraseando tus propias palabras, Richard, «así que compré unas armas y los maté a todos». Tal testimonio, por muy detallado y largo que fuera, simplemente no funcionaría. Fui consciente de eso cuando corría por la acera para regresar a la tienda de material de oficina antes de que cerrara. Y también supe que no se me ocurrirían palabras de mayor peso o razón cuando llegara a casa. En una milésima de segundo me sentí asqueado con la idea de estar sentado ante la pantalla del ordenador tecleando el mismo mensaje una y otra vez con tan solo mínimas variaciones en el tema de «ellos me hicieron sentir mal,

así que compré algunas armas y los maté a todos». No había nada en tal testimonio más que mi propia humillación, mi propio ridículo y mi autoinculpación. Cualquiera que lo leyera habría pensado: «Qué inútil pedazo de desgraciado. Y qué pena por esas siete personas». Redactar ese testimonio, acometer ese acto, no habría supuesto ninguna salvación para mí.

Pero entonces vi mi salvación bajando a toda velocidad por la calle en forma de un autobús que se dirigía a las afueras. Apresuré el paso. Corrí hacia la única salvación que tenía a mi alcance. Y lo cronometré a la perfección.

Al matarme sentía que también estaría matándoos a todos vosotros, matando cada cuerpo malo de este mundo. Para mí, en esos momentos, todos los cerdos de este espectáculo de marionetas del mundo morirían cuando ese autobús me embistiera. Todo suicidio es un homicidio (o muchos homicidios) frustrado. Mi ira, mi imperio interior de odio asesino, jamás había sido tan intensa como en ese momento justo antes de ser arrollado por aquel autobús. Pronto mi testimonio sería creado, no con palabras, sino con la acción violenta, que es lo único que captaba la atención de la gente, aunque solo fuera durante uno o dos días. Y el tema de mi testimonio: «A quien corresponda: Por la presente me niego a ser un cerdo que vive en un mundo de cerdos construido por cerdos y que pertenece solo a los cerdos. Este cerdo ha sido alimentado con ambiciones cerdunas, con planes cerdunos y, sobre todo, de miedos y obsesiones cerdunos. Por lo tanto, cedo mi parte de este estado a mis herederos en el reino de los cerdos».

Esto podría parecer el final de todo. Nunca sospeché que iban a usarme aún más. Nunca sospeché que había un orden de las cosas superior (aunque no exactamente «grande»). No consideré ni por un segundo que continuaría sufriendo la manipulación y la conspiración… que me convertiría en el instrumento de mayores manipulaciones y conspiraciones, y que durante todo el tiempo me mantendrían a oscuras sobre lo que en realidad estaba pasando, sobre lo que debería haber sido el verdadero tema de mi Último Testimonio, como ahora intento presentároslo a vosotros, aunque nunca os vayáis a beneficiar de él. La gente no sabe y no puede enfrentarse a las cosas que ocurren en este mundo, pesadillas secretas que sufren millones todos los días… y la insoportable paradoja, la pesadillesca obscenidad de ser algo que no sabe

lo que es y que, sin embargo, cree que sí lo sabe, algo que de hecho no es nada más que una partícula diminuta que forma el cuerpo del Gran Cerdo Negro Que Retoza en un Gran Río de Negrura, que ante nosotros aparece como amaneceres y rascacielos, como todos los eventos encadenados del pasado y el hecho de desencadenarlos en el futuro, como cumpleaños y funerales, como satélites y móviles y cohetes lanzados al espacio, como naciones y pueblos, como las leyes de la naturaleza y las leyes de la humanidad, como familias y amigos, como todo, incluyendo estas palabras que escribo. Porque este documento, este supuesto Último Testimonio es solo una transcripción de incidentes destinados al cubo de basura de lo inverosímil. Y con razón. Estos incidentes son en esencia muy parecidos a cualquier otro en el mundo: ocurrieron en una secuencia concreta, fueron observados y en ocasiones documentados, pero al final no tienen importancia, ni sentido, ni significado, al menos tal como yo (y tú y tú y tú) imagino estos conceptos vacuos.

Lo único que me queda a mí, a mi cuerpo comatoso que yace en una habitación de hospital en penumbra, es poner fin a la cosa que hay bajo esos vendajes. Estoy seguro de que se me permite hacerlo. Mi trabajo por fin ha acabado. Pero tras haber pasado por todo esto para construir este testimonio, no puedo resistirme a la extraña tentación de vomitarlo todo a la multitud. Le dije a Richard que le enviaría algo a su ordenador, aunque no será la documentación de la idea de Nuevo Producto, la cual destruí tanto en formato digital como en papel. Y por poca que sea la satisfacción que puedan sentir los detectives White y Black, también les enviaré una copia a ellos, para que puedan comparar las huellas dactilares en el mango de este cuchillo que sujeto sobre mi cuerpo con las huellas que les esperan en mi apartamento… y para que así conozcan algo de las atroces maravillas de este mundo. El lunes por la mañana todas las impresoras de la empresa comenzarán a escupir estas páginas sin valor. Quizás esta ocurrencia provoque la mala publicidad que aquellos mercaderes de información enlatada, esos traficantes de datos intentan evitar con tanto ahínco, porque la empresa está ahora luchando por sobrevivir en la arena corporativa. Yo ahora estoy luchando por morir. Eso es lo único que importa.

No me arrepiento tanto por haber aniquilado a siete personas como por el hecho de que jamás recobraré esa hora perdida que me arrebataron hace

seis meses. No quiero excusar mis actos y no suplico ningún perdón o indulto por las vidas que he eliminado.

Yo los maldigo a todos *ellos*.

Estas son las palabras de un cerdo que solo busca su propia matanza bajo la hoja cortante y serrada de un Cuchillo de Caza para Desollar Ciervos.

Yo me maldigo a *mí mismo*.

Fui débil y tenía miedo… y terminé convertido en un arma letal blandida por una mano oscura que ni tan siquiera yo (ni nadie) veré jamás.

Yo *lo* maldigo.

Recuerdo la maravillosa sensación al morir esa pequeña muerte de aquella cucaracha en mi apartamento. Solo espero reconocer esa sensación con toda su fuerza cuando llegue el momento y el río se abalance dentro para ahogarme en su negrura. Quizás a un cerdo que finalmente ha acabado su trabajo salvaje se le permita al menos eso. No veo la hora de abrir y entrar en la tierna carne de mi última víctima y con un simple tajo matar a dos.

No veo la hora de estar muerto. No puedo esperar.

Ya no tengo miedo.

TENGO UN PLAN ESPECIAL PARA ESTE MUNDO

El segundo advenimiento de los muertos

Recuerdo haber trabajado en una oficina donde la atmósfera de tensión se había extendido y agravado tanto que uno apenas podía ver más allá de unos cuantos pies en cualquier dirección. Esto provocaba considerables problemas para aquellos que intentábamos realizar las tareas requeridas por nuestros trabajos. Por ejemplo, si por algún motivo debíamos abandonar nuestros escritorios y abrirnos paso a otro lugar del edificio, no era posible ver más allá de cierta distancia, que como mucho eran unos pocos pasos. Fuera de este perímetro limitado (este «capullo de claridad», como me lo imaginaba) todo se oscurecía en una especie de borrón palpitante, un ambiente de agitación en el que la decoración pesada y anodina de las oficinas de la empresa aparecía bastante distorsionada.

La gente se chocaba constantemente en los estrechos pasillos entre los escritorios y en los vestíbulos de techos altos de las oficinas de la Compañía Blaine; así de grave era la situación en aquel lugar, donde la atmósfera de tensión provocaba que cualquier objeto situado a tan solo unos pies se perdiera en un retablo crispado y vaporoso. De vez en cuando se veía pasar cerca una sombra indistinguible, tal vez algo que se asemejaba a un rostro, y que como mucho parecía una máscara de goma. Luego, de repente, te encontrabas chocándote con uno de tus compañeros de oficina. En ese momento la imagen de la otra persona se volvía grotescamente nítida en comparación con el ambiente brumoso provocado por la grave tensión, la agitación increíble que existía en la oficina y que se colaba por todos los rincones, incluso dentro del pequeño trastero y del sótano del viejo edificio de oficinas en el que la Compañía Blaine era la única inquilina.

Después de uno de esos choques entre compañeros de trabajo que ocurrían con tanta frecuencia durante esta época de tensión, cada uno de los involucrados pronunciaba algunas palabras de disculpa al otro. Por supuesto, solo puedo estar seguro de mis propias palabras: siempre eran expresiones educadas de disculpa, daba igual cómo me sintiera en el momento exacto de la colisión. En cuanto a las palabras pronunciadas por

la otra persona, no puedo dar fe de ellas, porque quedaban embarulladas o en ocasiones perdidas en esa misma atmósfera de tensión y agitación que se producía en las instalaciones de Blaine (incluso estando lo más cerca posible, todos los intercambios en una conversación tan solo se escuchaban como mucho a unos pocos centímetros de distancia antes de transformarse en un balbuceo sin sentido o desvanecerse del todo). Pero cualesquiera que hubieran sido estas palabras resultaba irrelevante, porque uno se recomponía de inmediato y salía de nuevo a toda prisa hacia los espacios borrosos de las oficinas de Blaine, intentando sacarse de la cabeza la imagen intensamente nítida que acababa de ver, aunque solo hubiera sido durante un momento fugaz: hasta el más microscópico detalle de ese globo ocular, ese par de labios delineados en exceso (o uno solo de los labios), una fosa nasal llena de pelitos cortos, un nudillo montañoso. Lo que fuera que vieras, solo querías apartarlo de tu mente en cuanto fuera posible. Si no lo hacías, esa imagen de alguna parte de un rostro o cuerpo humano se te clavaba en el cerebro y quedaba asociada al estado ferozmente tenso y agitado en el que todos existíamos, iniciando así una serie de pensamientos y fantasías violentos en relación con ese globo ocular o par de labios, en especial si reconocías a la persona a quien esas partes estaban unidas y podías nombrar el objeto de tu ira asesina.

Hasta cierto punto, las condiciones que he descrito podrían ser atribuidas al sistema de dirección bajo el que se organizaba la compañía. Parecía evidente que los distintos supervisores de departamento, e incluso los altos directivos, operaban siguiendo un mandato que les exigía crear y mantener un ambiente de conflicto lleno de tensión entre los rangos más bajos de la compañía. Si esta práctica era dictada por alguna moda en técnicas de mando o si se circunscribía solo a la Compañía Blaine era materia de especulación. Pero había otra razón, más significativa, de este clima de tensa agitación en el que trabajábamos, una situación que, después de todo, es bastante común en los lugares de trabajo de todas partes. La razón a la que me refiero es esta: la ciudad en la que las oficinas de la Compañía Blaine estaban ubicadas (de hecho, resituadas hacía poco) en otro tiempo había recibido precisamente el nombre de «Ciudad del Crimen». Así pues, no era descabellado pensar que la atmósfera de tensión, de agitación que, en ciertas ocasiones, afectaba de forma tan grave a los espacios del edificio en el que la Compañía Blaine era la única

inquilina, poseía su réplica en las calles de la ciudad que rodeaban el edificio.

Con mucha frecuencia, esta ciudad, que en el pasado se conocía como la Ciudad del Crimen, estaba inmersa en una bruma amarillenta. Esta bruma en concreto solía ser tan densa que las farolas del centro, así como de los extensos barrios en decadencia que rodeaban esta zona, estaban encendidas tanto de día como de noche. Además, existía una correlación directa entre los asesinatos que tuvieron lugar en la ciudad y la densidad de la bruma amarillenta que cubría las calles. Aunque nadie reconociera abiertamente esta conexión: cuanto la bruma amarillenta se posaba con más peso en la ciudad, más asesinatos iban a aparecer en los periódicos locales. Era así de simple.

El número real de asesinatos podía ser averiguado casi con total exactitud en el periódico amarillista llamado el *Metro Herald*, que solía cubrir noticias y estadísticas sensacionalistas. Los otros periódicos, aquellos que aspiraban a mostrar una imagen más digna de sí mismos, resultaban ser menos fiables tanto en los detalles de los asesinatos que estaban ocurriendo en la ciudad como en el número real de dichos asesinatos. Estos últimos periódicos tampoco señalaban que existiera una conexión entre la densidad de la niebla amarillenta y el conteo de asesinatos de la ciudad. También era cierto que tampoco el *Metro Herald* señaló esta conexión… era solo una realidad que era más fácil de seguir en sus páginas que en las de los periódicos más dignos, no digamos ya la radio o la televisión, que trabajaban bajo la carga de informar respectivamente por medio de la voz humana o de una cabeza parlante acompañada de voz humana, aportando estos dos medios mayor inmediatez y realidad que la prensa. La consecuencia de la realidad aumentada de las noticias en la radio y la televisión era que no podían permitirse informar de nada que se acercara a la realidad sobre la cantidad real o los detalles completos de los asesinatos que ocurrían constantemente. Porque si ofrecieran esta información empleando la voz humana, con o sin la presencia de una cabeza parlante, resultarían intolerables para sus oyentes y espectadores y al final perderían el patrocinio de los anunciantes, dado que sus audiencias los abandonarían, dejando tan solo estas voces y cabezas humanas informando de un crimen tras otro sin que nadie los escuchara o los viera recitar estos crímenes… mientras que los periódicos de reconocido prestigio podían relegar una

cantidad mínima de tales historias a lo más profundo de sus amplias páginas, permitiendo que sus lectores tomaran o dejaran estos relatos según lo desearan, mientras que el *Metro Herald* de hecho se regodeaba difundiendo estas noticias sensacionalistas a sus lectores, ávidos de consumir noticias sobre los asuntos más sórdidos, más extraños y más escandalosos del mundo. Sin embargo, hasta el *Metro Herald* se vio forzado a trazar una línea en cuanto a permitir que sus lectores conocieran la cantidad completa, así como la verdadera naturaleza de todos los asesinatos que ocurrían en la ciudad a la que había sido trasladada la Compañía Blaine… la ciudad a la que en otro tiempo se la conocía como la Ciudad del Crimen.

Por supuesto, cuando tuvo lugar la relocalización, apenas se empleaba ya el nombre de Ciudad del Crimen, una vez que quedara erradicado gracias a una sofisticada campaña de relaciones públicas específicamente diseñada para atraer entidades comerciales como la Compañía Blaine. Así pues, el lugar antes conocido como Ciudad del Crimen ahora había adoptado el sobrenombre informal de Ciudad Dorada. Como cualquiera habría podido observar, nunca se presentó una razón concreta que justificara la nueva personalidad de la ciudad; la cualidad de «dorada» era simplemente presentada como un rasgo no cuestionado, una nueva identidad promocionada de la forma más desvergonzada en la radio, la televisión y los anuncios de los periódicos, por no mencionar las vallas publicitarias y los folletos. Era algo que se asumía sin cuestionar, como si el «dorado» (con todas las asociaciones que posee este término) siempre hubiera sido un elemento vital en la ciudad. Sin duda alguna, jamás se mencionaba, como cualquiera hubiera esperado, el fenómeno meteorológico de la bruma amarillenta, que era en realidad la característica más sobresaliente del paisaje físico de la ciudad, incluyendo los extensos barrios en decadencia que la rodeaban. En la radio, la televisión y los anuncios de los periódicos, sobre las vallas publicitarias y en las páginas brillantes de los folletos que se enviaban a escala mundial, la ciudad siempre era descrita como un lugar con cielos claros arriba y pulcras avenidas metropolitanas abajo. Por supuesto, esta imagen no podría haber estado más reñida con las torres ruinosas y casi abandonadas bajo las cuales había calles tan ahogadas en una bruma amarillenta que uno era afortunado si podía ver más allá de unos pocos metros a la redonda.

Estaba seguro de que la oficina local de comercio había hecho un trato con negocios como la Compañía Blaine, que por cuestión de imagen no podía relocalizar sus oficinas en un lugar con un apodo como el de la Ciudad del Crimen, pero sí asentarse en la Ciudad Dorada. Sin embargo, era este lugar (esta Ciudad del Crimen ahogada por la bruma) al que la Compañía Blaine había sido atraída y que cumplía a la perfección, como yo bien sabía, sus propósitos como entidad comercial.

No mucho después de que la Compañía Blaine se hubiera trasladado, se envió una nota a todos los empleados de la oficina por parte del fundador y presidente de la compañía, U. G. Blaine, una persona a quien ninguno de nosotros, exceptuando a algunos miembros de la directiva, había visto jamás y de quien nunca habíamos recibido ni una sola comunicación directa de ningún tipo, al menos no desde que me contrataron para trabajar en sus oficinas. La nota era breve y anunciaba que una «reestructuración de toda la compañía» era inminente, aunque no se aportaban datos ni detalles, ni ningún razonamiento para esta drástica resolución. A los pocos meses del anuncio de esta oscura «reestructuración», los supervisores de los distintos departamentos de la Compañía Blaine, así como algunos cuantos miembros de la directiva, fueron todos asesinados.

Quizás se me permitirá abundar un momento en los asesinatos que acabo de mencionar, que sin duda fueron extraños incluso para una ciudad que en otra época fue conocida como la Ciudad del Crimen. El dato más crucial que debería compartir es que todos y cada uno de los asesinatos de las personas que detentaban posiciones de dirección en la Compañía Blaine tuvieron lugar dentro de la Ciudad Dorada en los días en los que la bruma amarillenta había sido especialmente densa. Este hecho podía ser corroborado por cualquiera que se hubiera tomado el más mínimo interés en el asunto, aunque ninguno de los periódicos locales (no digamos ya los noticiarios de la radio y la televisión) señalaba esta conexión. Sin embargo, era bastante obvio, si uno se tomaba el tiempo para mirar por la ventana durante ciertos días, cuando las calles allá fuera se encontraban más brumosas o amarillentas de lo habitual, lo que estaba ocurriendo. En ocasiones, echaba un vistazo por encima del separador que rodeaba mi escritorio y miraba las calles invadidas por la bruma. En esas ocasiones, pensaba: «Otro más será asesinado hoy». Y así ocurría sin excepción: antes de que acabara el día, o a veces durante la noche, se encontraba el

cuerpo de otro supervisor o de un miembro de la junta directiva en algún lugar de la Ciudad Dorada.

La mayor parte de las veces los asesinatos tenían lugar cuando las víctimas caminaban desde sus coches de camino al trabajo o de regreso a sus coches tras un día de trabajo, mientras que algunos otros crímenes ocurrían cuando las víctimas estaban de hecho dentro de sus coches. Con menor frecuencia, era el cuerpo de un supervisor, o de alguien de mayor rango dentro de la empresa, el que se encontraba muerto al anochecer o los fines de semana. La razón de que muchos menos de estos asesinatos ocurrieran durante la noche o los fines de semana era evidente, a pesar de que nadie le diera importancia. Como ya he mencionado, estos asesinatos siempre tenían lugar en la Ciudad Dorada e incluso era necesario que ocurrieran allí. Sin embargo, muy pocos de los supervisores y, sin duda alguna, ninguno de los miembros directivos de alto rango residían dentro de los límites de la ciudad por la sencilla razón de que podían permitirse vivir en alguna de las zonas residenciales de las afueras, donde la bruma amarillenta pocas veces era tan densa, y con bastante frecuencia ni siquiera era visible, o al menos no visible a simple vista y para una mirada poco atenta. Por lo tanto, las víctimas tenían poca motivación para aparecer por la Ciudad Dorada una vez finalizada la jornada laboral o los fines de semana, porque no había nada, o muy poco, que atrajera a nadie a este lugar (y muchas cosas que los llevaban a evitarlo) más allá de que fuera precisamente donde uno se veía forzado a ir a trabajar. Sin embargo, estas personas, que pasaban el mínimo tiempo posible en la Ciudad Dorada, eran exclusivamente los que, de una plantilla enorme de empleados de la Compañía Blaine, eran asesinados allí de forma violenta. O así fue en un principio.

Algunos días se descubría más de un cadáver de supervisor con señales de haber sufrido un ataque físico muy violento, lo cual con frecuencia apuntaba a la hipótesis de que fuera obra de más de un atacante, aunque la escena del crimen en cualquier otro sentido no aportaba pruebas de una conspiración premeditada o plan urdido. De hecho, todos parecían ser actos improvisados. A veces eran ataques despiadados con cualquier objeto que hubiera a mano (como un trozo de adoquín o el marco roto de una ventana en un callejón oscuro). Con frecuencia, la causa de la muerte era estrangulamiento o incluso ahogamiento por retales llenos de liendres introducidos profundamente en la garganta de la víctima. Con bastante

frecuencia era solo una paliza mortal que dejaba rastros de más de un par de puños golpeando y más de una clase de zapatos pateando de forma salvaje. Con frecuencia, los cadáveres de estos desafortunados supervisores y algún que otro miembro de alto rango de la directiva eran desnudados y despojados de su dinero y cualquier otro objeto de valor. Esto era típico de los numerosos crímenes cometidos en la Ciudad Dorada, un hecho que podría ser verificado por todos los detectives que entrevistaron a casi todos los empleados de la Compañía Blaine en el curso de sus investigaciones sobre estos asesinatos, los cuales, ante la ausencia de cualquier otro hecho peculiar probado, fueron atribuidos a la horda de vagabundos que vivían en las calles de la ciudad.

Por supuesto, había un hecho revelador (que no pasó inadvertido a los detectives que investigaban los casos, pero que, por algún motivo, jamás lo consideraron relevante): durante bastante tiempo todas las víctimas que habían trabajado en las oficinas de la Compañía Blaine habían alcanzado el puesto de supervisor, o incluso un puesto superior en la empresa. Dudo que los detectives supieran que entre las atribuciones de un supervisor estaba el fomentar exactamente la clase de violencia e incluso sentimientos asesinos que condujeran a los empleados de rangos inferiores a formar imágenes en sus mentes de aniquilar a esas personas, por mucho que intentáramos eliminar esas escenas imaginadas de nuestras mentes antes de que empezaran a formarse. Y ahora que todos estos supervisores habían sido asesinados, solo nos teníamos los unos a los otros para proyectar nuestras fantasías y pensamientos violentos. Esta situación se agravaba por la tensión derivada de nuestra preocupación por la más que probable instauración de un grupo nuevo de supervisores en la compañía.

Como ya habían advertido los empleados de rangos inferiores, era posible acostumbrarse a los pensamientos y fantasías violentos inspirados por un supervisor que llevara mucho tiempo y, precisamente por este motivo, estos supervisores eran reemplazados con frecuencia, porque ya no eran capaces de inspirar imágenes frescas de violencia a aquellos a los que supervisaban. Con la llegada de un supervisor recientemente asignado, era inevitable que se reavivara justo la clase de tensión que se expandía en la atmósfera de una oficina en la que uno apenas podía ver más allá de unos cuantos pies a la redonda cuando tenía que moverse por los pasillos y vestíbulos del edificio al que la compañía se había trasladado no mucho antes de que estos sucesos que he decidido documentar se conocieran. Por

lo tanto, eran buenas noticias para los empleados que se supiera, por medio de una breve nota de uno de los miembros de más alto rango de la dirección, que ninguno de los supervisores asesinados sería reemplazado, y que esta posición iba a ser eliminada de forma permanente como parte del plan de reestructuración de la empresa.

El alivio que sintieron los empleados de bajo rango de los distintos departamentos y divisiones de la Compañía Blaine por no tener que enfrentarse a la idea de supervisores recientemente asignados (o supervisores de ningún tipo, porque todos habían sido asesinados) permitió que la tensión, que había sido tan grave y omnipresente, amainara, aclarando así el ambiente de las oficinas, limpiando la atmósfera borrosa previa de agitación y también nuestras mentes de los pensamientos y fantasías violentos que habíamos comenzado a albergar unos por otros. Sin embargo, este estado de relativo bienestar fue solo temporal y pronto fue reemplazado por síntomas de temor agudo y ansiedad. Este cambio tuvo lugar tras una reunión de toda la compañía celebrada en el sótano del edificio al que se habían trasladado las oficinas de Blaine.

Mientras que los altos funcionarios que convocaron esta reunión admitían sin dudarlo que un sótano en un edificio de oficinas ruinoso y viejo quizás no era el lugar ideal para celebrar una reunión de toda la empresa, sin embargo era el único espacio lo bastante grande para albergar a toda la plantilla de empleados y se consideró más conveniente que cualquier otro lugar de la Ciudad Dorada, porque en ese caso tendríamos que desplazarnos por la bruma amarillenta, la cual últimamente se había hecho más densa debido a «factores estacionales», según las informaciones de los meteorólogos de la radio y televisión. Así pues, acabamos todos hacinados en el espacio sombrío y sucio del sótano del edificio, donde nos pidieron que nos quedáramos de pie por falta de asientos adecuados, y donde los altos funcionarios de la empresa se dirigieron a nosotros desde un tosco escenario construido con planchas delgadas de madera que crujieron quejumbrosas durante esta sesión de discursos y anuncios, mientras sus voces sonaban por el espacio de aquel sótano como ecos huecos escuchados en un sueño.

Lo que nos contaron, en resumen, fue que la Compañía Blaine se estaba posicionando para convertirse en una «presencia dominante en el mercado mundial», con las palabras tan vagas de un vicepresidente ejecutivo. Esta declaración les pareció a casi todos los que estaban allí de

pie apretados en ese sótano una ambición ridícula y absurda, dado que la empresa no suministraba ningún producto o servicios de importancia del que se pudiera hablar, y su actividad comercial principal consistía casi en su totalidad en lo que se describiría como *manipulación de documentos* de uno u otro tipo, ninguno de los cuales tenía gran importancia o interés para nadie más allá de una base estrecha y financieramente marginal de clientes, incluyendo una cadena regional de tintorerías, varios restaurantes remotos en los que se servía comida barata o, como mucho, menús a precios moderados, algunos recintos de segunda categoría en los que se celebraban carreras de galgos y que estaban abiertos solo unos pocos meses de algunos años, y unos cuantos individuos privados cuyos asuntos personales eran de tal naturaleza que requerían (o quizás solo se persuadían por pura vanidad de que los requerían) el tipo de manipulación de documentos en los que la Compañía Blaine estaba especializada casi en exclusiva. Sin embargo, pronto nos revelaron que la compañía tenía planes de entrar en áreas que iban más allá y que diferían bastante de su especialización original de manipulación documental. Este anuncio fue realizado por un hombre de edad avanzada que se presentó como Henry Winston, el nuevo Vicepresidente de Desarrollo. El señor Winston hablaba con un tono un tanto robótico mientras nos enumeraba las transformaciones radicales que la compañía debía acometer con el fin de hacerse, o rehacerse, como una fuerza dominante en el mercado mundial, aunque jamás nos reveló lo que supondrían en realidad estas transformaciones o «reestructuraciones», como así las llamaban. Tampoco Winston especificó las nuevas áreas de actividad comercial en las que la compañía iba a aventurarse en un futuro cercano.

Durante el curso de la charla del señor Winston, a ninguno de nosotros se nos pasó por alto que parecía estar fuera de lugar entre los otros miembros de la junta directiva que ocupaban aquella tarima precaria de madera construida especialmente para esta reunión. Su traje parecía haber sido confeccionado para un cuerpo más voluminoso que aquel cuerpo huesudo que ahora se movía bajo las caras telas que colgaban sobre el anciano. Y su espeso pelo blanco, peinado hacia atrás, estaba demasiado engominado, y mientras hablaba comenzó a revelarse y ponerse tieso por algunas partes, como si sus largos rizos, y en algunas zonas amarillentos, no estuvieran acostumbrados al peinado al que los habían sometido.

Cuando comenzaron a escucharse murmullos entre aquellos de nosotros pegados unos a otros en aquel sótano en penumbra y sucio, el monólogo mecánico fue interrumpido en seco por uno de los otros funcionarios directivos, que le robó los focos al anciano y procedió a revelar el último anuncio de la reunión. Incluso antes de que este anuncio final fuera pronunciado por una mujer de aspecto severo con el pelo muy corto, muchos de los que estaban entre la multitud hacinada en los confines de ese sótano ya habían adivinado o intuido su mensaje. Desde el momento en que descendimos a ese nivel inferior del edificio por medio de un montacargas, varios empleados expresaron la sensación de que una presencia indefinida habitaba aquel lugar, algo que nos observaba con atención sin mostrar una imagen nítida de sí mismo. Varios empleados de rango inferior afirmaron incluso haber visto fugazmente una figura peculiar en la extensión oscura del sótano, una forma extraña que parecía moverse alrededor de la masa de los congregados, una silueta humana brumosa que se movía tan lenta y silenciosa como la bruma amarillenta en las calles de la Ciudad Dorada, y parecía ser de una tonalidad similar.

Para cuando la mujer con el pelo corto realizó lo que en otras circunstancias habría sido una revelación sorprendente, la mayor parte de los empleados de rango bajo ya habían rebasado el punto de recibir las noticias como una gran sorpresa.

—Por lo tanto —continuó la mujer de aspecto severo—, el papel de los supervisores que nuestra organización ha perdido de forma tan trágica será asumido ahora nada más y nada menos que por el fundador y presidente de la Compañía Blaine: el señor U. G. Blaine. En un esfuerzo por facilitar la reestructuración de nuestras actividades como negocio, el señor Blaine se encargará *personalmente* a partir de ahora de todos los aspectos relacionados con las funciones diarias de la empresa. Desafortunadamente, el señor Blaine no ha podido estar presente hoy, pero quiere transmitirles la seguridad de que está deseoso de trabajar con todos y cada uno de ustedes en un futuro próximo. Así pues, si no tienen preguntas —no hubo ninguna—… esta reunión se da por concluida.

Y mientras ascendíamos en el montacargas para regresar a nuestros escritorios, no se comentó nada sobre los planes que nos habían revelado sobre el futuro de la compañía.

Sin embargo, más tarde ese mismo día, escuché a algunos de mis compañeros de trabajo hablando cerca de los separadores alrededor de mi

escritorio.

—Es una locura total lo que están haciendo —susurró una mujer cuya voz reconocí como la de una antigua empleada y una manipuladora de documentos altamente productiva. Los otros del grupo mostraron más o menos su acuerdo con la valoración de esta mujer sobre la desmesurada ambición de la compañía de convertirse en una fuerza dominante en el mercado mundial. Entonces, alguien dijo:

—Estoy pensando en dejar el puesto. Desde hace ya un tiempo estoy arrepintiéndome de haber seguido a la compañía hasta esta asquerosa ciudad.

La persona que pronunció estas palabras era alguien conocido en la oficina como el Hombre de la Pajarita, un apodo que se mereció por su afición a llevar dicha prenda decorativa a diario. Parecía disfrutar de la distinción que le otorgaba llevar una amplia variedad de pajaritas, en lugar de corbatas rectas normales, o ninguna corbata. Aunque posiblemente existían millones de hombres en el mundo que también llevaban pajarita como marca de distinción de sastrería, él era el único de las oficinas de la Compañía Blaine que lo hacía. Esta práctica le permitía expresar un modo de identidad personal, por muy trivial e ilusoria que fuera, como si tal cosa pudiera lograrse adornándose simplemente con una prenda concreta o incluso mostrando rasgos de personalidad concretos tales como unos modales reservados o un alto nivel de inteligencia, cualidades todas estas compartidas por millones y millones de personas del pasado y del presente, y que seguirían exhibiendo millones y millones de personas en el futuro, haciendo el esfuerzo de perpetuar un sentido nítido de una identidad diferente a la de otras personas o criaturas, o incluso objetos inanimados, pero sin llegar a más que una farsa absurda.

Fue después de que escuchara al Hombre de la Pajarita proclamar que tenía en mente «renunciar al trabajo» cuando me alejé de mi escritorio y me dispuse a unirme a la conversación que mantenían algunos de mis compañeros de trabajo.

—Y una vez que te despidas —pregunté al Hombre de la Pajarita—, ¿qué harás luego? ¿Adónde irás? ¿Qué otro lugar encontrarás que sea diferente?

Entonces la mujer cuya voz había reconocido antes como la de un miembro antiguo de la plantilla de la empresa tomó la palabra, protestando acerca de que era totalmente demencial que la compañía imaginase

siquiera que podía convertirse en una fuerza dominante en el mercado mundial.

—¿De verdad lo piensas? —respondí—. ¿No has observado que hay una tendencia natural, demente o no, de todas las entidades como la Compañía Blaine, o cualquier clase de negocio o gobierno, o incluso un individuo privado, de expandirse todo lo posible… de prevalecer en el mundo todo lo posible, ya sea convirtiéndose en una entidad comercial dominante o simplemente llevando pajaritas todos los días, imponiéndose así sobre las personas y cosas que los rodean, imponiendo lo que son o lo que creen ser sin tener consideración ni respeto por nada que no sea lo lejos que pueden llegar en el mundo y dejar su sello en él, extendiéndose incluso hacia otros mundos, gritando órdenes a las propias estrellas y reclamando el universo como suyo propio?

A esas alturas, creo que mis compañeros de trabajo estaban desconcertados, no tanto por las palabras que yo había pronunciado como por el hecho de que se las hubiera dirigido a ellos, algo que nunca había hecho, a excepción de los intercambios legales requeridos por nuestro trabajo como manipuladores de documentos. Por sus expresiones, podía ver que hablarles de esta manera era monstruoso y equivocado… un suceso extraño cuya ocurrencia significaba algo que no deseaban nombrar. Unos instantes después, el grupo se dispersó y regresamos a nuestros escritorios.

Esa tarde, la bruma amarillenta de la Ciudad Dorada era especialmente densa y pesada y se pegaba a las ventanas del edificio donde la Compañía Blaine se había trasladado. Y el mismo día que la directiva nos anunció que ninguno de los supervisores asesinados sería reemplazado y que el propio U. G. Blaine iba a ocuparse directamente de las operaciones diarias de cada departamento y división de la compañía, tuvimos la sensación de que su presencia supervisora ya estaba entre nosotros.

El primer indicio visible de lo que llamaré la «presencia Blaine» fue el peculiar tono amarillento que ahora inundaba el espacio de oficinas de la compañía. Menos obvia era la sensación, que un número de personas había experimentado previamente durante la reunión de la empresa, de que estaban siendo observados en todo momento por algo que no podíamos ver pero que era íntimamente consciente de cada una de nuestras palabras y acciones. Antes de que acabara el día, todos en la oficina parecían haber entendido tácitamente por qué nos habíamos trasladado a la Ciudad

Dorada y por qué este lugar, que en otro tiempo fuera conocido como Ciudad del Crimen, era tan apropiado para los propósitos de entidades comerciales como la Compañía Blaine… o que al menos se percibían a sí mismas como tales por los directivos de estas sociedades corporativas.

Al día siguiente ya no se hablaba en la oficina sobre la demente estrategia de la empresa de convertirse en una fuerza dominante en el mercado mundial. Ni nadie comentaba la ausencia del hombre que llevaba pajaritas todos y cada uno de los días. Quizás los otros creyeron realmente que se había despedido (una decisión que sugirió que tomaría), a pesar de que todas sus pertenencias seguían en su escritorio. Como el supervisor de nuestro departamento había sido asesinado, como el resto, no había nadie ocupado de vigilar la no presencia del Hombre de la Pajarita en la oficina, al igual que no había nadie que aportara información sobre qué podría significar su ausencia. Unos días después su escritorio estaba ocupado por un empleado nuevo, un hombre a quien nadie había visto trabajando en ninguna otra parte de la empresa y que no parecía la clase de persona que una empresa contrataría para manipular documentos. Era difícil adivinar su edad, porque tenía la cara oculta por greñas de pelo sucio y una amplia barba descuidada, ambas veteadas con el color desvaído que se podía ver en cualquier objeto sometido a una prolongada exposición a los peculiares elementos atmosféricos de la Ciudad Dorada. En cuanto a la ropa que llevaba nuestro nuevo compañero, parecía estar muy acorde con el estilo de su predecesor y anterior habitante de ese escritorio en concreto. Sin embargo, debido a la longitud de la barba del nuevo empleado, no era posible verificar si llevaba o no una pajarita todos los días. Y nadie en la oficina deseaba acercarse lo suficiente para averiguar si así era. Sin embargo, había una mujer a quien oí contar a otra que tenía intención de visitar al Hombre de la Pajarita para averiguar qué le había ocurrido. Entonces, ella misma se ausentó del trabajo al día siguiente. Después de eso, nadie se interesó por la desaparición de ninguno de estos dos empleados, ni de las de varios empleados que de manera periódica comenzaban a caer ahora de entre las filas de empleados de rango bajo de la Compañía Blaine, la cual para entonces era conocida en el mundo simplemente como «Blaine».

No es necesario que diga que el grado de tensión que invadía las oficinas de Blaine volvía a alcanzar niveles extremadamente altos. Sin embargo, este ambiente de tensión, que siempre había servido de caldo de

cultivo para los pensamientos y fantasías más violentos entre el personal de la compañía, ya no afectaba a la atmósfera de nuestro lugar de trabajo, que era de tal magnitud que no permitía ver más allá de unos pies frente a ti. En lugar de eso, el espacio de oficinas siguió estando inundado por una tonalidad amarillenta. Ya he identificado con anterioridad este peculiar color amarillento de la atmósfera de la oficina con lo que he denominado la «presencia Blaine», pero otros a mi alrededor (y por toda la empresa) sostenían la opinión de que la bruma que sofocaba las calles de la Ciudad Dorada de alguna forma se había filtrado al interior del edificio donde pasábamos el día manipulando documentos. Sin embargo, a mí me parecía que estas explicaciones divergentes eran, de hecho, complementarias. Desde mi punto de vista, había una terrible ecuación entre la presencia Blaine, que ahora supervisaba toda actividad de la compañía, hasta las más pequeñas manipulaciones de los documentos más insignificantes, y la bruma amarillenta que caía densa sobre la Ciudad Dorada; un lugar que parecía muy apropiado para los objetivos de las entidades comerciales como Blaine, los cuales eran por supuesto meras extensiones de los objetivos de las entidades humanas como el propio U. G. Blaine, en concreto su ambición en apariencia descabellada de transformar su negocio en una fuerza dominante en el mercado mundial. Todo esto continuó en la esfera de las hipótesis durante un tiempo… hasta que un día un giro concreto de los acontecimientos me permitió confirmar mis sospechas y, al mismo tiempo (tras gran cantidad de paciente contención), me permitió acometer mis propios objetivos en cuanto a la relocalización de la compañía.

Este punto de inflexión llegó en forma de una citación a la oficina del nuevo Vicepresidente de Desarrollo, el señor Henry Winston, que estaba situada en una zona remota del edificio en el que Blaine era el único inquilino. Cuando entré, advertí que la oficina del señor Winston era una porqueriza. A juzgar por el colchón manchado en un rincón detrás de unos archivadores oxidados y los restos de recipientes de comida y bebida esparcidos por el suelo, el señor Winston había transformado el lugar en su pocilga personal. El propio Vicepresidente de Desarrollo estaba sentado detrás de un escritorio viejo y lleno de arañazos, con los brazos estirados por el escritorio y la cabeza apoyada de lado mientras dormía de forma ruidosa. Cuando cerré la puerta, el señor Winston se despertó perezosamente y me miró; ya no llevaba el pelo y la barba peinados de la

misma manera que en la reunión del sótano en la que habló unos meses atrás. Y lo que debía comunicarme ahora todavía sonaba como si estuviera leyendo un guion, aunque la cualidad de su voz era mucho menos robótica que en la reunión de la compañía.

El señor Winston se frotó los ojos y se pasó la lengua por el interior de la boca, atrapando el sabor del sueño que yo había perturbado. Entonces, como si fuera un hombre atareado, fue directo al grano:

—Quiere reunirse con usted. Hay… —El señor Wilson hizo una pausa, al parecer incapaz de recordar o enunciar de forma apropiada sus siguientes palabras—. Una propuesta. Hay una propuesta que quiere hacerle… una propuesta personal.

El señor Winston me informó entonces de la hora y el lugar de esta reunión con U. G. Blaine: después de finalizar la jornada laboral, en un lavabo de las plantas más altas del edificio. Al parecer eso era todo lo que el Vicepresidente de Desarrollo debía comunicarme y me giré para salir de la oficina. Pero antes de cruzar la puerta, me espetó unas cuantas palabras que parecían proceder genuinamente de su boca.

—Él nunca debería haberos traído aquí —dijo el señor Winston, que perfectamente podría haber sido su nombre real.

—¿Se refiere a la relocalización de la compañía en esta ciudad? —respondí, intentando aclarar el asunto.

—Eso es. La relocalización —dijo, tras lo cual dejó escapar una risa corta que reveló una dentadura incompleta de dientes amarillos. Pero dejó de reír cuando le miré por encima del hombro y clavé mi mirada en la suya.

—El señor Blaine no es del todo responsable —dije—. Ambos sabemos lo que pasa en esta ciudad.

Después de una breve pausa, el señor Winston habló:

—Ahora le recuerdo —dijo como si hablara en voz baja en un sueño—. Usted estuvo aquí antes… cuando el cielo estaba despejado. ¿Qué hizo?

Me limité a sonreír al Vicepresidente de Desarrollo y luego salí de su oficina inmunda, dejándole con la boca manchada de sueño abierta y una expresión de estupefacción.

A estas alturas de promoción en la compañía, ya no quedaban muchos empleados que no fueran parecidos a Henry Winston. Uno tras otro, todos los empleados de las plantillas normales dejaron de acudir al trabajo y sus

escritorios fueron ocupados por personas nuevas que siempre parecían fugitivos de la gran tribu de vagabundos que vivían en la Ciudad Dorada, una población en la sombra que se movía de día y de noche a través de esa bruma amarillenta. Sin duda, también se habían buscado alojamiento en el edificio, pequeños refugios similares a los que vi en la oficina de Henry Winston. Imaginé que la compañía les había ofrecido tales alojamientos y un mínimo de comida en vez de un salario. Este plan para «recortar gastos» explicaría por sí mismo los elevados beneficios que Blaine había obtenido en la última quincena. Por supuesto, esta forma de crecimiento fiscal no podría sostenerse mucho más tiempo y deberían tomarse otras medidas si la compañía iba a convertirse realmente en una potencia dominante en el mercado de este mundo o de otro. Supuse que estas medidas saldrían a relucir como tema principal de la reunión que U. G. Blaine había concertado conmigo una vez finalizada la jornada laboral en un lavabo de las plantas más altas de aquel edificio ruinoso.

Llegado el momento, comencé a ascender las escaleras (el ascensor no funcionaba a esas horas) pensando en mi reunión privada con el presidente y fundador de la empresa. Mientras subía por esas escaleras en una casi total oscuridad, recordé el día en el que acudí a la entrevista para el trabajo en lo que entonces aún se llamaba la Compañía Blaine. Esa entrevista tuvo lugar en otro edificio y en otra ciudad. En la zona de recepción donde esperé a que me llamaran para la entrevista colgaba un retrato de U. G. Blaine. Era un retrato bastante favorecedor de un hombre de mediana edad ataviado con un traje de negocios, pero el efecto de contemplar ese retrato era tal que me entraron ganas de volverme y eliminarlo de mi mente antes de que empezara a albergar en mi cabeza pensamientos que no quería. Pero me resultaba imposible apartar la mirada. Por suerte, alguien se acercó y me llamó para la entrevista antes de que mis pensamientos alcanzaran un nivel intolerable de tensión y agitación.

La persona que me entrevistó me preguntó, entre otras cosas, qué cualidad personal creía que podría poseer y que me distinguiría como empleado de la Compañía Blaine. Vacilé unos segundos e incluso pensé que sería mejor no responder o dar una respuesta muy débil y convencional. Sin embargo, pronuncié algunas palabras que estaba seguro de que el entrevistador quería oír y que, de hecho, eran ciertas.

—Mi cualidad —dije—, mi cualidad personal es la capacidad de llevarme a mí mismo y a aquellos a mi alrededor hasta el límite de nuestro

potencial: influir en las personas, e incluso lugares, de manera que ofrezcan posibilidades y objetivos insospechados y los hagan aflorar a la luz de la realidad. Esa es mi cualidad personal.

Por muy vehemente y muy extrañas que parezcan las palabras de esta declaración a otros individuos, yo sabía que era exactamente lo que el entrevistador quería escuchar. Me ofrecieron de inmediato el puesto que había solicitado en la Compañía Blaine: el de manipulador de documentos. Cuando entré en las viejas oficinas de la empresa para ser entrevistado, mi único propósito era abstraerme en la manipulación de documentos, enterrar tan a fondo como pudiera mi apasionada cualidad personal, que siempre había provocado las consecuencias más desafortunadas y retorcidas para aquellos involucrados, ya fuera una persona individual como un grupo de personas o una entidad comercial como la Compañía Blaine. Porque mi cualidad personal, tal como afirmé a mi entrevistador en la Compañía Blaine, era algo más que una afirmación retórica o exagerada con vistas a la autopromoción, a pesar de que durante toda mi vida no he sido capaz de explicar la fuerza total de esta cualidad extraordinaria. Durante años, mi único propósito fue reprimir esta cualidad, aplastarla lo mejor que podía. Sin embargo, tras contemplar ese retrato de U. G. Blaine (después de ver escrito en ese rostro lo que podría describir como «una sensación de determinación en el mundo profundamente infundada») todo cambió en mi cabeza, la cual ya no podía evitar llenarse de fantasías y pensamientos extraños y violentos. «Esta empresa pronto deberá trasladarse», pensé cuando me marché de allí después de la entrevista aquel día. «Para poder satisfacer su sentido de la determinación como entidad comercial y el infundado sentido de determinación de su fundador y presidente, esta compañía tendrá que relocalizarse en otro lugar». Y supe el lugar exacto que mejor se ajustaba a los objetivos de la compañía… y a los míos propios. Así pues, cuando por fin localicé y entré en el pequeño lavabo donde U. G. Blaine deseaba reunirse conmigo, me sentía estimulado hasta el punto de la demencia por el sombrío drama que ahora estaba llegando a su clímax.

—La oportunidad le espera en la Ciudad Dorada —grité, y mi voz resonó en las paredes y el suelo de azulejos, en las puertas metálicas y los lavabos y sanitarios de porcelana del anticuado cuarto de aseo que me rodeaba—. La oportunidad le espera en la Ciudad Dorada —repetí, burlándome del eslogan que una compañía de relaciones públicas había

usado para transformar la imagen de la ciudad que en otro tiempo se conociera como la Ciudad del Crimen. Fue este sueño absurdo de cambiar su imagen pública lo que hacía que la Ciudad Dorada fuera ideal para los propósitos de Blaine (la compañía), que sostenía la idea demente y absurda de que podría convertirse en una fuerza dominante en el mercado mundial, a pesar de que su única actividad comercial era la manipulación de documentos para negocios fugaces y un puñado de individuos privados. Solo en esta atmósfera de una ciudad que se desmoronaba rodeada de una extensa área de barrios en decadencia, sus calles llenas de hordas de vagabundos errantes e inundadas por una bruma amarillenta que ningún meteorólogo o científico de cualquier otro tipo había logrado explicar con éxito… solo en esta Ciudad del Crimen podría lograr llevar a U. G. Blaine hasta el límite de su potencial… al igual que había logrado llevar a la propia ciudad, cuyas calles habité durante un tiempo, al vil y enrevesado límite de su potencial, dejando una bruma amarillenta inexplicable, un simple efecto secundario de las cosas que yo había hecho allí, cosas para las que nací como un monstruo de este mundo (o, quizás, otro mundo del todo distinto, tan desconocido soy para mí mismo), cosas que mi naturaleza monstruosa aprendió a hacer a lo largo de muchos años, y cosas que me hacían buscarme mi propio enterramiento en una ocupación en la que pudiera olvidar mi yo monstruoso y todo lo que sabía de este mundo al que yo no pertenecía. Solo aquí podía Blaine ser consciente de sus posibilidades y objetivos más insospechados, en especial ese sentido infundado de determinación que no podía evitar ver en ese retrato de un hombre de mediana edad ataviado con un traje de negocios.

Por supuesto, no era un hombre ataviado con un traje de negocios el que esperaba mi llegada en ese pequeño lavabo… era la presencia Blaine, como yo la llamaba, que invadía la pequeña estancia brillantemente iluminada con su tonalidad amarillenta.

—Su restructuración de la empresa ha sido un éxito —dije a la presencia Blaine, que ahora se agitaba y rodaba por la habitación en oleadas temblorosas y amarillentas—. Pronto solo estará usted y sus vagabundos en este edificio. Usted será la fuerza dominante en el mercado de la Ciudad Dorada, manipulando todos los documentos de la ciudad. Pero nunca llegará más lejos. Este es su sitio. Aquí es donde se quedará. Y no hay nada que usted o yo podamos hacer para cambiar eso. Usted cree que yo puedo ayudarle a expandir su poder e influencia, su dominio del

mercado, pero vine para decirle que tal cosa nunca ocurrirá. Este lugar es su límite.

La presencia Blaine empezaba ahora a mostrarse extremadamente excitada, su tonalidad amarillenta giraba por la habitación y se abalanzaba contra las paredes.

—No sirve de nada que me culpe por lo que es usted —grité—. Usted es el creador de un mercado para fantasías y pensamientos violentos. Lo vi en el retrato de hombre de mediana edad ataviado con un traje de negocios, y puedo sentirlo en la presencia en la que ahora se ha convertido. Eso es todo lo que puede lograr en este mundo.

En ese punto, cogí una papelera que estaba junto a un lavabo y que tenía forma de bala con la punta redondeada. Al otro lado de la estancia había una ventana pequeña con cristal esmerilado. Rompí esos cristales lanzando la tapa redonda de la papelera con toda la violencia que tenía en mi interior. A través de los cristales rotos de esa ventana de un lavabo en una de las plantas superiores del edificio, se podía ver sobre la ciudad la luna que brillaba filtrándose por la bruma amarilla.

—Ahí tiene —grité mientras señalaba por la ventana rota—. Salga a su mundo de bruma. Ese es su elemento ahora. Y no puede sobrevivir más allá de sus límites. Los límites de la Ciudad Dorada.

Sentí una ráfaga poderosa, casi ciclónica, que sopló desde todas direcciones, casi traspasándome al salir por la ventana rota, se mezcló con la bruma amarilla de allá fuera y dejó tras de sí una habitación cargada con el residuo de impulsos malignos y violentos.

Después de esa noche, la Ciudad Dorada fue rebautizada como la Ciudad del Crimen. A primera hora de la siguiente mañana, cuando las farolas todavía brillaban a través de la bruma amarillenta, se descubrieron unos cuerpos brutalmente apaleados que yacían en todas las calles de la ciudad e incluso hacia los extensos barrios en decadencia que la rodeaban. Durante un tiempo, las noticias emitidas por la radio y la televisión e impresas en los periódicos serios, así como los tabloides como el *Metro Herald* (donde en el pasado trabajé como reportero), tan solo se ocuparon de estos asesinatos, que denominaban «Asesinatos de Misterio» o «Misteriosos Asesinatos en Masa».

Sin embargo, no pasó mucho tiempo cuando se empezó a considerar en serio la posibilidad de que estos no eran asesinatos sino las consecuencias de lo que el *Metro Herald* denominaba la «Plaga Amarilla», porque todos

los cuerpos de las víctimas exhibían manchas ictéricas amarillas que hicieron que se devanara los sesos el personal de los hospitales, los investigadores de la policía y los funcionarios de la morgue, quienes en un principio habían creído que eran moraduras causadas por ataques violentos. Durante un día más o menos los funcionarios del ayuntamiento tuvieron la oportunidad de presentar la causa de estas muertes sorprendentemente sensacionalistas y numerosas como, con bastante probabilidad, un caso de una enfermedad misteriosa en lugar de un asesinato misterioso. Con la cooperación de los agentes de la ley locales y los funcionarios médicos, junto con los servicios de una sofisticada campaña de relaciones públicas, el asunto de cómo tan increíble número de cadáveres podría haberse producido durante una sola noche se mantuvo en la confusión el tiempo suficiente para que la ciudad se debatiera entre su vieja reputación de un lugar propicio para los crímenes y una entidad totalmente nueva de un lugar propicio para la enfermedad. Por supuesto, teniendo en cuenta la alternativa de que a partir de ese momento la ciudad fuera conocida en el mundo como la «Ciudad de la Plaga Amarilla», por un lado, o como la «Ciudad del Crimen», por el otro, el último apelativo les pareció una opción preferible.

Sin que existiera en apariencia ninguna relación con los Asesinatos de Misterio, y según las noticias difundidas por todos los medios de comunicación locales, se descubrió el cuerpo de un hombre de mediana edad ataviado con un traje de negocios raído en una zona residencial justo a las afueras de los límites de la ciudad. Finalmente, se identificó a la víctima como U. G. Blaine, y el cadáver fue encontrado tirado en el aparcamiento de un pequeño centro comercial al aire libre. Los investigadores no descubrieron ninguna pista que relacionara la muerte de Blaine con aquellas otras que tuvieron lugar la noche anterior en la Ciudad del Crimen. Por lo que parecía, el hombre simplemente se había desplomado y muerto en un lugar donde la bruma amarillenta de la que en otro tiempo se conocía como la Ciudad Dorada se había disipado, dando paso a la atmósfera nítida de una zona residencial de clase alta contigua a los vecindarios limítrofes de la ciudad.

La misma mañana en la que fue encontrado el cuerpo de Blaine, recorrí las calles desiertas de una ciudad donde otros todavía tenían miedo de caminar, paseando apaciblemente por la quietud y la bruma amarillenta. Durante unos segundos sentí que al final me había llevado a mí mismo

hasta el límite y me sentía satisfecho mientras páginas errantes de un periódico local revoloteaban estúpidamente por la acera y las luces de las farolas brillaban sobre mi cabeza.

Pero, antes de que hubiera pasado la mañana, yo estaba preparado para irme… para relocalizarme una vez más. Mi determinación, durante un tiempo, se había agotado. Pero ahora podía ver que había otras ciudades, otras personas y lugares. Podía ver todo el mundo como si se cerniera a tan solo unos pies delante de mí… cada uno de sus detalles tan nítidos a mi vista que jamás sería capaz de apartarlos de mi mente hasta que el último de los pensamientos y fantasías violentos se hubieran hecho realidad. Aunque sabía en lo más profundo de mi ser que se trataba de otra ambición absurda, una fachada falsa surgida de objetivos y sueños infundados, no pude evitar pensar: «Tengo un plan especial para este mundo».

Que este documento, no manipulado, sirva de prueba de mi declaración de objetivos.

LA RED DE PESADILLAS

Cerrando el negocio

ANUNCIO CLASIFICADO I

Una corporación multinacional sueña. Somos una organización de más de cien mil almas (a tiempo completo) y en la actualidad buscamos individuos que deseen cambiar su sino por una participación en nuestro sueño. Ya hay disponibles plazas para personas seguras de sí mismas, capaces de ver más allá de la línea de fondo a un espacio de posibilidades sin límite. Nuestro negocio prospera ahora en un mercado global complicado y ha adquirido vida propia. Si es usted un individuo centrado y comprometido con ganas de ser parte de algo más grande que usted mismo… nuestra puerta está abierta. No es necesario que su vida sea una pesadilla de fracaso y resentimiento. Únase a nosotros. Excelentes beneficios.

Escena de apertura

Amanece en la selva. La luz del sol comienza a parpadear a través de la verde frondosidad y aparece aquí y allá en charcos de luz sobre la tierra suave y oscura. Una tribu de cazadores duerme cerca de un río poco profundo. La cámara se mueve de un rostro estúpidamente apacible a otro. Hasta ahora no se escuchan sonidos de ningún tipo en la banda sonora… ningún crujido de arbustos, ningún gorgoteo del riachuelo, ningún grito de la vida animal de la selva. Mientras examina la tribu durmiente, la cámara se aproxima para sacar el primer plano de un cazador cuya cara parece cualquier cosa menos estúpidamente apacible. Ni siquiera es el rostro de alguien que viva en la selva. Aunque el hombre está casi desnudo y tiene

un palo acabado en punta al alcance de su contorno yaciente, su piel es pálida y lleva el cabello pulcramente peinado. Ahora sus facciones comienzan a deformarse, como si estuviera experimentando una pesadilla. Parece hablar en sueños, pero hasta el momento no hay ruidos de ningún tipo en la banda sonora. Al final, el silencio se rompe por el zumbido espasmódico de la alarma de un despertador. Los ojos del cazador se abren de repente y miran aterrados; su piel pálida está cubierta de sudor. La alarma continúa sonando.

Vídeo orientativo

Una bonita actriz de cabello moreno vestida con un traje de chaqueta de pie entre un laberinto de escritorios habla a la cámara y gesticula con experiencia. Los ocupantes de los escritorios parecen ignorar su presencia. Al final del vídeo la actriz cruza hábilmente los brazos sobre el pecho, adopta una expresión severa en el rostro y pronuncia el lema corporativo que el vídeo introduce en el título («¡Piénsenlo Dos Veces!»). Mientras continúa mirando a la cámara, la escena a su alrededor empieza a cambiar: unas sombras se deslizan sobre el laberinto de escritorios y los rostros de los empleados comienzan a pudrirse y corroerse, como si pasaran por todos los estadios de la lepra a cámara rápida. Uno a uno, se levantan de detrás de los escritorios y sucumben a las extrañas e histéricas convulsiones de una *danse macabre*. Debido a la fuerza de estos movimientos cortantes y espasmódicos, sus miembros se rompen y caen al suelo, donde las sombras se abalanzan para devorarlos. Las narices y las orejas se marchitan muy rápido, los labios retroceden y revelan dientes rotos, los globos oculares se encogen dentro de las cuencas. La bonita actriz de cabello moreno sigue mirando a la cámara con expresión severa.

Nota del CEO

Mientras las fuerzas que operan en el mercado de hoy en día se hacen más sombrías e incomprensibles, debemos comprometernos cada segundo de cada día a luchar incesantemente por ese sueño inalcanzable que todos compartimos y que ninguno de nosotros puede recordar; si es que alguna vez existió, para empezar. Y si alguien cree que, cuando todo el mundo corre hacia el mismo sueño inalcanzable, nuestra competencia no está dispuesta a arrancarse los genitales de cuajo para llegar a la tierra prometida antes que nosotros y quedársela para ellos… ¡Piénsenlo dos veces!

De la libreta de un supervisor

… Y si estuviera decidido a vivir solo de la carne de mi propia plantilla, sin tener acceso a las plantillas de otros supervisores supervivientes o cualquier otro personal, el mayor reto que se nos presentaría sería mantener a cada uno de ellos en un estado comestible al mismo tiempo que regulo mi consumo de estos cuerpos. Quizás debería intentar mantenerlos con vida; en ese caso, podría limitarme simplemente a ingerir esos elementos que pueden regenerarse, como la sangre. Aun así, realmente sueño con sus axilas y codos… los de los hombres y los de las mujeres. Creo que durante este tiempo de supervivencia caníbal saborearía con especial fruición las partes más arrugadas de la anatomía humana.

El cazador

Las puertas verdes de un ascensor se abren deslizándose y revelan a un hombre vestido con traje de chaqueta negro. Está de pie justo en el centro del encuadre de cámara y lleva el cabello visiblemente limpio y bien peinado. En la mano derecha sostiene una pistola automática con culata de níquel plateado. Sujeta el arma cerca de un costado mientras sale del ascensor y comienza a recorrer a buen paso un pasillo iluminado tras otro.

Pasa una serie de oficinas con puertas abiertas a ambos lados. Al final de uno de los pasillos se para delante de una puerta que está cerrada. Se saca una tarjeta de seguridad del bolsillo interior de la chaqueta y la introduce por la rendija junto a la puerta. Se escucha un zumbido suave cuando el hombre abre la puerta y entra, dejando detrás su tarjeta de seguridad. Al otro lado de la puerta, el hombre se mueve en un laberinto de escritorios, todos ellos ocupados por un hombre o una mujer. El hombre se para en el centro del laberinto, que ahora parece girar a su alrededor como un tiovivo. Una música cacofónica al compás de un vals comienza a escucharse en la banda sonora y se va haciendo más fuerte y rápida a medida que se aproxima a un doloroso *crescendo*. La música entonces es interrumpida por el repentino estallido de un solo disparo. La habitación deja de dar vueltas. El hombre yace muerto dentro del laberinto de escritorios y de su cráneo destrozado se derrama sangre al suelo. Más tarde, los compañeros de trabajo de este hombre revelan que durante algún tiempo este se había estado quejando de escuchar mensajes apenas audibles en su teléfono cada vez que hacía o recibía una llamada a la oficina. Los funcionarios de la compañía se limitan a sacudir la cabeza con compasiva condescendencia. Al día siguiente aprueban la financiación para la instalación de un nuevo sistema telefónico.

ANUNCIO CLASIFICADO II

Importante supercorporación en proceso de expansión de sus propiedades y su nicho de mercado ofrece vacantes limitadas para Trabajadores Contratados en localizaciones (reales o virtuales) en el país y en el extranjero. Somos uno de los mayores multimonopolios legales en la escena mundial y nuestra Imagen Corporativa puede ser adoptada por cualquier TC con la conciencia tranquila. Se prefiere con experiencia en situaciones de privación sensorial. Conocimientos en dialectos proscritos constituyen un plus. Paquete estándar de supervivencia de beneficios. Se admiten TC prehistóricos adjuntando documentación biológica de la agencia de transportes.

Los agricultores

Un campo en barbecho bajo un cielo gris prehistórico. La cámara se mueve despacio de izquierda a derecha y revela varias figuras en diferentes posiciones en un primer plano y al fondo. Todas ellas excavan machaconamente la tierra con herramientas toscas típicas de la incipiente era de la agricultura. Van vestidas con túnicas hechas de pellejos de animales andrajosos y sucios. Llevan sus largos cabellos y barbas de comadreja enmarañados y llenos de piojos. La cámara se detiene en un plano general de granjeros y campo para reforzar el tedio profundo de este paisaje de una temporada de siembra en la Edad de Piedra. Casi simultáneamente las figuras se congelan y luego elevan las miradas apartándolas de la tierra en la que las tenían antes clavadas. Lo que han visto es la cúpula verdosa y reluciente que ahora flota sobre el campo y cubre su perímetro. Algunos de los granjeros echan a correr de un lado a otro embargados por un pánico histérico, mientras el resto cae al suelo inconsciente o muerto por la conmoción del fenómeno inexplicable que, dado los instintos casi salvajes de estos hombres, perciben como una amenaza arrolladora. Unos rayos de luz verde manan ahora de varios puntos de la cúpula, apresando a cada uno de los granjeros y haciéndolos levitar en lo alto por encima del campo. Incluso los cuerpos muertos son capturados y transportados a la superficie interior de la cúpula. El campo ahora está vacío y las primitivas herramientas agrícolas quedan abandonadas en tierra. Sobreimpresionado sobre esta escena aparece el siguiente título:

LA PESADILLA DEL PASADO
SE CONVIERTE EN EL SUEÑO DEL FUTURO
ONEIRICON: UN MUNDO, UN SUEÑO

En la Red de Pesadillas

Nuestros nombres son desconocidos y nuestros rostros son sombras que flotan en una negrura infinita. Nuestras voces han quedado amortiguadas hasta convertirse en un murmullo suave en el oído de un demente. Somos los orgullosos fracasados a los que nos queda una sola alegría: infligir un daño desenfrenado en aquellos que se han alimentado de nuestros sueños y ahogarnos en nuestras propias pesadillas. En resumen, somos los facilitadores del apocalipsis. No queda nada que salvar, si es que alguna vez lo hubo… si es que alguna vez lo pudo haber. Lo único que deseamos (en toda nuestra amargura) es dirigirnos a nuestro fin *a nuestra manera.*… con un poco de estilo y mucho ruido.

La Cosecha

El panel principal de la Central de Seguridad indica que hay una situación crítica en el subcubo seis-cero-seis, situado a varios cientos de kilómetros bajo tierra. Un funcionario de seguridad de rango inferior explica a su supervisor que, durante un periodo de tiempo indeterminado, la Red de Pesadillas ha estado comunicándose sin ser detectada con los ciento cincuenta TC en seis-cero-seis, suministrándoles imágenes y datos en las pantallas de sus ordenadores. Una comprobación rápida de todos los monitores revela que el personal de ese subcubo en concreto ha permanecido en un estado de sueño maligno durante al menos setenta y dos horas. Las señales de los monitores han sido alteradas de manera que los datos visuales y auditivos del siete-cero-siete han sido sustituidos por los que se suponía que emanan del seis-cero-seis. El sistema no fue programado para indicar una alerta tras detectar el duplicado de los datos, un fallo que debería ser corregido en el futuro. En el presente, una fuerza armada desciende al seis-cero-seis con el fin de evaluar la situación y realizar a ser posible una acción de salvamento. Lo que descubren allí hace que algunos de los nuevos reclutas vomiten en las máscaras que llevan sujetas a los cascos. Todo el cubo es un caos y hay cuerpos mutilados por todas partes. Los TC que siguen con vida corren enloquecidos por un laberinto de terminales de ordenador. La mayoría están desnudos y cubiertos de sangre; algunos se han adornado con entrañas que cuelgan de

sus cuellos o se colocan pellejos desollados y arrugados sobre la cabeza. Muchos de ellos se comen la carne de los muertos y de los moribundos. El flujo de sangre y de otros fluidos corporales ha causado cortocircuitos en muchos de los ordenadores, que lanzan chispas y de vez en cuando electrocutan a uno de los TC que giran como derviches. Los ordenadores que todavía funcionan muestran el mismo mensaje en sus pantallas. En letras parpadeantes y luminosas en todas ellas se lee: SALUDOS DE LA RED DE PESADILLAS.

ANUNCIO CLASIFICADO III

OneiriCon precisa de Unidades de Empleo con programación autónoma o semiautónoma para supervisar a una plantilla de TC Noconscientes. Podría implicar algún contacto con Nocons o sus simulacros (desensibilización o nihilización visual para todas las UE financiadas por OneiriCon). Recuerden: no hay malos sueños si solo hay un sueño; no puede haber proscritos donde solo existe una ley. Las entidades artificiales de la Red de Pesadillas que intenten hacerse pasar por Unidades de Empleo serán detectadas y reprogramadas para que existan en un estado eterno de agonía alucinada. UE que funcionen de forma incorrecta serán detectadas y compasivamente borradas. Posible promoción a un estatus de tiempo parcial o tiempo completo como ciberpersonaje (con sus correspondientes beneficios y restricciones) para todas las unidades cualificadas.

Amos y esclavos

El crepúsculo en un antiguo desierto. Los esclavos han sido congregados ante una enorme plataforma semicircular. Detrás de la plataforma las agujas y torres del gran palacio se recortan en el cielo que se apaga. Ante la plataforma hay un mar de esclavos con taparrabos arrodillados sobre la arena del desierto, que ya se ha enfriado tras la puesta del sol. La cámara

se centra en la parte central de la plataforma, donde una serie de esclavos han sido atados a una hilera de pilares separados. De la corona de cada pilar brota una llama nítida y regular que proporciona una generosa iluminación a toda la plataforma, poniendo especial énfasis en los cuerpos atados de los esclavos. A ambos lados de la plataforma hay figuras sentadas de la familia real, sacerdotes y sumos sacerdotes, oficiales militares de alto rango y otras personas notables del reino. En cuanto el sol desaparece tras unas dunas lejanas, dejando a decenas de miles de esclavos en total oscuridad, el proceso por fin se inicia. El verdugo jefe y varios de sus ayudantes ascienden a la enorme plataforma por unas escaleras a la derecha. La cámara los sigue mientras se aproximan a los pilares llameantes donde los esclavos atados esperan un complicado ritual de torturas que se prolongará toda la noche y finalizará con sus muertes simultáneas al amanecer. Pero cuando el verdugo jefe llega al centro de la plataforma y se gira para recibir un instrumento de aspecto siniestro que le entrega uno de sus ayudantes, de repente se queda congelado en el sitio: es una estatua con los brazos estirados y las manos abiertas. En este punto, uno de los esclavos arrodillados en la primera fila de la masiva audiencia se pone de pie y salta sobre la plataforma. Nadie hace nada para detenerlo. El esclavo se aproxima a los pilares llameantes y examina los rostros horrorizados de los compañeros que esperan sufrir una noche de agonía y, para finalizar, la muerte. Poco después, simplemente se encoge de hombros y se aparta de ellos. Se acerca al verdugo jefe, el esclavo observa a la figura congelada de arriba abajo. Con los dedos de la mano derecha rebusca bajo la ancha gargantilla de oro que lleva el verdugo jefe y que simboliza su oficio. Pasan unos segundos en los que no cambia nada del estado del macabro funcionario. El esclavo ahora parece desesperarse. Saca los dedos de debajo de la gargantilla de oro y con el talón de la mano derecha propina a la figura petrificada un fuerte golpe a un lado de la cabeza. Entonces, el verdugo jefe vuelve a ponerse en movimiento, recoge el instrumento de dolor anteriormente mencionado y retoma el procedimiento donde lo dejó. Antes de regresar a su sitio, el esclavo mira a un lado y a otro, como queriendo comprobar si los otros requieren mantenimiento, a excepción de aquellos atados a los pilares llameantes, que son las únicas personas vivas entre el conjunto de autómatas que ocupan la plataforma. Luego regresa con sus compañeros esclavos, ninguno de los cuales deja entrever lo más mínimo que él haya estado

ausente de sus filas, aunque también todos ellos son seres de carne y sangre. Con un leve retraso, la larga noche de tortura y muerte puede al fin comenzar… seguida de un festín con los cuerpos de los muertos.

Dentro del Sistema

Tras haber absorbido o destruido a todos sus competidores, OneiriCon comienza a deteriorarse. Es entonces cuando sus Directores Ejecutivos conspiran para crear una serie de entidades de paja que proporcionen cierto nivel de competencia para la organización, infundiendo así de nuevo a sus ejecutivos de nivel bajo y a otro personal motivado por el conflicto un nuevo sentido de determinación y erradicando la degeneración total. [La mayoría de los empleados de OneiriCon (los billones de TC e incluso mayor cantidad de UE) han existido en un estado de sueño benigno durante tanto tiempo que no parecen precisar de ningún tipo de estímulo externo, aunque sigue siendo un asunto de debate entre los científicos de la organización, tan aficionados a proveerse de falsos misterios y retos]. Desde hace ya tiempo el Proyecto Puppetcorps ha tenido un éxito admirable y algunas de las entidades corporativas artificiales funcionan bastante bien en el mercado, o lo que queda de él. Sin embargo, al final también ellos son absorbidos o destruidos por OneiriCon. Incapaz de reconciliarse con la idea de un estancamiento terminal para una organización que siempre ha subsistido basándose en el principio del crecimiento infinito, muchos de los Directores Ejecutivos se someten voluntariamente a una cirugía cerebral de involución para más tarde unirse a las filas de TC Nocon. Otros son transportados al pasado remoto, donde se convierten en esclavos de una sociedad gobernada por autómatas, proporcionando así a sus espíritus competitivos nuevos objetos de resistencia y un punto bajo de orientación a partir del cual pueden de nuevo ir ascendiendo hasta lo más alto. Los restantes DE ocupan su tiempo gastándose bromas extravagantes e intensamente crueles unos a otros. De esta manera la mayoría de ellos termina muerto o herido tan grave que ya no son capaces de funcionar en ningún nivel de la organización. Entonces, de repente, una solución brota en la cabeza de uno

de los DE de más alto rango, un antiguo empleado en proceso de recuperación de una operación de sustitución principal en su propia celda médica privada. En algún momento de su convalecencia, el antiguo ejecutivo recobra la consciencia de sí mismo y de lo que lo rodea, una situación que no se supone que ocurra durante el curso normal de estos procedimientos. Cuando se despierta del todo, se sorprende y, en cierta manera, se horroriza al descubrir injertada en su torso la cabeza decapitada de un Nocon corpóreo. Este estado de la situación le parece que excede hasta la más salvaje de las bromas que últimamente se perpetran en OneiriCon. La cabeza del Nocon no parece estar viva, así que el anciano se sobresalta cuando esta abre la boca y comienza a vomitar una larga y delgada cinta de papel similar a las que usan las máquinas de teletipos que informaban sobre los valores bursátiles durante el siglo veinte. Con cierta sensación de nostalgia atávica, el DE recoge la cinta y lee las palabras impresas. Estas palabras son: «¿Qué tal si dejan que la Red de Pesadillas se divierta un poco?». Poseedor de la visión innovadora y el genio astuto de las formas de vida administrativas a lo largo de los siglos, el viejo Director Ejecutivo exclama: «¡Estamos salvados!». Luego muere; su cuerpo sucumbe al trauma provocado por su rechazo al tejido extraño del Nocon. Por suerte, se conserva un vídeo de todo el incidente.

Los sueños de un agente doble

Hay una considerable resistencia en OneiriCon a la propuesta de que la organización sume sus fuerzas a las de la Red de Pesadillas. Ninguno de los DE que sobreviven niega que el concepto de una *fusión hostil* con la entidad opuesta a uno mismo, hablando desde un punto de vista corporativo, sea una acción arriesgada. Por otro lado, admitir dicho parásito en su sistema limitándolo estrictamente al propósito de revitalizar los impulsos agresivos (una vacuna, por así decirlo) parece la única alternativa a la atrofia progresiva y el cierre definitivo al que la organización se verá abocada si no toma medidas. Por lo tanto se acuerda (al nivel más alto) que todo el personal de OneiriCon (de todos los niveles y estatus de realidad y consciencia) también estén al servicio de la Red de

Pesadillas. Esta iniciativa convertirá de hecho a todo el mundo en ambos terrenos de estas entidades, en conflicto durante tanto tiempo, en agentes dobles. En un anuncio telepático, uno de los DE más poderosos advierte a sus iguales: «Obviamente, no puede haber un reconocimiento oficial de OneiriCon de la tal llamada fusión con la Red de Pesadillas, ya que el único propósito de esta disposición es la estrategia motivacional de nuestros empleados, tanto reales como virtuales. Esta organización sin duda no tiene intención de convertirse en la madre cerda de un sistema superpoblado de operarios inútiles (así como sus simulacros) que reciben un sueldo por cada gesto de espionaje o contraespionaje, cada acto de sabotaje o antisabotaje, ya sea intentando pasar datos falsificados a través de los circuitos de OneiriCon o informando a sus propios simulacros para que hagan lo mismo». En otras palabras, ni un solo agente de ningún campo debe llegar a ser consciente de que su traición personal es solo una parte de un proyecto cooperativo a larga escala entre dos viejos enemigos. Si no fuera así, los abusos y la indolencia por ambas partes podría minar todo el programa. Así pues, la infiltración de OneiriCon por parte de la Red de Pesadillas, y *viceversa,* debe ser realizada simultáneamente de la forma más sutil, un recluta tras otro, hasta que exista una similitud perfecta entre las dos entidades. Este proceso se completa rápidamente a través de la Red de Pesadillas, donde los valores individuales y colectivos tienden a la rebelión sin precisar de pretextos racionales. Siendo todos ellos perdedores natos y organismos autodestructivos de la peor calaña, corren siguiendo sus más bajos instintos hacia la oferta y algunos incluso adoptan múltiples identidades para poder experimentar más de una vez la monstruosa excitación de malvender sus propias aspiraciones inútiles. La cámara se mueve y enfoca una multitud de rostros cuyos ojos están turbios de rebelión y deseo por el caos total. No resulta sorprendente que la respuesta del personal de OneiriCon sea idéntica a la de sus homólogos en la Red de Pesadillas. En consecuencia, a esto le sigue una época de intrigas y conspiraciones complejas que proliferan entre las filas de los agentes dobles, cuyas agendas llegan a estar tan densamente entrelazadas que son casi indistinguibles. Hasta los Directores Ejecutivos de OneiriCon, muchos de los cuales son desertores de la Red de Pesadillas, se zambullen en las profundidades del nuevo orden y pierden todo sentido de identidad en la nebulosa siempre creciente de la ambición ciega, que posee un poder y un ímpetu totalmente propios. Después de un tiempo, nadie puede estar

seguro de a quién están sirviendo cuando cometen un acto dado de sabotaje o apoyo. Ya no existen dos entidades diferenciadas en una oposición bien definida; solo hay un gran caos de objetivos confusos que bullen en la oscuridad. Cada entidad desaparece en las fauces de la otra, cumpliendo de esta manera sus sueños más anhelados y sus peores pesadillas de olvido. Aparentemente, por fin habrán logrado acabar con todo.

SEÑAL DE AUXILIO CLASIFICADA

Enorme organización de imágenes e impulsos delirantes busca Input de Soporte para sus sistemas deteriorados. Se incluyen todos los datos, también las descargas contaminadas de la antigua Red de Pesadillas e imágenes residuales de UE y TC degenerados (Con, NoCon o OneiriCon). Inminente atrofia u oclusión completa de todos los circuitos; próxima parada: la Red de Ningún Sitio. Su información excedente (sombras y simulacros latentes en archivos a los que no se accede desde hace tiempo) podría ser empleada para rellenar nuestra hambrienta base de datos. Ninguna imagen es demasiado terrible, ningún impulso demasiado atenuado o contaminado. Nuestra organización tiene vida propia, pero sin el input continuado de datos baratos no podemos competir en el mercado apocalíptico de hoy. A partir de una mutación putrefacta, podrían florecer grandes esperanzas. No permitan que acabemos panza arriba mientras los negros espacios vacíos de la galaxia reverberan con risa infernal. Una des-Corporación multidimensional y semiorgánica sueña…

La señal se repite y se deteriora poco a poco, y entonces se desvanece en la nada. Plano general del universo. No hay nadie detrás de la cámara.

ANEXO

CRAMPTON

Un episodio de «Expediente X»

Escrito por

Thomas Ligotti & Brandon Trenz

En cuanto a la génesis del guion de *Expediente X*, surgió porque Brandon Trenz, que era un compañero de mi antiguo trabajo, tuvo una idea para el comienzo de un episodio de *Expediente X* que me contó a mí y a unos cuantos más que nos reuníamos habitualmente para hablar sobre películas, música, libros, programas de televisión y lo que surgiera. Me pareció que Brandon tenía el esbozo de una buena idea para un episodio de *Expediente X* y le animé para que la desarrollara en un guion. Por aquel entonces, alrededor de 1996, ya no era un espectador habitual de *Expediente X* y no me interesaba lo más mínimo escribir para ese u otro programa de televisión. Al mismo tiempo, tampoco estaba escribiendo mucho en el campo de la ficción de terror, y pensé que tal vez dejaría de escribir del todo. Esta situación me dejaba sin tener nada que hacer por el resto de mis días… En otras palabras, no tenía ninguna distracción de importancia que se interpusiera entre la certeza de mi muerte y yo. Por este motivo (es decir, con el fin de tener algo que hacer y que distrajera mi mente de la contemplación de mi propia muerte) me involucré con Brandon en el desarrollo de la idea de ese guion de *Expediente X* Ninguno de los dos sabía que no teníamos ninguna posibilidad de que los productores de la serie leyeran este guion. No teníamos ni idea de cómo funcionaban las cosas en Hollywood.

Thomas Ligotti

(Extraído de *Born to Fear. Interviews with Thomas Ligotti*, de próxima aparición en Valdemar).

CRAMPTON

FUNDIDO A:

SOBREIMPRESIONADO:
EDIF. J. EDGAR HOOVER, WASHINGTON D. C.
INT. OFICINAS CENTRALES DEL FBI.
Un HOMBRE sale de un ascensor y recorre los pasillos de las oficinas centrales del FBI. Nunca vemos su rostro, solo fugaces vistas de su cabello rubio peinado hacia atrás y su ropa: un traje de chaqueta negro, puños blancos rígidos, guantes blancos, zapatos negros brillantes… el atuendo clásico de un mago de teatro.
Aunque camina sin pretender ser sigiloso, su trayecto pasa totalmente inadvertido. Los agentes del FBI que rondan por los pasillos y oficinas advierten su presencia cuando pasa por su lado, o tienen puesta su atención en otro lugar justo cuando él aparece. Aquellos con los que se cruza parecen apartarse de su camino sin tan siquiera saberlo.

CORTE A:

INT. ASCENSOR
El AGENTE FOX MULDER y la AGENTE DANA SCULLY entran en el ascensor en otra planta. Están en medio de una conversación. A juzgar por la expresión de su rostro, Scully desearía que ya hubiera acabado.

MULDER

En serio, ¿nunca has visto La guerra de las galaxias?

SCULLY

No.

MULDER

¿Nunca?

SCULLY

¿Qué acabo de decir?

MULDER

¿Cómo puedes no haber visto La guerra de las galaxias?

SCULLY

Me iba más Grease por aquel entonces.

MULDER

Caramba, Scully, es la película más famosa de la historia.

SCULLY

No, esa es Titanic… que, por cierto, nunca has visto.

MULDER

Sí, bueno, ya sé cómo acaba.

CORTE A:

INT. OFICINAS CENTRALES DEL FBI

El hombre rubio entra por una puerta sobre la que se lee «División Criminal». En el interior de uno de los cubículos de la media docena que hay aproximadamente, está sentado el AGENTE LARRY JOHNSON, que examina un fajo de fotografías en blanco y negro. El desconocido se dirige al

escritorio del agente Johnson y se mete la mano en el bolsillo.

HOMBRE RUBIO
(con voz apagada)
¿Larry Johnson?

AGENTE JOHNSON
(levantando la mirada)
¿Sí?

El rostro de Johnson se torna blanquecino.

AGENTE JOHNSON
¿Cómo has entrado aquí?

PUNTO DE VISTA DE JOHNSON: Vemos una imagen fugaz del rostro de la figura invasora: atractivo pero anodino… antes de que quede oculto tras el CAÑÓN DE UNA .44. La .44 DISPARA: ¡bang!, ¡bang!
El RUGIDO de los disparos rompe el hechizo.
Los agentes del FBI se giran hacia los disparos y ven que el agente Johnson cae hacia atrás despedido de su asiento y golpea la pared de su cubículo.
El AGENTE más cercano al agente Johnson se abalanza hacia el asesino embistiéndolo por la cintura. Ambos caen al suelo con un ESTRUENDO alarmante.

El agente se apoya en los codos.

AGENTE
¿Qué demonios?

Lo que antes había sido un hombre ataviado con la ropa de un mago es ahora un MANIQUÍ DE ESCAYOLA

ROTO. La cabeza se ha separado del cuerpo y sigue RODANDO unos cuantos pies más allá.

CORTE A:

INT. OFICINAS CENTRALES FBI, UNOS MINUTOS MÁS TARDE

Los agentes Mulder y Scully salen del ascensor y se sumergen en el caos: agentes del FBI y personal de emergencias se amontonan alrededor del caído Larry Johnson.

MULDER
(a los agentes más cercanos)
¿Qué ocurre?

AGENTE
Será mejor que no preguntes.

OTRO AGENTE
Era Johnson.

MULDER
¿Larry Johnson?

Personal de emergencias pasa a su lado empujando una camilla… sobre esta, el cuerpo de Larry Johnson.

SCULLY (OFF)
¿Lo conocías, Mulder?

Mulder observa los trozos del maniquí tirados por el suelo y durante unos segundos vacila, como si intentara recordar algo.

SCULLY (OFF)
¿Mulder?

PRIMER PLANO del rostro del maniquí.

CRÉDITOS

INT. SALA DE AUTOPSIAS, AL DÍA SIGUIENTE
Mulder entra por las puertas batientes con un periódico doblado. Scully está junto a una mesa de operaciones con bata blanca. Sobre la mesa yace el cuerpo de Larry Johnson.

MULDER
Bueno, los de la Oficina andan todos con el culo apretado por este asunto. La orden de Skinner es que el Director quiere informes cada hora hasta que el asunto se haya aclarado. Deberías verlo, es como si estuviera celebrándose una convención por aquí. Incluso ya tienen la versión «oficial».

Despliega el periódico y muestra a Scully la primera página.

SCULLY
(leyendo)
«Asesino abate a un agente del FBI. No se descarta el terrorismo». ¿Qué terrorismo?

MULDER
Pienso exactamente lo mismo.

SCULLY
De hecho, en este momento es una explicación tan buena como otra cualquiera.

MULDER

Supongo entonces que la autopsia no ha aclarado mucho.

SCULLY

El agente Lawrence Johnson murió a las dos y diecinueve de la tarde de ayer de un ataque al corazón.

MULDER

¿Ataque al corazón? Bueno, eso lo explica.

SCULLY

¿Explica qué exactamente?

MULDER

Cómo pudo matarlo esto.

Mulder sujeta en alto una bolsa de pruebas que contiene lo que parece ser el arma del .44 usada para disparar al agente Larry Johnson. Saca la pistola, la apunta al aire y aprieta el gatillo. Del cañón sale una banderita con la palabra «¡Bang!» escrita en ella.

SCULLY

¿Pero no se escucharon disparos?

MULDER

Los agentes presentes en la escena parecen tener problemas para recordar detalles como ese. Es más, al parecer las cámaras de seguridad de esa planta fallaron justo en el momento en que el… terrorista entró en el edificio. Empezaron a producirse interferencias de señales de televisión.

SCULLY

¿Todas las cámaras?

Mulder se encoge de hombros.

MULDER
(señalando el cuerpo de Johnson)
Entonces, ¿qué le decimos a Skinner sobre esto?

SCULLY
Todavía no estoy segura, pero creo que Larry Johnson vio el arma y creyó que le estaban disparando y la conmoción lo mató. Por decirlo de alguna manera, le engañaron hasta matarlo. No es que sea algo normal, pero ha ocurrido antes.

Levanta la sábana que cubre el cadáver de Johnson para mostrar el cuerpo a Mulder.

SCULLY
Y además está esto…

Scully coge una linterna y, tras abrir los párpados de Johnson con los dedos, ilumina sus ojos muertos. LAS PUPILAS SE ENCOGEN cuando la luz las golpea. Scully aparta la luz. Las PUPILAS SE EXPANDEN.

PUNTO VISTA DE JOHNSON: Desviando la mirada de la mesa, vemos a Scully bajar de nuevo la luz y luego apartarla.

MULDER
Ah. Eso.

SCULLY
Mulder, cuando llegamos a la escena de los disparos, o lo que fuera aquello,

reconociste claramente a Larry Johnson. ¿Tienes alguna idea de qué va todo esto?

MULDER
Reúnete conmigo en mi oficina.

PUNTO DE VISTA DE JOHNSON: Todavía desde abajo, vemos a Mulder salir del campo de visión. Scully baja la mirada al cuerpo de Johnson, luego vuelve a taparlo con la sábana cubriendo la CÁMARA.

INT. OFICINA DE MULDER
Mulder y Scully están mirando una serie de cintas de vídeo en un televisor pequeño.

MULDER
Hace unos siete años, Johnson y su compañero, Ricky Smith, estaban investigando un caso de fraude… anuncios comerciales de madrugada de una línea telefónica psíquica.

En la PANTALLA DEL TELEVISOR unos títulos en color rojo chillón anuncian «La línea del Misterio», junto a un número de prefijo 800. Las palabras se funden en la imagen de un HOMBRE RUBIO de un atractivo bastante anodino sentado a un escritorio, donde destaca un pesado teléfono negro.

HOMBRE RUBIO
(en el vídeo)
¿Qué números de lotería te harán rico? ¿Cómo puedes hacer que alguien especial se fije en ti? ¿Cuál es tu propósito en la vida? ¿Cuándo morirás? La Línea del

Misterio tiene las respuestas a todas tus preguntas.

El hombre rubio sujeta el receptor, mira a la cámara y parece casi atravesar la pantalla con la mirada.

HOMBRE RUBIO
(en el vídeo)
Si realmente quieres saberlo, llama ahora.

Mulder aprieta la tecla para expulsar el vídeo, busca otra cinta y la introduce en el reproductor.

MULDER
Yo estaba en el departamento de Delitos con Violencia por aquel entonces, Johnson y Smith nos llamaron para visitar las casas de algunos de los clientes de la Línea del Misterio.

En la PANTALLA DEL TELEVISOR, una cámara de mano documenta el interior de un apartamento. Varios agentes del FBI están de pie junto al cuerpo de una mujer de mediana edad con los ojos abiertos. Cerca de una de sus manos está el auricular de un teléfono. En un segundo plano se escucha la ESTÁTICA del televisor.

MULDER
Se encontraron once personas así, la mayoría en el Medio Oeste. No hay una causa evidente de la muerte. La televisión encendida. El teléfono descolgado… todavía conectado a la Línea del Misterio. Y mira esto.

Mulder señala la pantalla del televisor. Un agente enciende una linterna e inspecciona los ojos de la muerta. Las PUPILAS SE CONTRAEN cuando la luz las ilumina.

MULDER

¿Te suena?

SCULLY

Larry Johnson. Entonces, ¿qué es lo que pasaba con la Línea del Misterio?

MULDER

Johnson y Smith no llegaron a ninguna parte. El número de teléfono fue rastreado hasta un contestador automático en un almacén abandonado de Arizona. A ninguna de las víctimas se le cargó los servicios de la línea telefónica, así que no hubo manera de seguir la pista del dinero.

Mulder señala de nuevo la pantalla del televisor.

MULDER

Ahí. Ese es Ricky Smith.

En la PANTALLA, un hombre entrado en carnes con la barba pulcramente cortada da órdenes. En cierto momento, se dirige enfadado hacia la cámara.

RICKY SMITH (EN EL VÍDEO)

¡Quítame esa cosa de la cara!

MULDER

Tenía fama de ser un cerdo arrogante, pero en realidad era un agente de primera. Muy tenaz.

Para la cinta.

SCULLY

¿Y dónde está Ricky Smith ahora?

MULDER

Nadie lo sabe. Nos apartaron del caso cuando quedó claro que no avanzábamos. Oí que Smith y Johnson discutieron. Smith dejó el trabajo poco después y nadie ha sabido nada de él desde entonces.

Mulder saca una hoja de papel de una bolsa de pruebas y se la pasa a Scully.

MULDER

¿El hombre que disparó a Larry Johnson? Se encontró esto en su bolsillo.

Es un recibo, de la clase de recibo antiguo que precisa de una hoja de carboncillo debajo para la copia del vendedor. Allí grabado está el nombre del comerciante, que Scully lee en voz alta.

SCULLY

Tienda de Magia Ilusiones de Empire. Mulder, no hay nada más escrito aquí.

MULDER

Mira por detrás.

Scully le da la vuelta al recibo. En el reverso, en un estilo pulcro pero un tanto anticuado, se ve un mapa de algunas calles, pero no hay nombres ni direcciones orientativas. En uno de los cruces de calles hay un cuadrado identificado con las palabras «Casa Amarilla».

SCULLY

Esto no nos dice mucho, Mulder.

MULDER

Bueno, es lo único que tenemos para empezar a trabajar ahora. Skinner quiere esto solucionado tan pronto como sea posible… un agente del FBI abatido a balas en su escritorio no da muy buena imagen justo el día del reclutamiento.

SOBREIMPRESIONADO:
ILUSIONES DE EMPIRE, EMPIRE, MICHIGAN
INT. TIENDA DE MAGIA
Ilusiones de Empire es una fría y húmeda tiendecita que parece y huele a sótano viejo. Las estanterías se ven combadas por el peso de cajas con etiquetas como «Penetración en Caja de Cristal», «Truco del Reloj Destrozado», «Nido de Pelotas» y «Número de la Aguja Sangrante».
Una pared del establecimiento está dedicada a muñecos de ventrílocuo. Mulder baja uno de los muñecos (en la etiqueta se lee: «¡Mi nombre es Laffo!») y torpemente manipula la boca.

MULDER

(murmurando entre dientes apretados)

¡Hola, chicos! ¡Hola, chicos!

PUNTO DE VISTA DEL MUÑECO: PRIMER PLANO de la cara de Mulder, su sonrisa cómica. La cabeza del muñeco se gira y muestra a Scully mirando a Mulder de la manera en la que una madre mira a un niño travieso. Mulder deja a «Laffo» de nuevo en su estante.
El ENCARGADO de Ilusiones de Empire está de pie detrás del mostrador. Parece un timador de poca monta salido de una vieja película de gánsteres: pelo engominado, bigote fino, fuma un cigarrillo

sin filtro hasta casi apurarlo hasta el final y lleva otro detrás de la oreja.

ENCARGADO

¿En qué puedo ayudarles hoy, amigos?

MULDER

(enseñando su placa)

Nos gustaría preguntarle sobre una compra que se realizó aquí.

ENCARGADO

Claro, agente…

(mira con los ojos entrecerrados la placa de Mulder)

… Muldoon.

MULDER

Mulder.

Scully le entrega el recibo.

SCULLY

Nos gustaría saber quién hizo esta compra y qué compró.

El encargado mira el recibo en blanco, luego vuelve a mirar a los agentes con una sonrisa de sospecha.

ENCARGADO

Debe de estar bromeando, ¿no? No hay nada escrito ahí. No parece que compraran nada.

SCULLY

Igualmente…

ENCARGADO

Bueno, supongo que podría comprobar el resguardo. Guardo copias de mis recibos

para los impuestos. No quiero meterme en problemas con los Federales, ¿sabe?

El encargado guiña un ojo, anota el número de recibo y desaparece en la trastienda. Mulder, mientras tanto, anda trasteando con una guillotina en miniatura. Mete el dedo índice a través del agujero de corte y TIRA de la palanca hacia abajo, dejando caer una hoja pequeña pero obviamente afilada sobre su dedo. Parece que pasa a través de este. Mulder mueve el dedo y sonríe.

MULDER

Es genial, ¿verdad?

SCULLY

Sí, genial.

El encargado sale de la trastienda con otra hoja de papel.

ENCARGADO

Hoy debe ser su día de suerte. Encontré el recibo. Diría que es de hace cuatro años.

Enseña la copia del comercio del recibo a los agentes.

ENCARGADO

Parece que compraron una pistola de broma. Ya sabe, de ese tipo que cuando aprietas el gatillo sale una banderita con la palabra «¡Bang!».

Mulder toma el recibo. En este, sobre las palabras «Pistola de Broma, 1», con la misma caligrafía extrañamente antigua que la del mapa, hay una dirección.

SCULLY

¿Por qué no aparece esta dirección en nuestro recibo?

ENCARGADO

¿Han probado esto?

Toma el recibo original de la mano de Scully. Tras sacar un mechero del bolsillo de la camisa, el encargado acerca la llama al papel. Aparecen unas letras de color marrón: la dirección, 222 Main Street, Crampton, Ohio, las palabras «Pistola de Broma, 1» y, abajo, «Si realmente quiere saber». Al leer esta frase, los agentes se intercambian una mirada.

ENCARGADO

Tinta invisible. El viejo truco de siempre.

SCULLY

Eso no tiene sentido. Los forenses examinaron el papel en busca de químicos. Habrían encontrado rastros de la tinta.

El encargado se enciende otro cigarrillo.

ENCARGADO

Por eso lo llaman magia, muñeca.

El encargado se dispone a devolver el recibo original a los agentes; entonces ve el mapa en el reverso, con las palabras «Casa Amarilla». Una amplia sonrisa astuta aparece en su rostro.

ENCARGADO

Casa Amarilla, ¿eh?

MULDER

¿Qué? ¿Le dice algo?

ENCARGADO

Probablemente no sea nada, pero hay una expresión que usan los magos. No todos, solo algunos magos. Los que están un poco chiflados, ya me entiende.

SCULLY

¿Qué clase de expresión?

ENCARGADO

«Nunca quiero vivir en una casa amarilla».

MULDER

¿Y qué significa?

El hombre da una larga calada al cigarrillo y expulsa el humo por la nariz.

ENCARGADO

No sé. No soy de ese tipo de magos.

Mulder y Scully recuperan el recibo y se dirigen a la salida. En la puerta, Mulder casi es arrollado por un PAYASO y su cara expresa una sonrisa de tortuosas proporciones. El payaso finge limpiarse las solapas antes de entrar en la tienda. Mulder parece visiblemente turbado.

SCULLY

No eres de esa clase de gente que se asusta de los payasos, ¿verdad?

Dentro de la tienda, el payaso se gira hacia Mulder y Scully. Despacio y con mucha parsimonia, se mete un dedo en una de las fosas nasales de payaso. Es casi un gesto obsceno.

MULDER

Ahora lo soy.

CORTE A:

SOBREIMPRESIONADO:
RUTA RURAL 7, OHIO
INT. COCHE
La Ruta 7 atraviesa una extensión especialmente llana y anodina de Ohio… un Estado ya de por sí bastante llano y anodino. Mulder y Scully pasan un kilómetro tras otro de campos de maíz, gasolineras familiares y granjas azotadas por el sol.

MULDER
No sé tú, Scully, pero tengo una extraña sensación. Como si ya hubiera pasado por esta carretera antes.

Scully mira por la ventana. No parece haber nada en esta región que pudiera despertar algo en la memoria de nadie.

SCULLY
Bueno, se han documentado numerosas formas de experiencias de déjà vu. Algunas están relacionadas con estados de epilepsia o psicopatología. Una de las variantes más comunes es la paramnesia; un trastorno instantáneo de la memoria a corto plazo. Es una especie de hipido mental. Otra forma…

MULDER
(interrumpiendo)
No creo que sea un déjà vu, Scully. Es más… algo que ya sé más que algo que ya he experimentado. Es difícil expresarlo con palabras.

SCULLY
(señalando hacia delante)
Mulder, ¿ves eso?

La mirada de Mulder sigue el dedo de Scully. Al ser un terreno tan llano, pueden ver a kilómetros de distancia. Delante de ellos, aparentemente en la misma carretera, hay una casa.

MULDER
Es una casa.

SCULLY
Es una casa amarilla.

MULDER
¿Nuestra casa amarilla?

Scully comprueba el mapa en el reverso del recibo de la tienda de magia.

SCULLY
Es difícil saberlo a partir de este mapa, pero podría ser.

Scully vuelve a mirar la casa. Oleadas de calor que manan del asfalto de la Ruta 7 distorsionan las vistas, haciendo que parezcan acuosas.

SCULLY
(entornando los ojos para ver mejor la casa)
Mulder, ¿no deberíamos estar acercándonos?

MULDER
(también entrecerrando los ojos)
¿No estamos acercándonos?

A pesar de que conducen diez kilómetros por encima del límite de velocidad, no parecen estar acercándose en absoluto.

SCULLY
No lo creo.

Mientras hablan, pasan a través de un bosquecillo (una rareza en esta zona desierta), y durante unos segundos la casa queda fuera de su campo de visión. Cuando emergen de los árboles, la casa amarilla está justo encima de ellos. Mulder PISA con fuerza el freno. El coche derrapa hasta parar delante de la casa amarilla.

MULDER
(conteniendo el aliento)
Eso ha sido interesante.

EXT. CASA AMARILLA — DÍA
La casa amarilla es pequeña, pero desde fuera parece cuidada. El porche delantero está pintado de blanco, con toques floreados. Bajo la puerta principal hay una elegante alfombrilla de bienvenida.
Mulder y Scully LLAMAN a la puerta. No hay respuesta. Mulder prueba el pomo: está abierta.

MULDER
Ah, es uno de esos vecindarios…

INT. CASA AMARILLA
Entran. El interior de la casa amarilla es tan poco acogedor como el exterior: oscura, húmeda y abrumadoramente claustrofóbica; parece más una guarida que una casa.

MULDER

¿Hola?

Mulder está a punto de tropezarse con unas cuantas latas que están apiladas cerca de la puerta de entrada. Levanta una de las latas para que Scully la vea. En la etiqueta se lee: «CARNE ENLATADA».

SCULLY

Ñam ñam.

De las profundidades de la casa amarilla llega el sonido inconfundible de un arma CARGÁNDOSE. Mulder y Scully se giran hacia el sonido con las pistolas desenfundadas.
De pie en el estrecho pasillo y sujetando una escopeta con manos temblorosas hay un HOMBRE obeso con barba poblada y desaliñada y una mirada salvaje, casi primitiva. Tiene el aspecto demente de alguien que no ha dormido desde hace mucho, mucho tiempo.

SCULLY

¡FBI! ¡Tire el arma!

El hombre barbudo obedece, aunque más por la fatiga que por sumisión. Mira a Mulder.

HOMBRE BARBUDO

Ah, agente Mulder

MULDER
(atónito)

¿Ricky Smith?

RICKY SMITH asiente. Envejecido y aparentemente exhausto, se parece muy poco al «cerdo arrogante» que aparece en los vídeos de la escena del crimen.

MULDER

¿Qué le ha ocurrido?

RICKY SMITH
Mejor que no lo sepa.

Se sienta pesadamente en una silla.

RICKY SMITH
¿Y qué les trae a este lugar en medio de ninguna parte?

SCULLY
Es Larry Johnson. Está muerto.

RICKY SMITH
(con una sonrisa agria)
Cabrón afortunado.

FUNDIDO A NEGRO

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

FUNDIDO A:

INT. COCINA DE LA CASA AMARILLA
Mulder, Scully y Ricky están de pie en la diminuta cocina de la casa amarilla. Mulder y Scully han informado a Ricky de su investigación sobre el asesinato de Johnson y ahora lo están acosando con una batería de preguntas.

SCULLY
¿Está seguro de que no puede decirnos nada que pudiera ayudarnos? ¿Algo sobre el caso de la Línea del Misterio, tal vez?

RICKY SMITH

Lo siento, agente Scully. Ha pasado ya mucho tiempo.

SCULLY
¿Ha hablado con Johnson recientemente?

RICKY SMITH
Mi relación con el Bureau acabó hace seis años.

MULDER
Oí que la cosa se agrió al final. ¿Alguna clase de discusión entre usted y Johnson?

RICKY SMITH
Solo nos costaba ver las cosas de la misma manera. Fuimos compañeros durante mucho tiempo. Estas cosas pasan. Ya lo verán.

MULDER
¿Y cómo ha acabado aquí? «En medio de ninguna parte», según usted.

RICKY SMITH
Me gusta este lugar en el corazón del país. Después de vivir aquí un tiempo, ya no quieres vivir en ninguna otra parte. Es real.

MULDER
¿En comparación con qué?

Por la manera en la que miran la sucia casa, con esas latas de carne al vacío, es obvio que Mulder y Scully no se lo están creyendo. Ricky lo ve también. En un intento de cambiar de tema, abre un cajón y saca una baraja de cartas.

RICKY SMITH

¿Le gustan los trucos de cartas, agente Scully? No es que me diviertan mucho, pero algunas personas parecen disfrutar con estas cosas. Magia. Ilusión. Criaturillas zalameras vestidas de esmoquin. Todas esas tonterías.

Ricky baraja las cartas y abre el montón en abanico boca abajo.

RICKY SMITH
Por favor, coja una carta, agente Mulder.

Mulder saca el ocho de picas. Luego vuelve a meter la carta en la baraja. Ricky mezcla de nuevo las cartas exhibiendo una forma de barajar con una sola mano bastante efectista. Abre las cartas en abanico boca arriba. Mulder comprueba la baraja.

MULDER
No hay ocho de picas.

RICKY SMITH
Está en la mano de su compañera.

Scully, que había tenido las manos metidas en los bolsillos de su abrigo durante todo el tiempo, las muestra. En la palma izquierda tiene el ocho de picas.

SCULLY
(a Mulder)
Tú me has puesto la carta en el bolsillo.

MULDER
No lo he hecho. Sé que no debo andar hurgando en los bolsillos de una mujer, Scully. Debe haber estado ahí antes.

RICKY SMITH

En la magia, como en todo lo demás, la explicación lógica casi siempre es la correcta. Casi.

Ricky saca un trozo de papel doblado de su bolsillo.

RICKY SMITH

Esto ha llegado a mi buzón hace tan solo unas horas.

Lo despliega y se lo pasa a Scully. Ella lee en voz alta las palabras escritas con una caligrafía que ahora ya le resulta familiar.

SCULLY

«Ella tiene el ocho de picas».

MULDER

¿Alguna idea de quién lo envió?

RICKY SMITH

Esa es una pregunta que me temo que no puedo responder.

SCULLY

¿No puede? ¿O no quiere?

RICKY SMITH

Un poco de ambas cosas, supongo.

Mulder saca el recibo de la tienda de magia.

MULDER

Podría decirse que esto también nos llegó a nuestro buzón. Fue encontrado en el… eh, hombre que mató al agente Johnson.

RICKY SMITH
(leyendo el recibo)
«Si realmente quieres saber». Veamos, ¿dónde he oído esto antes?

Le devuelve el recibo a Mulder.

RICKY SMITH
222 Main Street es una tienda de reparaciones regentada por un tipo llamado Fred no sé qué. Está cerrada la mayor parte del tiempo, como casi todo lo que hay en esa pequeña ciudad de mala muerte. Pero tal vez tengan suerte. Personalmente, creo que deberían olvidar todo este asunto y regresar a Cincinnati antes de que se haga demasiado tarde.

MULDER
(un poco frustrado)
Ricky, no hemos venido a hacer una visita de cortesía. Un agente del FBI está muerto, asesinado justo en el centro del maldito Edificio J. Edgar Hoover y el Director se está ocupando del caso personalmente. En otro tiempo bien podría haber archivado este asunto como «sin resolver» y pasar de él, pero no tenemos esa opción ahora.

RICKY SMITH
Les diré una cosa: vayan y comprueben su dirección. Si quieren quedarse en Crampton, son bienvenidos aquí.

Mulder y Scully se miran. Dado el estado de suciedad de la casa amarilla, la oferta de Ricky

no resulta nada tentadora.

RICKY SMITH

O, si lo prefieren, hay un pequeño motel barato en la ciudad. Vayan allí y echen un vistazo. Si todavía quieren hablar conmigo, podemos hacerlo mañana. No es que vaya a irme a ningún sitio.

MULDER

(sacando una libreta y una pluma)

¿Cuál es su número de teléfono?

RICKY SMITH

No tengo número de teléfono. No tengo teléfono.

SCULLY

¿No tiene teléfono?

RICKY SMITH

No.

Mulder entrega a Ricky su teléfono móvil.

MULDER

Quiero que tenga esto entonces. Al teléfono de Scully se accede apretando asterisco 6. Llámenos si recuerda algo que crea que deberíamos saber.

SOBREIMPRESIONADO:
MAIN STREET, CRAMPTON, OHIO
EXT. MAIN STREET — DÍA
«Una pequeña ciudad de mala muerte» ni siquiera comienza a describir este desolado poblacho.
Aunque durante el trayecto en coche hasta Main Street en Crampton Mulder y Scully pasan por una

serie de edificios, la mayoría parecen abandonados. Solo permanecen abiertos tres negocios: La tienda de «Reparaciones y Suministros», el Motel Oasis que Ricky mencionó y un restaurante aparentemente llamado «COMIDA AQUÍ».

INT. MOTEL OASIS
Mulder y Scully entran en la recepción del Motel Oasis con sus bolsas sobre los hombros. Mulder TOCA el timbre de servicio. En la recepción también hay una PAREJA, ambos mayores de edad. A juzgar por sus ropas de coloridos estampados, las gafas de sol y las cámaras son turistas.

MUJER TURISTA
(con acento británico)
Disculpen, ¿podemos sacarles una foto?

SCULLY
¿Perdone?

MUJER TURISTA
Mi esposo y yo estamos en un viaje fotográfico y nos gustaría hacerle una foto con su esposo. Iría tan bien con el resto…

Mulder coloca el brazo sobre los hombros de Scully.

MULDER
¡Caramba, claro!

SCULLY
(sacudiéndose el brazo de Mulder)
No estamos casados.

Demasiado tarde: el FLASH de la cámara se ilumina y la fotografía ya está hecha. Cuando la pareja de turistas se marcha, el GERENTE aparece procedente de una habitación trasera.

GERENTE

Buenas tardes. ¿Ya se han alojado con nosotros antes?

Scully comienza a rellenar los formularios necesarios mientras Mulder inspecciona la pequeña recepción. Una máquina de cigarrillos, del tipo que lleva tiradores. Dos sillas de falso cuero agrietado por el calor y la luz del sol. Un dispensador de chicles con un cartelito anunciando que los beneficios van destinados a la asociación local de los Caballeros de Columbus.
En una mesita hay un fajo de folletos. Mulder lee uno, luego se lo entrega a Scully. «Espectacular Exhibición de Ilusionismo y Ventriloquía», promete, a las tres en punto al día siguiente en el Salón Masónico.

SCULLY

Mulder, creo que ya he tenido suficientes trucos de magia por hoy.

MULDER

Mira esto, Scully.

Mulder señala la parte inferior del anuncio: «Patrocinado por Ilusiones de Empire».

GERENTE

Ah, sí. Nuestro pequeño espectáculo de magia. No deben perdérselo. Es el único espectáculo en la ciudad, como quien dice.

Les entrega dos llaves.

GERENTE

Si necesitan cualquier cosa, no duden en pedírmelo. Estoy siempre a la disposición de mis huéspedes.

EXT. MAIN STREET — ÚLTIMA HORA DE LA TARDE

Mulder está en la acera frente a la «Tienda de Reparaciones y Suministros». Scully está a cierta distancia por detrás de él, hablando por el móvil. Hay un cartel sobre la puerta de la tienda: «VUELVO A LAS SIETE».

Scully termina la llamada y se acerca a Mulder.

SCULLY

Era Skinner. No están teniendo mucha suerte por allí. Además, la historia del terrorista parece haberse vuelto en contra: un funcionario de la embajada siria en Washington fue asesinado hace unas dos horas y los sirios lo están considerando «un acto de venganza» por parte de los Estados Unidos.

MULDER

¿Venganza de qué? Oh, no… ¿el asesinato de Johnson?

SCULLY

Exacto. Y como ya es demasiado tarde para retirar la historia del terrorista, van a tener que lidiar con ello.

MULDER

Washington debe ser ahora una casa de locos. Por primera vez hoy me alegro de estar en Crampton.

SCULLY

Y hablando de eso, ¿cuál es la historia de la Tienda de Reparaciones?

MULDER

(mirando el reloj)

Hemos llegado media hora antes de que Fred regrese. Echemos un vistazo al salón donde se supone que van a celebrar ese espectáculo de magia.

Cruzan la calle y recorren la media manzana hasta el Salón Masónico. Desde fuera, es idéntico a cualquier otro edificio abandonado y ruinoso de Main Street, a excepción de los símbolos masónicos bastante crípticos que adornan la fachada y que Mulder se queda mirando un momento.

SCULLY

No me digas que nunca has visto un Salón Masónico.

MULDER

Sabes, Scully, hay miles de estos edificios en las ciudades de todo el mundo, pero los orígenes de la propia Masonería son desconocidos. En el periodo prehistórico fueron una de las primeras sociedades secretas… posiblemente el primer culto. Algunos estudiosos rastrean los inicios de la masonería hasta el dios egipcio Thoth, el dios de la sabiduría y la educación, a quien se le atribuye el origen de los primeros escritos que intentaron alumbrar los misterios de la existencia. Thoth también es considerado

por algunos como el primer brujo o mago y por otros…

SCULLY
(interrumpiéndole al escuchar la palabra «mago»)
Espera. ¿Estás intentando decirme que esta es una especie de conspiración en la que están implicados los masones?

MULDER
Caramba, Scully, cuando lo dices así, parece que suena… estúpido.

Scully intenta abrir la puerta principal del salón. Está abierta. La abre y los agentes miran dentro. Totalmente a oscuras.

MULDER
Parece que hace falta una linterna aquí.

SCULLY
Fantástico.

INT. SALÓN MASÓNICO
Durante un segundo, todo está a oscuras. Entonces el haz de luz de una linterna penetra en la oscuridad. Incluso tan solo con la linterna, los agentes pueden ver que el Salón Masónico es un desastre total: sillas rotas y basura cubren el suelo, polvo y suciedad se acumulan en montones en las esquinas. Hay un escenario, pero las planchas de madera dan la impresión de que no pueden soportar el peso de una persona.
Todavía cuelga una cortina de lado a lado del escenario, obviamente muy adornada en el pasado, pero ahora está hecha jirones.

SCULLY

No sé tú, pero no creo que vaya a haber un espectáculo de magia aquí mañana.

MULDER

Oh, bueno, está bien… en realidad odio las matinés.

El haz de luz de la linterna parpadea y se apaga. Se sumergen en total oscuridad.

MULDER

Scully, creo que estoy teniendo un déjà vu otra vez. ¿Scully?

SCULLY

Creo que yo también lo estoy teniendo. No es exactamente un déjà vu. Es más bien como dijiste: no es algo que ya haya hecho, sino algo que ya sé.

Se escucha un crujido, similar al de una mano golpeando una linterna. El haz de luz vuelve a iluminar.

MULDER

(señalando con la linterna)

¿Eso de ahí atrás es una oficina?

INT. OFICINA SALÓN MASÓNICO

Los agentes entran en la pequeña oficina y el haz de luz se pasea por la habitación. Se detiene sobre un escritorio, que aparentemente es el único mueble en todo el edificio. Sobre este hay un pesado teléfono negro.

SCULLY

Mulder, ¿te recuerda esto a algo?

MULDER

El anuncio de la Línea del Misterio.

Mulder se aproxima al escritorio. Vacila unos segundos y luego levanta el auricular del teléfono. Se lo acerca a la oreja…

SCULLY

Esto… ¿Mulder?

Mulder dirige la linterna hacia la voz de Scully. Ella está sujetando el extremo de la línea de teléfono. Está pelada y los cables cuelgan como si los hubieran arrancado de la pared. Mulder, un poco avergonzado, coloca el auricular en su sitio.

EXT. MAIN STREET — NOCHE

Mulder y Scully salen del salón desvencijado con los abrigos polvorientos y el pelo lleno de telarañas. Scully se sacude la ropa.

SCULLY

Cuando volvamos al motel, voy a darme una larga ducha.

MULDER

Parece que Fred ha regresado.

Al otro lado de la calle, el cartel de la Tienda de Reparaciones y Suministros ha sido girado y ahora se lee en él: «ABIERTO». Se puede ver una figura trabajando en el interior. Mulder cruza la calle. Scully se queda de pie allí, tirando de largos nudos de telarañas del cabello.

MULDER

¿Vienes?

SCULLY

Claro. Por qué no.

INT. TIENDA DE REPARACIONES
Una CAMPANILLA tintinea cuando Mulder y Scully entran en la tienda de reparaciones. El propietario de la tienda, FRED, no levanta la mirada. Con una bata de trabajo, un par de gafas y un visor ajustado a una de las lentes para trabajar con mecanismos diminutos, se le ve encorvado sobre un artilugio oscuro, manipulando unas herramientas muy pequeñas.

SCULLY
¿Disculpe?

Fred sigue sin darse por enterado de su presencia.

SCULLY
Disculpe, soy la agente Scully. Este es el agente Mulder. Somos del FBI.

FRED
(concentrándose en su cachivache)
Ya he oído hablar de ustedes.

Fred vuelve a ignorar a los agentes. Scully echa un vistazo por la tienda y ve una hoja de papel sobre el mostrador. La levanta para que Mulder la lea: «Espectacular Exhibición de Ilusión y Ventriloquia».

MULDER
Señor, estamos aquí debido a una investigación.

Levanta el recibo de Ilusiones de Empire.

MULDER

Tal vez pueda decirnos cómo ha aparecido su dirección en este recibo.

Con un suspiro de profunda irritación, Fred finalmente se levanta del banco de trabajo para examinar el recibo.

FRED
(leyendo despacio)
«Ilusiones… de… Empire». ¿Una tienda de magia? Nunca he estado tan interesado en la magia.

Fred entorna los ojos y lee a través de una lupa.

FRED
Caramba, ni siquiera es mi letra. Lo siento, no puedo ayudarles.

MULDER
Señor, entiendo que probablemente sea un hombre muy ocupado, pero esto es un asunto muy serio.

Fuera, una furgoneta vieja (del tipo que no lleva ventanas en los laterales) aparca enfrente de la tienda.

FRED
Escuche, agente quien-quiera-que-sea. No pertenezco a ninguna milicia y nunca he hecho nada ilegal, al menos que yo sepa. Solo intento sacar adelante un negocio aquí. Acepto cualquier trabajo que caiga en mis manos… la mayoría a destajo.

Fred levanta su cachivache a modo de ejemplo. Incluso más de cerca, el objeto no da ninguna

pista de qué es o qué hace.

FRED

Normalmente no sé cómo es la máquina completa y, si les digo la verdad, tampoco me interesa demasiado. Veamos, por muy grave que pueda parecer este asunto que les ha traído aquí… bueno, confidencialmente, yo diría que alguien está divirtiéndose a su costa.

Mulder mira a su compañera en busca de ayuda, pero la expresión en el rostro de Scully indica que está pensando lo mismo que Fred.
Fuera, un CHICO adolescente sale de la puerta del copiloto de la furgoneta y entra en la tienda de reparaciones. Fred deja el cachivache a un lado.

FRED

Disculpen, pero tengo un cliente de verdad al que atender.

Fred hace un gesto al chico hacia el extremo del mostrador, lejos de los agentes. Saca algo de un estante, un paquete envuelto en papel negro y atado con cintas de cuero. Fred y el chico giran de espaldas a Mulder y Scully y hablan en SUSURROS para que no los oigan. Fred parece estar dando algún tipo de instrucciones al chico: se agarra la mano izquierda con el pulgar y el índice de la mano derecha creando la imagen de unas esposas o grilletes de algún tipo. Luego mueve ambas manos como si tirara de una cuerda, dejándola floja y tensándola otra vez. El chico asiente. Finalmente, el chico sale de la tienda con su paquete bajo el brazo y se mete en la furgoneta, que acto seguido se aleja.

MULDER
Nos gustaría hacerle un par de preguntas.

FRED
No. No, señor, voy a cerrar. Voy a tener que pedirles que se marchen.

MULDER
Estoy seguro de que solo le quitaremos un par de minutos de su tiempo.

FRED
Le diré qué haremos. Ya ha pasado mi hora de cenar. Si tanto quieren hablar, podemos hacerlo durante la cena.

Descuelga un abrigo raído de un gancho.

FRED
Tengo que ir atrás a apagar las luces. Me encontraré con ustedes en la entrada e iremos caminando juntos.

EXT. MAIN STREET — NOCHE
Mulder y Scully salen por la puerta principal; dentro, ven a Fred accionar una serie de interruptores, luego abre una puerta trasera y sale por ella.
Mulder y Scully esperan unos minutos. No hay rastro de Fred. Los agentes se dirigen a la parte trasera del edificio.

EXT. PARTE TRASERA DE LA TIENDA DE REPARACIONES — NOCHE
La parte trasera de la tienda de reparaciones es un muro de ladrillo con unas cuantas manchas y

pegotes de mortero reseco. No hay puerta trasera.

SCULLY

Maravilloso.

INT. COMEDOR «COMIDA AQUÍ»

Una música de ascensor empalagosa suena para unas mesas vacías. Como ocurre al parecer con todos los edificios de Crampton, el comedor exhibe un póster del «magnífico» espectáculo de magia que tendrá lugar mañana a las tres, en este caso pegado con celo en el escaparate. Mulder y Scully entran y toman asiento en la barra.

MULDER

(con voz cansada)

De acuerdo, Scully, ¿qué tenemos hasta el momento?

SCULLY

(también cansada)

¿Hasta ahora? Nada que pueda presentarle a Skinner. A menos que quieras llevar a Ricky Smith a Washington para que le haga un par de trucos de cartas al director. Es como si ya nada de esto tuviera que ver con el asesinato del agente Johnson. Todo ha cambiado. Me siento como si estuviéramos en una especie de extraña cacería de carroñeros.

Scully parece estar a punto de decir algo, pero no es capaz de llegar a articularlo.

SCULLY

Es como si todo esto no fuera más que una excusa para… para… algo. No sé, quizás…

CHICA DE LA BARRA
(aparece de repente e interrumpe a Scully)
Buenas noches, amigos, ¿les gustaría probar el filete esta noche?

Mulder y Scully la miran fijamente y Scully pierde el hilo de sus pensamientos. La CHICA DE LA BARRA es alta y muy atractiva, pero lleva demasiado maquillaje, lo que le da un aspecto un tanto ceroso.

MULDER
Uh… sí, seguro. Y una cola, por favor.

CHICA DE LA BARRA
¿Y para usted, señora?

Scully está un tanto despistada, todavía intenta rescatar su último pensamiento… pero sin suerte.

SCULLY
Para mí solo café, gracias.

MULDER
¿Puedo preguntarte algo? ¿Cómo hacen… (la ciudad, quiero decir) para mantener los negocios abiertos? No parece que haya gente suficiente por aquí para poder sostenerlos.

CHICA DE LA BARRA
Oh, turistas, sobre todo.

SCULLY
¿Turistas?

CHICA DE LA BARRA
Oh, sí. Por aquí viene mucha gente que está de paso.

La chica de la barra asiente en dirección a una mesa situada al fondo. La pareja del «tour fotográfico» está sentada a esa mesa. Engullen trozos de carne y pegotes de puré de patatas y no hacen una pausa entre bocados para poder tragar. Se vuelven hacia Mulder y Scully y sonríen mientras la salsa les chorrea por la barbilla.

MULDER

Sabes, pensándomelo mejor…

Se calla cuando suena el teléfono de Scully. Ella coge la llamada.

SCULLY

Scully.

RICKY SMITH

(por el teléfono de Mulder en la casa amarilla)

¿Dónde han estado? ¡Les he llamado desde hace una hora! ¿Están los dos todavía en Crampton?

SCULLY

Sí.

RICKY SMITH

Salgan de ahí. Váyanse ahora que pueden hacerlo.

SCULLY

¿De qué está…?

Ricky cuelga.

SCULLY

Mulder, era Ricky. Creo que algo no va bien.

MULDER

Vamos.

Los agentes toman los abrigos para marcharse. Unos segundos después de que se hayan ido, los turistas se levantan y salen, aunque no han terminado toda la comida. La chica de la barra recoge los platos y se mete por las puertas batientes, supuestamente a la parte trasera del edificio. El comedor vuelve a estar vacío. Un segundo más tarde, las LUCES SE APAGAN.

FUNDIDO A NEGRO

FIN DEL SEGUNDO ACTO

TERCER ACTO

FUNDIDO A:

INT. CASA AMARILLA

Mulder, Scully y Ricky están reunidos en la casa amarilla. Mientras que antes se había mostrado reservado y un poco evasivo, a Ricky ahora se le ve agitado. Despliega una hoja y la levanta para que la lean: «Exhibición Espectacular de Ilusionismo y Ventriloquía».

RICKY SMITH

Esto llegó a mi buzón hace una hora. ¿Lo han visto?

SCULLY

Sí. Están prácticamente por toda la ciudad.

RICKY SMITH

Esto me huele mal. Muy mal. Sin duda no deben estar por aquí si… cuando… esto

ocurra.

MULDER

Hemos visitado el Salón Masónico. No creo que pueda celebrarse ninguna exhibición espectacular en ese lugar. Ni mañana, ni la semana que viene, ni probablemente nunca.

RICKY SMITH

Agente Mulder, supongo que ya ha estado en Crampton el tiempo suficiente para saber que lo que ve tiene muy poco que ver con lo que recibe. Y no quiere estar allí cuando se lo den.

SCULLY

La Línea del Misterio. Así que continuó con la investigación por su cuenta.

RICKY SMITH

(asintiendo)

No podía dejarlo pasar. Casos como ese eran mi especialidad. Ser capaz de señalar con el dedo y decir, con toda la autoridad del Departamento de Justicia a mis espaldas: «Miren, todo esto es una farsa, nada es real, es todo un timo». Esas oportunidades de alguna forma justificaban todo mi trabajo, quizás toda mi vida. Cuando investigamos la Línea del Misterio, Larry y yo teníamos claro que era la tapadera de algo, pero ninguna de las piezas parecía encajar… o encajaban, pero el dibujo general que formaban juntas era incorrecto. Larry dijo: «Ya está bien»… había muchos cabos sueltos, demasiadas coincidencias. Pero yo estaba demasiado

metido ya. Dejé el Bureau. Convertí la Línea del Misterio en mi objetivo vital. Eso fue cuando me trajeron a Crampton.

MULDER

¿Qué quiere decir con lo de que le «trajeron»?

RICKY SMITH

De la misma manera en la que usaron el asesinato de Larry para traerles a ustedes a Crampton. Una cosa lleva a otra. Un mapa, un asesinato, una llamada de teléfono, un mensaje en una galletita de la suerte. Tienen todos los trucos. Son muy buenos en hacerte hacer lo que quieren. Cuando conducía a la ciudad, sabía que había estado allí antes. Lo sabía. Aquí o en algún lugar muy parecido. Hay más de un Crampton en el mundo, de eso sí estoy seguro. De todas formas, husmeé un rato por el lugar, como ustedes. Y luego fui a ese salón desvencijado. Pero no estaba solo allí. No vi exactamente a nadie o nada, pero podía sentir que algo merodeaba a mi alrededor, alejándose cuando no lo miraba. Conduciéndome, aparentemente, de una habitación a otra. Encontré una pequeña oficina con un escritorio y un teléfono. El teléfono estaba desconectado, eso pude comprobarlo. No sé qué me hizo levantar el auricular y colocármelo en la oreja.

Mulder y Scully intercambiaron miradas.

RICKY SMITH

Cuando lo hice escuché… algo. Una voz. O quizás algo más que una voz. Me decía cosas que no tenían sentido, al menos no en un sentido literal. Pero me asustó. Y por aquel entonces no había nada que me asustara. Colgué el auricular de golpe. Debería haber salido en ese momento de allí, y probablemente podría haberlo hecho más tarde. Pero dejé que siguiera guiándome más profundamente en esta oscuridad que parecía apresarme. Al final, me encontré de pie sobre el escenario del salón, justo donde se junta el telón. Incluso en ese punto creo que podría haberme dado media vuelta y haberme alejado sin sufrir ninguna consecuencia seria. Pero tenía que mirar detrás del telón. Tenía que saber qué se escondía ahí en toda esa negrura. Debía saberlo. Y lo más extraño fue descubrir que ya lo sabía.

Ricky hace una pausa, pero está claro que quiere decir algo más. Solo necesita que se lo saquen.

MULDER

¿Qué era? ¿Qué es lo que ya sabía?

RICKY SMITH

Es muy difícil expresarlo con palabras. Creo que usted, mejor que nadie, debería poder entenderlo, agente Mulder. Pero lo que sentí al mirar esa oscuridad tras el telón… me pareció escuchar la negrura, que podía tocarla.

Ricky va cogiendo el ritmo y su narración ahora está animada por alguna reserva de energía maniaca. Habla más rápido y agita las manos.

RICKY SMITH

Entendí que había algo que funcionaba en el corazón de las cosas… No, no algo que funcionara, algo que jugaba. Algo que jugaba, que representaba un espectáculo… una función endeble, sin sentido y cursi. Y entonces me di cuenta de que lo único que mantenía el espectáculo en movimiento era ese deseo irracional e incesante…

SCULLY

¿Deseo de qué?

RICKY SMITH

De más juego. Solo juego y juego y juego. Puro juego porque sí. Pura magia. Y pura ilusión. No tengo nombres que darles. Ojalá los tuviera. Eso siempre hace más fácil aceptarlo. Podría decir que son los Iluminati Bávaros o el Consejo de Relaciones Exteriores o el Príncipe de la Oscuridad, pero me estaría engañando, estaría eligiendo un nombre fuera de la chistera solo para tener algo con lo que denominarlos. Desde nuestra perspectiva, su poder es inconmensurable, literalmente. Nuestros cerebros no están programados para abarcarlo. Eso es lo que mató a aquellas personas. Llamaron a la Línea del Misterio para saber la verdad. Y la tuvieron.

MULDER

¿Y cuál es la verdad, Ricky?

RICKY SMITH

La verdad es que no hay verdad. Todo es inconstante. Provisional. Ellos pueden

cambiar todo el paisaje del mundo, hacer que ocurran cosas que no son posibles. O incluso deshacer algo que ya ha pasado. No solo aquí, en Crampton, sino en cualquier lugar, en todos los lugares en los que encuentran una audiencia. Construyen un escenario. Hacen la representación. No llegamos a tener una visión amplia… Y en ocasiones es muy amplia, sin duda alguna. Repercusiones a nivel global. Ese tipo de cosas. Pero al final todo es barrido bajo la alfombra… culpamos a algún loco de una chabola, o a terroristas.

Mulder y Scully se miran incómodos al escuchar la palabra «terroristas».

RICKY SMITH

Pero, a pesar de tener tanto poder, no pueden hacer otra cosa más que jugar. Apretar un botón, tirar de un cordel, solo para ver lo que se mueve al otro lado. Esa es la verdad, agente Mulder. En cuanto lo supe, en cuanto supe su secreto… bueno, aquí estoy. Y no me voy a ir a ningún sitio. Cuando uno sabe cómo se hace todo, cuando uno sabe el secreto… todo acaba.

Y esa es la historia de Ricky. La energía maniaca que animaba su narración aparentemente se agota y se apoltrona en su asiento.

RICKY SMITH

Espero por el bien de ustedes dos que no les permitan acceder a ello. Lo digo en serio. Siempre buscan compañeros de juegos superiores, y ustedes se ajustarían perfectamente a su tipo. Pero si salen de

Crampton antes de este espectáculo de magia…

SCULLY

Bueno ¿y usted qué? Es bienvenido a acompañarnos cuando nos vayamos.

RICKY SMITH

(con una sonrisa agria)

No hay dónde ir, al menos no para mí. Además…

Da la vuelta al folleto. Detrás, escrito con una caligrafía antigua y pulcra, se lee: «Una admisión».

RICKY SMITH

… mi entrada ya ha sido pagada.

Ricky mira su reloj.

RICKY SMITH

(forzando un tono animado)

Eh, se hace tarde. Si quieren llegar a Cincinnati esta noche será mejor que salgan ahora.

EXT. CASA AMARILLA — NOCHE

Mulder y Scully entran en el coche. En la puerta, Ricky los observa. Durante un segundo, una expresión se ilumina fugazmente en su rostro. De esperanza, tal vez. Luego esa expresión desaparece y es sustituida por otra de hastiada resignación. Cuando Mulder y Scully se alejan en el coche, Ricky cierra la puerta.

INT. COCHE
Mulder y Scully

MULDER

Bien, Scully, ¿qué te parece todo esto?

SCULLY

Creo que estoy lista para revisar mi diagnóstico de delirio a paranoia grave.

MULDER

No sé si estoy muy de acuerdo, Scully. Sin duda, la historia de Ricky es una locura, pero la idea básica de que las cosas no son lo que parecen es muy parecida al razonamiento seguido por todos los investigadores serios… ya sean científicos, filósofos e incluso agentes del FBI. Lo único que diferencia la perspectiva de Ricky es su convicción de que existe algún tipo de trama o intención tras los hechos tal como los conocemos. Pero es todo lo mismo… es solo una cuestión de grado.

Por la expresión en la cara de Scully, está claro que no está muy convencida.

MULDER

Mira, lo único que sabemos, lo único que vamos a poder saber, se basa en lo que podemos ver, lo que podemos tocar, ¿de acuerdo? Pero no es real. Nuestros sentidos simplemente recogen esta información y luego nuestros cerebros la organizan en un simulacro de la realidad.

SCULLY

Mulder, ¿adónde quieres llegar con esta pequeña charla?

MULDER

¿Y si pudieras conocer las cosas tal como son? No solo procesadas por nuestros sentidos y organizadas en nuestro cerebro, sino el verdadero aspecto del mundo. Creo que Ricky Smith, cuando llegó a esta ciudad, vio las cosas tal como son. Y no creo que le gustara lo que vio.

SCULLY

Entonces, ¿por qué no se va, sin más? En realidad no crees que le guste vivir en esa casa, ¿verdad?

MULDER

No creo que tenga elección. La suciedad. La carne enlatada. Creo que hay algo que lo mantiene allí. Que lo alimenta. Que lo mantiene con vida. ¿Por qué? No lo sé.

EXT. MOTEL OASIS — NOCHE

El coche de los agentes se detiene en el aparcamiento.

INT. HABITACIÓN DE SCULLY EN EL MOTEL

Por la cantidad de vapor en la habitación y el sonido de AGUA CAYENDO, parece que finalmente Scully se está duchando. El teléfono comienza a SONAR; es un modelo princesa con un tono parecido a una alarma de incendios. Al sonar el tercer TONO se escucha una MALDICIÓN amortiguada procedente del baño. El AGUA deja de caer.

CORTE A:

INT. HABITACIÓN DE MULDER EN EL MOTEL

Mulder está echado en la cama y cambiando los canales de la televisión. A través de los delgados tabiques, el TIMBRE del teléfono de Scully apenas se escucha. Mulder no parece oírlo.

Click: Unos viejos dibujos en blanco y negro.

Click: Algo con un toque artístico, filmado en negativo y acompañado por MÚSICA ETÉREA DE SINTETIZADORES.

Click: ESTÁTICA, con un atisbo de una imagen humana detrás.

Click: Otros viejos dibujos.

CORTE A:

INT. HABITACIÓN DE SCULLY EN EL MOTEL

Tras dos TONOS más, Scully sale del baño cubierta por un albornoz largo y el pelo envuelto en una toalla.

Punto de Vista de Scully: Intenta coger el teléfono, pero la niebla parece haberse espesado y no parece capaz de recorrer los siete u ocho pasos que la separan del teléfono que SUENA. Es constantemente empujada hacia atrás.

De repente, se encuentra sujetando el teléfono en la mano y apoyado en la oreja. Parece sorprendida.

SCULLY

¿Hola?

Se escuchan unos RUIDOS tenues al otro lado de la línea, pero no hay respuesta.

SCULLY

¿Hola?

Los RUIDOS parecen fundirse en algo parecido a una VOZ humana o VARIAS VOCES no del todo sincronizadas. Parecen estar hablando en otro idioma y no tiene ningún sentido. El habla está llena de siseos y gruñidos. Sin embargo, Scully parece hipnotizada durante unos segundos. Luego el hechizo se rompe y CUELGA el teléfono con fuerza.

CORTE A:

INT. HABITACIÓN DE MULDER EN EL MOTEL

Mulder todavía surfea por los canales de televisión.

Click: Un reportaje comercial de una enciclopedia llamada «La atracción de lo desconocido».

VOZ EN OFF (en la televisión)

¿Quiere saber la verdad sobre Bigfoot? ¿La ciudad perdida de Atlantis? ¿Platillos volantes? «La atracción de lo desconocido» tiene las respuestas.

En la PANTALLA, la imagen cambia: aparece un HOMBRE RUBIO delgado.

La mala recepción le hace parecer inquietante, cadavérico. Mira directamente a la cámara, casi atravesando el televisor con la mirada.

HOMBRE RUBIO
(con la misma voz)

Solo tenemos una pregunta: ¿Realmente lo quiere saber?

El hombre de la pantalla mantiene la postura un tiempo inconfortablemente prolongado. Mulder cambia el canal.

Click: el reportaje publicitario otra vez.

HOMBRE RUBIO
¿Realmente lo quiere saber?

Click: el reportaje publicitario.

HOMBRE RUBIO
¿Realmente lo quiere saber?

Mulder pasa los canales más rápido. Click.

HOMBRE RUBIO
¿… lo quiere saber?

Click.

HOMBRE RUBIO
¿… quiere saber?

Click.

HOMBRE RUBIO
¿… ere saber?

Click.

HOMBRE RUBIO
¿… saber?

Click.

HOMBRE RUBIO
¿… saber?

Click: el hombre delgado es sustituido por un vídeo silencioso y borroso de un hombre y una mujer hablando. Sin embargo, el ángulo es extraño, filmado a nivel de la cintura y mirando casi directamente hacia arriba. Desorientado por el extraño punto de vista, a Mulder le lleva un

tiempo reconocer a las dos personas: él mismo y Scully, hablando en la sala de autopsias por la mañana ese mismo día, vistos a través de los ojos muertos de Larry Johnson.

CORTE A:

INT. HABITACIÓN DE SCULLY EN EL MOTEL
Scully, sudorosa, abre la puerta de la habitación. Mulder está fuera con su bolsa.

MULDER
Llámame paranoico, pero creo que sería una buena idea si no nos quedamos en habitaciones separadas esta noche.

SCULLY
Entra.

Mulder entra.

SCULLY
Te lo advierto, la TV no funciona.

MULDER
Ningún problema.

La puerta se CIERRA de golpe.

INT. HABITACIÓN DE SCULLY EN EL MOTEL, MÁS TARDE
Los dos agentes están dormidos. Scully en la cama y Mulder en una silla. Se les ve inquietos… parecen tener pesadillas.

CORTE A:

INT. ASCENSOR

Mulder y Scully están juntos en el ascensor, no muy distinto al de las oficinas generales del FBI. Su actitud es un tanto incómoda y su pose es extraña: Mulder está sonriendo, Scully parece enfadada. Suena MÚSICA de ascensor empalagosa, la melodía parece familiar pero no identificable.

CORTE A:

INT. HABITACIÓN MOTEL
PRIMER PLANO de Mulder. Tiene un ligero tic en el rostro.

CORTE A:

INT. ASCENSOR
El ascensor se detiene. Las puertas se abren unos centímetros. Vemos de forma fugaz una negrura débilmente RUGIENTE al otro lado. La música empalagosa ha sido reemplazada por un CALÍOPE que toca la misma melodía vagamente familiar.

CORTE A:

INT. HABITACIÓN MOTEL
PRIMER PLANO de Scully. Su rostro está contraído en una expresión de dolor.

CORTE A:

INT. ASCENSOR
Las puertas se abren un poco más y revelan una parte mayor de esa negrura abismal. En el ascensor, los agentes se miran asustados. Unos centímetros más. El débil rugido ahora es un ALARIDO. Los agentes hacen un movimiento, como si fueran a salir por las puertas…

CORTE A:

INT. HABITACIÓN MOTEL

El ALARIDO en el sueño se transforma en el TIMBRE cacofónico del teléfono. Ambos agentes se despiertan de golpe y se sientan rápidamente. El teléfono vuelve a SONAR. Mulder contesta.

MULDER

¿Hola?

(no hay respuesta)

¿Hola?

VOZ AL TELÉFONO

¿Hola? ¿Hola?

Mulder mira desconcertado a Scully. La voz al teléfono es la de ella, aunque casi inaudible tras un vago fondo de RUIDOS. Entonces la voz cambia ligeramente… una imitación casi perfecta de la voz de Scully, pero amortiguada, como si hablara con los dientes apretados.

VOZ AL TELÉFONO

Tres en punto. Hora del Espectáculo.

Mulder y Scully miran el reloj del motel: sus manecillas luminiscentes verdes señalas las tres de la madrugada.

VOZ AL TELÉFONO

No querrán perdérselo.

La voz se apaga entre SISEOS y CHISPAZOS.

FUNDIDO EN NEGRO

FIN DEL TERCER ACTO

CUARTO ACTO

CORTE A:

INT. HABITACIÓN DE SCULLY EN EL MOTEL

Mulder está llamando a Ricky con el móvil de Scully. Tras unos cuantos TONOS, el contestador automático salta. La VOZ de la grabación no es la de Ricky.

CONTESTADOR AUTOMÁTICO (al teléfono)
¡Hola, chicos! ¡Nos hemos ido todos al espectáculo de magia! ¡Nos vemos allí!

La comunicación se corta. Scully entra sujetando un sobre de papel manila.

MULDER
(un tanto aturdido)
Me ha respondido su contestador.

SCULLY
¿Su contestador? Mulder, él ni siquiera tiene teléfono… ¿cómo te ha podido responder un contestador?

MULDER
¿Qué tal con el gerente?

SCULLY
No estaba allí.

MULDER
Menuda manera de estar siempre a disposición de sus huéspedes.

SCULLY
Pero he encontrado esto.

Le pasa a Mulder el sobre de papel manila. Lleva una etiqueta donde se lee «PARA LOS RECIÉN CASADOS». Mulder saca el contenido: una fotografía de Mulder y Scully posando juntos: Mulder sonriente y Scully contrariada. Es idéntica a las posiciones en el sueño del ascensor.

MULDER
Scully, he tenido este sueño…

SCULLY
(interrumpiéndole)
¿Había un ascensor en él?

Mulder se ha quedado mudo. Desde fuera, se pueden escuchar retazos de MÚSICA DE CALÍOPE. La canción resulta familiar, pero extrañamente esquiva. Los agentes salen de la habitación.

EXT. MOTEL OASIS — NOCHE
La ciudad de Crampton está casi muerta a excepción de un edificio. Unas cuantas manzanas más allá, los agentes ven el Salón Masónico, todavía una ruina desde el exterior; el interior está ahora brillantemente iluminado. Es de allí de donde procede la MÚSICA DEL CALÍOPE.

INT. SALÓN MASÓNICO
Mulder y Scully irrumpen en el salón y descubren que la Exhibición Espectacular de Ilusionismo y Ventriloquia ha empezado sin ellos. El interior del salón ya no es un local ruinoso y sucio, sino que parece totalmente restaurado, con intrincadas molduras de techo, lámparas de grueso cristal y un telón elegante y ornamentado.

La audiencia es una colección de neoyorquinos habituales en los estrenos teatrales, tipos carnavaleros, tipos de negocios… toda clase de seres estereotipados y fraudulentos. Unos payasos sonrientes trabajan entre la multitud haciendo pequeños juegos malabares. La pegajosa MÚSICA DEL CALÍOPE suena un poco demasiado fuerte. En el escenario, un VENTRÍLOCUO actúa con maneras absurdamente zalameras. En su rodilla está «Laffo».
Mulder y Scully permanecen detrás de la audiencia. El mago ventrílocuo termina su número con una aguda RISITA de «Laffo». La VOZ DE UN MAESTRO DE CEREMONIAS invisible llena el salón.

MAESTRO DE CEREMONIAS (fuera de cámara)
Y ahora, damas y caballeros, el momento que todos han estado esperando, el número central de nuestra exhibición: ¡La Metamorfosis!

La multitud APLAUDE. La música del calíope desaparece y es sustituida por la MÚSICA cursi de ascensor, pero distorsionada. El CHICO de la tienda de reparaciones empuja rodando una PLATAFORMA por el escenario: sobre esta, una FIGURA humana con los brazos y las piernas abiertos está atada a una estructura; la cabeza también está sujeta con una banda alrededor de esta, y una cuerda muy tensa atada a la parte superior sostiene la estructura. La figura va vestida desde la cabeza a los pies de esqueleto con una X pegada sobre la boca.

MULDER
¡Jesús, Scully, creo que ese es Ricky!

Mulder y Scully intentan moverse hacia el escenario, pero no pueden acercarse… por cada persona que apartan, dos parecen moverse para bloquearles el paso. Desenfundan sus armas.

SCULLY

¡FBI!

MULDER

¡Agentes federales! ¡Abran paso!

Extrañamente, sus gritos no parecen desviar la atención de la multitud de la obra «Metamorfosis», la cual los agentes atrapados solo pueden ver a ráfagas entre los cuerpos en movimiento…
En el escenario, un MAGO con esmoquin y unos rasgos atractivos, pero a un mismo tiempo anodinos, rueda la plataforma de un lado del escenario a otro, y luego la gira sobre su eje. Finalmente, la plataforma se detiene. Con una floritura teatral, el mago arranca la X de la boca de la figura. La figura vestida de esqueleto emite un GRITO continuo y atormentado.
Con un movimiento rápido el ilusionista arranca el traje de esqueleto desde el cuello hacia abajo, dejando a la vista nada más que aire bajo este. La audiencia emite OHS de asombro mientras la cabeza cubierta continúa GRITANDO. El ilusionista quita entonces la capucha del disfraz de esqueleto y deja tan solo un cráneo colgando de una cuerda; sin embargo, los GRITOS continúan durante unos segundos antes de quedar ahogados bajo el RUGIDO de la multitud jubilosa. El ilusionista hace unas reverencias, la música remata con un TA-CHÁN y unos segundos después el salón se ha vaciado.

INT. SALÓN MASÓNICO, SOBRE EL ESCENARIO

El telón se cierra y las luces de la estancia se atenúan cuando los agentes logran llegar por fin al escenario. Todavía sostienen sus armas; después separan el telón ligeramente.
Detrás de este: negrura RUGIENTE.
Mulder y Scully se miran asustados.

SCULLY
Ricky dijo que habría podido dar media vuelta aquí. Que todavía tenía esa elección.

MULDER
No estoy seguro de que nosotros la tengamos.

Mulder atraviesa el telón hacia la negrura RUGIENTE. Scully le pisa los talones.

CORTE A:

INT. OFICINAS CENTRALES DEL FBI
Mulder y Scully salen del ascensor y se encuentran con el caos: agentes del FBI y personal de emergencias pululan por toda la oficina. Mulder y Scully parecen un poco mareados, como si acabaran de bajar de un barco a tierra firme.

MULDER
(a los agentes más cercanos)
¿Qué ocurre?

AGENTE
Será mejor que no preguntes.

OTRO AGENTE
Ha sido Johnson.

MULDER

¿Larry Johnson?

Personal de emergencias pasa junto a ellos empujando una camilla… sobre esta se encuentra Larry Johnson, que tira de las cinchas de cuero que lo sujetan a la camilla.

AGENTE
Creo que ha tenido un ataque o algo parecido. Simplemente se puso a gritar. Nunca antes he oído a nadie gritar así.

Mulder se dirige al cubículo de Johnson. La silla está volcada, hay papeles y suministros de oficina tirados por el suelo. Sobre el escritorio hay un fajo de fotografías en blanco y negro. Mulder las recoge para echarles un vistazo. Obviamente sobreexpuestas, tan solo muestran una enorme negrura.

SCULLY (fuera de plano)
¿Lo conocías, Mulder?

Mientras mira las fotos, Mulder parece estar intentando recordar algo.

SCULLY (fuera de plano)
¿Mulder?

Fuera lo que fuese lo que intentara recordar, Mulder finalmente lo deja estar. Vuelve a colocar las fotografías sobre el escritorio de Johnson. Estas aterrizan encima de un sobre de papel manila; la dirección del remitente, escrita con una caligrafía anticuada y pulcra: «Crampton, OH».

MULDER

Trabajé en un caso con él y su compañero. Hace ya mucho tiempo.

Se gira y se aleja de la escena.

MULDER

Entonces, en serio, ¿nunca has visto El candidato de Manchuria?

SCULLY

(siguiéndole)

No.

MULDER

¿Nunca?

SCULLY

¿Qué acabo de decir?

MULDER

Caramba, Scully, es la mejor película de conspiraciones de toda la historia.

SCULLY

Pensé que era JFK… la cual nunca has visto.

MULDER

Sí, bueno, pero ya sé cómo acaba.

FUNDIDO A NEGRO

FIN

Esta edición de
Mi trabajo todavía no está terminado
de Thomas Ligotti
se acabó de maquetar digitalmente
en el mes de enero
del año 2026

THOMAS LIGOTTI (Detroit, Estados Unidos, 09/07/1953). «El secreto mejor guardado de la literatura de horror contemporánea», según *The Washington Post*.

Estudió en la Universidad Estatal de Michigan. Ha trabajado como editor asociado de la editorial Gale hasta 2001, año en que fijó su residencia en Florida. En 1996 reunió los mejores relatos de sus tres primeras colecciones de cuentos (*Songs of a Dead Dreamer*, 1986; *Grimscribe: His Lives and Works*; 1991; *Noctuary*, 1994) en el volumen *The Nightmare Factory*, que recibió el premio Bram Stoker a la mejor colección de relatos. En 2006 publica *Teatro Grottesco* y, finalmente, en 2010, el inclasificable *The Conspiracy Against the Human Race*, una extraña combinación de guía literaria, tratado de filosofía nihilista y libro imaginario (extraído de su relato «The Shadow, the Darkness»). Descendiente en línea directa de Edgar Allan Poe y Howard Phillips Lovecraft, con quienes compone la insana, justa y necesaria Trinidad de la moderna Literatura Fantástica y Extraña, Thomas Ligotti es un escritor de ficción sobrenatural sin excusas ni condiciones, devenido ya en un clásico.

Notas

[1] En el original: «Work» or «Word». «Word Note Gone?». (*Nota de la traductora*) <<

[2] En el original: «WORK NOT DONE». (*Nota de la traductora*) <<